



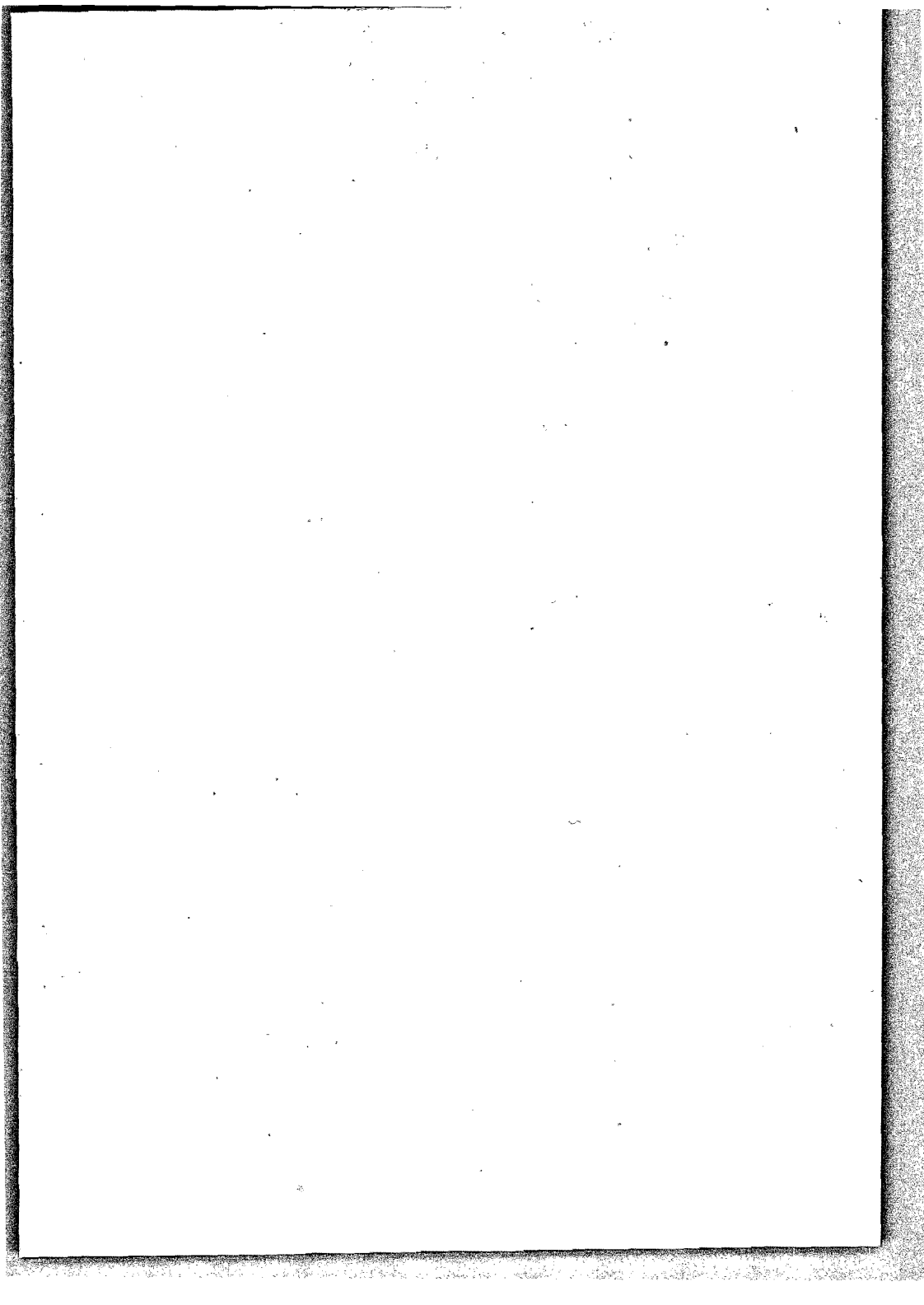
MAURICE GIULIANI S. J.

LOS EJERCICIOS EN LA VIDA CORRIENTE

INFORME DE UNA SESION

SUPLEMENTO N. 18-19 * Noviembre 1981

PUBLICACION DE LA FEDERACION MUNDIAL DE LAS COMUNIDADES DE VIDA CRISTIANA * C.P. 6139 * Borgo S. Spirito 5 * 00195.
ROMA * ITALIA * EDICIONES INGLESA-ESPAÑOLA-FRANCESA.
DIRECTORA: José GSELL



MAURICE GIULIANI S.J.

LOS EJERCICIOS EN LA VIDA CORRIENTE

INFORME DE UNA SESION

I N D I C E

PREAMBULO	3
I. LA RELACION CON LA VIDA	11
II. LA DURACION	29
III. EL DISCERNIMIENTO ESPIRITUAL	45
IV. LA ORACION	63
V. LA ELECCION	79
VI. FINAL DE LOS EJERCICIOS	97
VII. ¿A QUIEN DAR LOS EJERCICIOS	113
VIII. SITUACION DEL ACOMPAÑANTE	131

PREAMBULO

Del 25 de junio al 4 de julio de 1981, se tuvo en Grottaferrata, cerca de Roma, una sesión organizada por la Comisión "Formación" de la Federación Mundial de las Comunidades de Vida Cristiana. Fueron treinta los participantes en la reunión, venidos de veinte países representando culturas y tradiciones muy diferentes.

* * *

Todos tenían ya una experiencia personal, a veces muy profunda, de los Ejercicios espirituales y de la manera de darlos en retiros individuales, bajo la forma de retiros "cerrados". Buscaban el familiarizarse con una forma que tiende hoy a extenderse: los Ejercicios en la vida, es decir practicados sin que el ejercitante abandone su medio habitual de vida y de trabajo. Las condiciones materiales, psicológicas y espirituales, a las que se encuentra entonces sometido el ejercitante bajo la presión de las urgencias cotidianas, ponen evidentemente al acompañante cantidad de cuestiones propias de este estilo de retiro. Los participantes de la sesión se han esforzado por determinar claramente la marcha que los Ejercicios en la vida proponen al ejercitante y de qué manera han de prepararse y adaptarse.

Una primera cuestión, muy radical, se les presentaba. ¿Los Ejercicios "en la vida" son auténticamente "ignacianos", es decir, respetan la pedagogía propuesta por San Ignacio, y permiten al ejercitante realizar con la misma plenitud la conversión del corazón que le dispone a ser realmente conducido por el Espíritu Santo en todas sus acciones? La respuesta a esta cuestión no se dió de una sola vez, por el riesgo de quedar muy teórica. Se fue precisando poco a poco por pasos sucesivos, a medida que se fueron analizando mejor los diferentes aspectos de los Ejercicios en la vida y aparecían más sus exigencias, tan absolutas

como son en los Ejercicios cerrados, incluso cuando la presencia de la realidad cotidiana y la influencia de la duración modifican en el ejercitante la manera de profundizar su oración y su discernimiento espiritual.

Una segunda cuestión surgía de la primera. Ella había sido sin duda el origen del deseo de los participantes de esta sesión. En las condiciones necesariamente muy flexibles en que se lleva a cabo el largo recorrido de los Ejercicios en la vida, ¿cómo mantener el nivel de exigencia y de verdad que es propio de los Ejercicios ignacianos, tanto en lo que concierne a la oración y toda la pedagogía que ordena su progreso, como en el discernimiento cotidiano, en las condiciones de madurez de "una elección" sería, en lo que respecta al silencio interior y a la "separación" que disponen "para se acercar y llegar a su Criador y Señor"? Cuestiones consideradas como decisivas, porque, ante el desarrollo actual de los Ejercicios en la vida y variedad de formas que revisten según los medios y temperamentos, se puede legítimamente temer que, bajo la apariencia de Ejercicios adaptados, se degrade la calidad del instrumento forjado por San Ignacio. Fue esta una preocupación constante de los participantes: prevenirse contra las traiciones posibles tomando más y más conciencia de las garantías que se han de tomar a fin de que los Ejercicios en la vida no vengán a ser un retiro de menor valor y de menor exigencia.

Está claro que estas garantías dependen en su mayor parte del acompañante. Como testigo del itinerario del ejercitante y como guía de su paso, debe ayudarlo a "encontrar a Dios" a través de las diversas fases de los Ejercicios, respetando las mociones del Espíritu con la preocupación constante por devolver al ejercitante la imagen de lo que Dios obra en él, y porque aparezcan los signos de lo que Dios de él espera. A través de lo que se dijo de los Ejercicios y de todas sus implicaciones, se dibuja lentamente el retrato del acompañante, con los matices particulares que ofrece el desarrollo de los Ejercicios en la vida, donde el acompañante y el ejercitante se encuentran mucho más implicados el uno y el otro en situaciones concretas y, por lo mismo, expuestos al peligro de dejar al acompañante vaciado de su papel propiamente espiritual.

* * *

La sesión se desarrolló en ocho jornadas, todas con la misma distribución de tiempo.

- Primero una *exposición introductoria* por el Padre Giuliani. No hacía sino presentar el tema del día. Esta "puesta en marcha" permitía aportar cada día un elemento nuevo de reflexión sobre aspectos específicos de los Ejercicios en la vida.

- Al final de esta introducción, se distribuía un texto, que como *documento de trabajo* presentaba algunas ideas que eran a la vez continuación, prolongación y puesta en forma sucinta de la materia de la introducción.

- A este documento se añadían algunas *cuestiones*, destinadas a orientar, si era necesario, el trabajo de los grupos, o a servirles de primer punto de partida.

- En fin, por la tarde, una *reunión plenaria* (de alrededor una hora y media) ponía en común las reacciones de los grupos de trabajo. Las cuestiones de cada grupo estaban escritas en grandes tableros para que todo estuviese más claro. Se entablaba una discusión libre y muy viva y el P. Giuliani intentaba responder a las preguntas, al menos aquellas que parecían imponerse más, pues el gran número no permitía abordar todas, ni seguir completamente el turno.

Entre la introducción de la mañana y la reunión plenaria del final de la tarde, los grupos podían discutir libremente y según el método que cada uno deseara adoptar. Solamente se pidió que, antes de toda reunión, se dejase un tiempo largo (alrededor de una hora) para que cada uno pudiese reflexionar, orar, barajar las cuestiones que se le ocurrieron.

Nuestra presentación de la sesión, tal como se propone en este número de la revista, sigue el mismo orden del desarrollo de las jornadas:

- 1) *exposición introductoria de la jornada,*
- 2) *documento de trabajo,*

- 3) cuestiones propuestas a los grupos,
- 4) ecos de la reunión plenaria.

La introducción se presenta aquí según las notas tomadas por nuestro Secretariado. El P. Giuliani se expresaba en francés, y después de algunas frases, se hacía la traducción al inglés y al español (o más bien al italiano para los españoles). Es decir, que la reconstrucción de un texto seguido no ha sido fácil. Hemos mantenido el estilo hablado y no hemos tratado de "recomponer" una exposición que pretendía sobre todo suministrar sugerencias para la jornada que comenzaba.

El documento de trabajo había sido redactado por el mismo P. Giuliani. Lo damos tal como el Padre nos lo había comunicado para ser traducido y distribuido después de su introducción.

Las reuniones plenarias de la tarde responden evidentemente a los "ecos" que de ellas damos. ¿Cómo resumir cuestiones tan diversas, de extensión muy desigual, muy marcadas por la variedad de experiencias que las originan? De todas maneras, su interés provenía sobre todo de la espontaneidad de los intercambios y de la comunicación muy profunda que se establecía entre los participantes. Somos conscientes de no dar aquí más que unos fragmentos. Lo hemos hecho con la esperanza de que los lectores podrán adivinar y completar lo que no era posible reproducir totalmente.

* * *

Al presentar el informe de esta reunión, no tenemos el atrevimiento de anticipar las conclusiones que podrán deducir los lectores de PROGRESSIO. Al menos queremos traer aquí algunas reflexiones que se impusieron a los participantes.

A medida que tomamos mejor conciencia de los elementos característicos de los Ejercicios en la vida, hemos llegado a una inteligencia más profunda de los Ejercicios cerrados, o más bien percibimos que, a través de una y otra forma,

se ponía en práctica la misma pedagogía. Si hay dos "climas" espirituales, según que el ejercitante viva "en el mayor retiro posible" o continúe en el cuadro habitual de su existencia humana, la misma experiencia fundamental le entrena, en las etapas de las "semanas" de los Ejercicios, para un camino en que la oración y el discernimiento le hacen descubrir su "vocación" personal y su puesto al servicio de los otros en el mundo. Fue un gran gozo reconocer así que, a través de la variedad de formas de los Ejercicios, llegábamos a hacer juicios de valor que habrían privilegiado una forma con relación a una otra, pero que sólo tenía en cuenta la experiencia radical de conversión a la que los Ejercicios quieren "preparar y disponer".

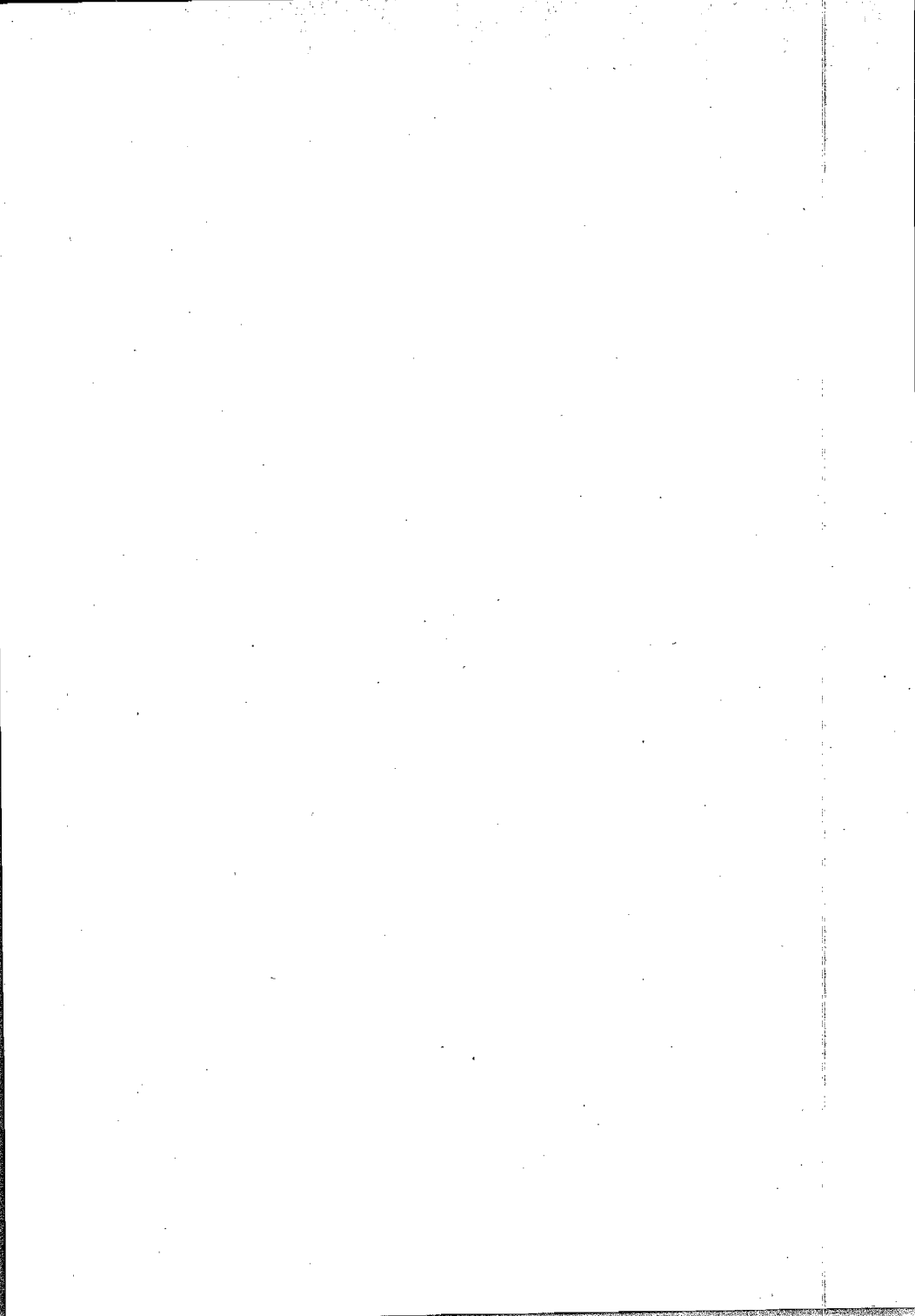
A nosotros, miembros de las CVX nos ha parecido esto tanto más importante, cuanto que los Ejercicios en la vida son frecuentemente el único medio práctico de ofrecernos a esta gracia de los Ejercicios. Un número creciente de seglares se sienten llamados, pero no pueden realizar la ruptura que piden los Ejercicios cerrados. Se dan también numerosos casos de los que no lo desean, y prefieren, para ponerse en situación de "retiro espiritual", mantener las condiciones ordinarias de su vida. Parece ser este un dato característico de la conciencia moderna. La relación con la realidad cotidiana, el valor dado al tiempo en la evolución espiritual a través del tejido de la psicología humana, el peso constante de todo el presente como constituyente de nuestro destino, todo esto juega como fuerte estimulante para escoger los Ejercicios en la vida a condición de que se asegure bien el hacer la totalidad de la experiencia a la que empeña San Ignacio.

Las reflexiones agitadas a lo largo de esta reunión sobre el acompañante del retiro nos animaron en fin a orientar con más firmeza el esfuerzo de las Comunidades de Vida Cristiana hacia la formación de acompañantes seglares. Su necesidad nos pareció todavía más evidente a la luz de las conclusiones que, de día en día, precisaban las condiciones del acompañante de estos retiros, en los que es necesario acoplar el ejercitante al corazón de su vida. Necesidad en razón de la dificultad de esta relación de ayuda. Y también necesidad en razón de la urgencia que sentimos de responder a la demanda de cristianos, y también de no cristianos, que esperan de sus hermanos seglares la ayuda que les pueden aportar en nombre de su bautismo.

Tal vez ha llegado el momento de dar un paso nuevo. ¿Las Comunidades de Vida Cristiana no podrían, gracias a un método renovado de dar los Ejercicios, orientar a un número mucho mayor de sus miembros hacia este ministerio tan rico y tan adaptado al mundo moderno? A lo largo de la reunión, fue un deseo expresado muchas veces, y aun con insistencia. Hemos reconocido en ello una apelación, al mismo tiempo que nacía en nosotros la gran esperanza de poder responder a ella.

PROGRESSIO

I
LA RELACION CON LA VIDA



LA RELACION CON LA VIDA

Para conocer en su origen el papel del que acompaña a un ejercitante de los Ejercicios en la vida - lo que es el fin de nuestra sesión - me ha parecido que el camino más seguro era reflexionar sucesivamente sobre los principales aspectos de esta forma de Ejercicios. ¿Principales? Qué difícil es de afirmar, siendo tantos sus diversos aspectos. Podéis leer en el tablero que tenéis delante de los ojos, ocho títulos, que hará cada uno una jornada de trabajo. ¿Por qué ocho? Sencillamente porque contamos con ocho días. Es decir que no trataremos la totalidad de las cuestiones que nos han reunido aquí. Al menos espero que no se omitirá nada esencial y que llegaremos poco a poco a dibujar la silueta del perfecto acompañante.

Estáis todos familiarizados con los Ejercicios que se llaman "cerrados". Podría pues referirme a esta experiencia básica que es la vuestra, sin entrar demasiado en comentarios del texto de San Ignacio.

¿Por dónde comenzar? Por lo que es sin duda lo más evidente y que lleva en seguida a reflexiones muy fundamentales: la relación con la vida cotidiana. Este será el objeto de esta primera jornada.

* * *

Cuando un candidato se presenta para hacer los Ejercicios espirituales en la vida, sería evidentemente torpe y dañoso aceptarle en seguida. Es indispensable una serie de entrevistas, que permitirán aclarar muchos puntos.

Ante todo, ¿el candidato está maduro para un retiro? Si es bastante generoso, si le ha aconsejado algún fiel amigo, si lleva dentro de sí un problema que le obscurece o le inquieta, el retiro no es, de suyo, la solución que se impone. En todo caso hay lugar para discutir sobre ello.

A continuación, ¿cómo se ha desarrollado hasta ahora su vida espiritual: en sus diversos aspectos, de oración, de relación con los otros, de capacidad de interioridad?

En fin, y tal vez, sobre todo, ¿cuál es la relación que él establece, espontánea o muy conscientemente, entre su vida de fe y su vida de hombre, entre su plegaria y su actividad cotidiana? ¿Qué tipo de unidad se da ya en él?

La respuesta a estas cuestiones vendrá lentamente, a lo largo de las entrevistas que pueden prolongarse durante muchas semanas y aun muchos meses. Nada de prisas, si el deseo del ejercitante es verdadero, porque la espera no puede entonces hacer otra cosa sino madurar su aptitud para la experiencia de los Ejercicios en la vida. Me parece que con ocasión de estas conversaciones, y cuando el candidato al retiro se ensaya ya en un primer nivel de Ejercicios, se advierten bien las líneas maestras de su temperamento espiritual. Para ser más sencillo, las reduzco a cuatro:

19 Los motivos por los que el candidato desea hacer los Ejercicios en la vida se esclarecen de manera suficiente para que se pueda aceptar, retardar o descartar la realización de su deseo. Es cierto, en efecto, que algunos de los que piden hacer los Ejercicios en la vida se mueven por razones que frecuentemente son razones de menor exigencia espiritual, como si tuviesen miedo de un retiro cerrado y viesen una facilidad en el retiro en la vida. Todo esto ha podido ser inconsciente, mas las entrevistas con el acompañante llevan muy pronto a clarificar los motivos. ¿Está decidido a no buscar sino, a Dios? ¿Su preferencia por los Ejercicios en la vida ocultan un rechazo de toda radicalidad del don de sí? ¿Acepta el comprometerse en una experiencia larga, cuyo término se le escapa? ¿En qué sentido las relaciones familiares, las presiones de la vida profesional, las urgencias cotidianas le ayudan en su esfuerzo de oración o introducen unos elementos de división interior?

20) Comienza a precisarse una experiencia de oración personal. El ejercitante - que no es todavía más que un candidato al retiro - introduce en su existencia cotidiana un tiempo habitual y prolongado de oración. ¿Tiempo fijado de manera estricta: una hora, una media hora? No tiene

respuesta a la cuestión así propuesta. Lo que es necesario, es que desde el principio tenga una "oración" bastante larga para que su duración sea "estructurada", por un principio y un fin, por una manera progresiva de comportarse en una oración que unifique la conciencia y para que se desprenda un "fruto". Desde el principio de esta experiencia aparecen numerosos signos que permiten distinguir qué tipo de oración puede desarrollarse mejor, dados el temperamento y condiciones de vida, en particular la capacidad para tomar las pequeñas decisiones en lo que concierne a la duración de la oración, la relación de esta duración con la vida habitual que se sigue, el comportamiento que se ha de tener para mantener unificados el ejercicio de la oración y la fidelidad a toda la verdad humana de su existencia.

39) En su desarrollo, estas experiencias de oración conducen a numerosas elecciones, entre las otras ocupaciones. Decía que el ejercitante debe guardar unificadas la oración y fidelidad en la vida, lo que implica unas elecciones en la presencia de los otros, en los ocios, en el ritmo del trabajo, etc. Mil cosas sencillas, pero que son ya materia de un primer discernimiento. ¿Dónde está la paz, dónde la fuente de turbación, dónde el sentimiento de haber encontrado el punto de equilibrio?

40) En fin, llega un momento en el que puede tomarse una decisión con claridad: o la de comenzar los Ejercicios en la vida, o la de orientarse en otra dirección por la elección de otro tipo de retiro. Esta decisión es una suerte de conclusión, al término de este período preparatorio. El ejercitante conoce los datos principales de lo que será la experiencia de los Ejercicios en la vida, y el acompañante puede entonces ayudarle a estructurar más claramente lo que ya se ha comenzado. No a partir de un principio más o menos abstracto, según un modo de retiro programado, sino a partir de lo que el ejercitante ha descubierto ya en sí mismo, como una fuerza, como una capacidad de unidad, como una mejor fidelidad a Dios y a la realidad de su vida humana. La elección de los Ejercicios en la vida es ya entonces una suerte de ratificación de un movimiento interior cuya promesa ha sentido.

Naturalmente, todo esto puede desarrollarse en periodos de duración muy diferentes según los ejercitantes. Decía que, para algunos, serán necesarios muchos meses, y

para otros bastarán algunos días. A juzgar por mi experiencia, vale más no apresurarse. ¿Por qué? Porque este tiempo permite ir aún más allá de la respuesta propuesta al sujeto sobre el tipo de retiro que se ha de hacer. Es el tiempo de maduración necesaria para entrar en los Ejercicios. "*Hacerme indiferente*", dice San Ignacio.

* * *

En efecto, la entrada en los Ejercicios en la vida no se hace por el retiro físico del ejercitante que deja su vida habitual por una casa de silencio o por la soledad que le protegerá de toda agresión exterior. Se opera por lo que ha madurado ya como un fruto. En el interior de la vida cotidiana se ha producido un resbalón, o, si se prefiere, se ha profundizado un distanciamiento. Es la vida concreta la que siempre está allí, siempre tan alentada, imponiendo todos sus ritmos, esclarecida con una nueva luz. Se establece una distancia entre el ser y la acción, entre el deseo fundamental que habita en el corazón y los múltiples deseos que abundan hasta el punto de paralizarle, entre el apego vivificante que le lleva a las cosas y el llamamiento a romper con todo lo que es amor de posesión. Entre los sentimientos internos comienza a establecerse un orden. Se atenúan unos sentimientos superficiales de sensibilidad y dejan lugar a movimientos que se perciben ser de otro origen: llámese "Dios", o "el Espíritu", o "la fe", importa poco. Lo esencial es que, en la misma vida de todos los días guía la conciencia, haciendo pasar sin cesar del egoísmo al don de sí, y arrastrando una especie de modificación en relación con la existencia cotidiana, no menos necesaria ni menos amada, sino, por decirlo así, "regulada" por OTRO que es el origen, en el sentido que es el que da valor y verdad a todo ser.

¿Es lo que se llama "la indiferencia"? Pienso que sí. En los Ejercicios en la vida, es el umbral, el mismo umbral que marca el principio de la experiencia de los Ejercicios. Cada uno lo atraviesa como es, con sus evidentes limitaciones, con sus repulsas aun violentas, con sus complicidades que ligan todavía la conciencia, más también con la rectitud del corazón que dice "sí" a Dios. Las "*otras cosas sobre la faz de la tierra*" de que habla San Ignacio son el medio ordinariamente concreto de hacer madurar este "sí" que nace en el seno de la relación de humanidad que el ejercitante mantiene con todo lo que queda presente a sus ojos, a su corazón y a su acción.

¿Se ayudará al ejercitante en el camino de esta su indiferencia proponiendo tal o cual "objeto" de meditación? Sí, a buen seguro; pero a condición de que la materia de meditación no constituya una forma de ruptura que situaría su oración en lo irreal. El verdadero punto de partida cualquiera que sea el tema de oración que se ha escogido, es la percepción de la vida cotidiana y concreta como fuente de un llamamiento, de un renacimiento, de un comienzo, a partir del Espíritu de Dios que "se cierne sobre las aguas" humanas para darle forma y sentido. Una sucesión objetiva de temas o de materias de oración no llevará de suyo a la indiferencia. El acompañante estará por tanto atento a ayudar al ejercitante a que determine él mismo en el momento preciso en que está su oración y su disposición, el punto estable en que reconozca la "bendición", la "creación", el apoyo fundamental de Dios obrando en su vida.

Podremos volver sobre esta cuestión de la elección de un texto que sirva de punto de partida para la oración. Lo que quería decir, en este momento, es que este texto debe estar necesariamente ligado al modo que se impone al ejercitante la "distancia" espiritual que él establece, en el interior del mismo acto humano, entre la vida poseída y la vida recibida. Cada uno tiene su camino hacia la "indiferencia", un camino marcado por los acontecimientos de cada una de sus jornadas, por sus encuentros, por sus tentaciones, por el acto de confianza que pone en el seno de su vida humana.

A partir del momento en que se compromete de una manera más lúcida y más determinada en el camino de los Ejercicios, el ejercitante no deja de ver que se ensancha el campo de las actividades humanas que toman para él un valor nuevo, que es precisamente el valor del "ejercicio". Al mismo tiempo que se desarrollan los primeros descubrimientos de la oración, comienza una verdadera experiencia de discernimiento y se amplía muy pronto sobre otros muchos puntos de la oración misma. En la conversación con el acompañante, no son sólo los tiempos de oración materia de intercambio, sino también la manera con que se conduce el ejercitante en su vida habitual. Comienza a descubrir que muchas de sus actividades que son sencillamente las suyas en la orientación de toda su vida, toman un nuevo sentido: las relaciones que tiene con su familia, su marido o su mujer, sus hijos, las relaciones sociales que mantiene, la

manera de cumplir con su trabajo, sus compromisos profesionales, las ocupaciones de su carrera; brevemente, toda su actividad humana, aun banal, al menos aparentemente banal, que vienen a ser una especie de ejercicio espiritual, en el sentido en que emplea San Ignacio la palabra en los primeros números de su pequeño libro: *"Por este nombre, ejercicios espirituales, se entiende todo modo de orar... y otras espirituales operaciones"*. Es decir, que una actividad se convierte en un "ejercicio", en la medida en que es interpretada como un momento revelador de la acción de Dios a través de una acción humana. El ejercitante se dispone preparándose en la fe; la relee para tomar conciencia de lo que le ha pasado, como se hace por la oración; percibe el sentido que toma en el desarrollo de la jornada o de una sucesión de jornadas. Brevemente, la mirada sobre su vida de hombre viene a ser la mirada espiritual de la fe, que percibe un sentido, una continuidad, y por consiguiente un llamamiento; se podría decir una presencia. Su vida sigue humana en todo su arraigo y desarrollo, mas considerada como el lugar mismo donde Dios está presente y le invita a una perpetua conversión por esta "distancia" de que hablaba hace poco.

Podíamos seguir todo el itinerario de los Ejercicios mostrando cómo se ejercita en cada etapa lo que llamo el "peso" del presente. Me contento con indicar algunas directivas que vosotros mismos podéis buscar, a la luz de vuestras experiencias.

19) La vida continúa, siempre la misma. Evidentemente se han introducido modificaciones, porque era necesario tener en cuenta las exigencias cada vez más sentidas para mantener la cualidad de la oración y permitir los tiempos de "discernimiento", que son sencillamente tiempos de interrogación en la fe sobre lo que se ha pasado y sobre las motivaciones que es necesario tener. Mas el ejercitante no ha cedido a la tentación, quizá sentida en ciertos momentos, de suspender una actividad que le resultaba molesta; al contrario ha descartado la idea de tomar una distancia física o psicológica en relación con su vida real, ha rehusado introducir una parte de "retiro cerrado" en el interior del retiro en la vida. En otras palabras, ha mantenido firmemente la unidad entre el tiempo de oración y la vida ordinaria, que jamás viene a ser una "distracción", sino que queda como un lugar para el descubrimiento de la verdad espiritual. La ayuda del acompañante es evidentemente de un gran peso para sostener francamente tal orientación.

Mas de una vez he constatado, con ocasión del retiro que los ejercitantes en la vida son inducidos a hacer en un lugar de silencio (monasterios, casa de retiro), que se les presenta una opción muy importante: o bien viven estas horas, este fin de semana, este día, como un tiempo de lucidez espiritual para juzgar lo que ha pasado y prepararse a lo que va a venir, conscientes de que es en la vida cotidiana donde se juega la verdad de su busca de Dios; o bien viven con la nostalgia de no poder prolongarla y con el sentimiento de que la vida cotidiana va de nuevo a absorberles y distraer de lo esencial. Es un momento completamente decisivo para confirmar la autenticidad de un retiro que se prosigue "en la vida", o, eventualmente, para orientar al ejercitante hacia alguna otra forma de Ejercicios.

29) Con el ritmo, por así decir, de la existencia cotidiana aumenta en el ejercitante un sentimiento que llamaría de "confianza". Confianza nacida de una doble constatación. Por una parte, los obstáculos, los desfallecimientos, los fallos del corazón, las repulsas más o menos voluntarias, siguen presentes en su vida, aportando la prueba todos los días. Constata por otra parte que nada le ha conducido ni le conduce a desesperar de sí mismo y de su capacidad de progresar. Pecado, perdón. Dos realidades que no se prueban sino la una por la otra. Porque al que es perdonado, el pecado aparece más como una negativa al amor; pero al mismo tiempo el perdón garantiza que el pecado no tendrá, no tendrá jamás la última palabra.

Esta experiencia, lo sabéis, es la de la primera semana de los Ejercicios. Y se cumple en el mismo medio que suministra las repetidas ocasiones de pecado, sin distancia alguna que preserve del peligro, apoyándose en la fuerza que da la gracia de Dios para poder hacer frente y conocerse capaz de una nueva fidelidad.

Creo que esta "primera semana" se vive en los Ejercicios en la vida, con una intensidad que viene del encuentro permanente entre un poder de muerte que vicia, pervierte, destruye, y un poder de vida que da gusto, esperanza, seguridad, no estando evidentemente en el mismo plano el uno y el otro, puesto que es la vida la que se encuentra asegurada y se manifiesta por sus efectos vivificadores.

Con esto todo el desarrollo de los Ejercicios queda luego marcado, y hasta el fin, por esta experiencia de perdón que da vida. Cada etapa siguiente se refiere a esta certeza de una liberación que no disloca sus efectos en la conciencia y en la acción del ejercitante. La existencia cotidiana queda como el medio de probar el perdón de Dios a través del comportamiento humano del que jamás ha desesperado.

39) Querría señalar también, prolongando esta gracia de confianza, que los Ejercicios en la vida crean una situación en la que el ejercitante percibe muy fuertemente los condicionamientos que pesan sobre su existencia. Se reconoce siempre él mismo: impaciente, inquieto, de temperamento difícil para su cónyuge o sus colaboradores, sufriendo las violencias o las depresiones, nacidas de su cuerpo, etc. Todo esto se le impone con una evidencia cruel, mucho más que en un retiro cerrado. Mucho más, porque la vida está allí, y no permite ninguna ilusión. En el interior de esta percepción de los condicionamientos de toda clase, es cuando el ejercitante intenta poco a poco afirmar su libertad espiritual. No es libre fuera o al lado de esta experiencia humana, sino que continúa sufriendo las presiones de estos mil datos que no tiene.

40) En fin, a medida que se van desarrollando los Ejercicios en la vida, el ejercitante se conoce solidario con los otros, sin que la soledad a donde le conduce necesariamente su busca de Dios pueda, un solo instante, hacerle descuidar los lazos que le atan y frecuentemente determinan su existencia. Los otros están allí muy presentes, como el testigo y la ocasión de una conversión que no puede obrarse más que manteniendo la verdad de los lazos de cada día.

Desde entonces, los otros ya no son obstáculos, sino medios de una fidelidad, comprendida cuando, en la solidaridad que les une, se encuentra la ocasión de sentir la "humillación", porque la elección hecha por Cristo y por fidelidad a su Espíritu acarrea unas consecuencias que hacen sonreír a los otros o tal vez menospreciarlas. San Ignacio habla más de una vez de estas humillaciones sufridas por Cristo. En los Ejercicios en la vida, surgirán inevitablemente como consecuencia de la conversión de corazón y de la actitud, suscitando la verdadera humildad del ejer

citante que no se aparta de los que le humillan, porque no puede separarse de ellos y porque no quiere.

A través de estas rápidas notas, comprendéis qué lazos totalmente nuevos se establecen entre la oración y la vida. Al ver los elementos que constituyen esta experiencia, se percibe cómo el ejercicio de la oración no es más que un medio, y quizá un medio secundario, en relación a esta fidelidad que es la docilidad a Dios presente en la vida de cada día. La oración sostiene y garantiza constantemente la conversión que se opera en la vida. La ilusión no puede ocultarse, al menos por mucho tiempo. La verdad de cada día hace sentir que el corazón no estaba tocado y que la oración no era más que un sueño.

* * *

Para terminar esta introducción a nuestra primera jornada de trabajo, querría proponer algunas reflexiones que nacen, a lo que me parece, de todo lo que he venido exponiendo, y que abrirán un debate, o muchos debates, sobre la experiencia espiritual que está en el corazón de los Ejercicios en la vida.

19) La primera parte, sobre la naturaleza del silencio.

Cuando un ejercitante se somete a unas condiciones reales de una búsqueda que persigue en medio de su vida, inevitablemente agitada, ¿qué silencio se ha de procurar establecer? Pienso que el ejercitante comienza lo más frecuentemente por determinar los tiempos, o de hecho, la ausencia de ruidos que permita una concentración que favorezca el reposo interior y unifique la conciencia. Muy pronto, después de algunos días, siente fuertemente que no está allí la vía fecunda. Distingue tiempos en que el silencio es ausencia de ruidos, favorable psicológicamente a una concentración interior, y los tiempos en que el silencio es plenitud de presencia en sí mismo o en su acción. En los primeros, la reflexión se aguza, porque es menos distraída; pero solamente en los segundos comienza a obrarse una conversión del corazón; y entonces todo lo que es desordenado o desarreglado aparece como contrario al silencio interior. En fin, a medida que el progreso en los Ejercicios en la Vida va penetrando más hondo en el descubrimiento de Cristo, el silencio que se establece en

el alma es mucho más la manifestación sensible o no, de un amor que se adhiere a la acción de Cristo y participación en su Espíritu. A este nivel, el ejercitante conoce unos momentos muy preciosos en los que la actividad humana, cualquiera que sea, y la sumisión a Dios son percibidas en un mismo acto de fe. Estos instantes se repiten bastante frecuentemente para que el ejercitante descubra en su misma vida una fuerza unificante. La oración viene a ser como la luz interior de la acción, o según otra imagen que he escuchado a un ejercitante, ella transforma un acto humano en un acto de amor de Dios sin que cese de ser plenamente un acto humano. El silencio permite entonces entender allí otro lenguaje interior, en el que está ausente el "discurso" especulativo y la oración rebrota como una adoración y una ofrenda.

29) La segunda reflexión lleva a la naturaleza de la soledad que encuentra el ejercitante de los Ejercicios en la vida. ¿Qué soledad se puede asegurar, cuando la relación con el mundo es tan estrecha y debe continuarla? No son los momentos de simple aislamiento físico los que bastan a satisfacer la necesidad que desarrolla necesariamente el deseo de Dios solo. La respuesta, me parece, está en la línea de lo que llamaba hace poco una "distancia" introducida en el interior de toda relación. El mismo ser, el mismo objeto, la misma situación se percibe, por así decirlo, a dos niveles: el de la comunicación inmediata y continua, y el de la separación radical. Deberíamos ciertamente proseguir aquí muchos análisis. Lo esencial me parece está en dar cuenta de esta experiencia de soledad que se desarrolla siempre en la misma experiencia de la comunión, experiencia que desposee y colma a la vez. Espero que nuestro trabajo nos ayudará a ello.

30) Un último punto debe ser presentado desde esta mañana a nuestra búsqueda. Silencio y soledad no son sino las vías abiertas al misterio mismo que está en el centro de todos los pasos del retiro. San Ignacio lo expresa en términos muy significativos: acercarse a Dios, alcanzar a Dios, recibir de Dios. ¿Cómo se opera en el retiro en la vida este encuentro con *"la divina y suma Bondad"*? ¿Será necesario, para encontrar a Dios que habla al corazón, separarse, dejar, suspender la actividad? En las perspectivas que hemos comenzado a entrever, la respuesta es evidentemente negativa. En la presencia de la realidad cotidiana

es donde se descubre la presencia de Dios obrando en una vida humana. Espero que las jornadas que vamos a vivir juntos nos ayudarán a ver mejor la profundidad y las condiciones de esta aventura a la que se entrega el ejercitante que no cambia nada en su existencia de hombre y que por tanto no busca sino a Dios.

• DOCUMENTO DE TRABAJO

El primer elemento específico de los Ejercicios Espirituales en la vida corriente que se impone al acompañante es evidentemente la relación de la experiencia de los Ejercicios con la vida cotidiana del ejercitante. Al principio no hay "separación" (en el sentido de la separación física prevista por la 20 Anotación): la realidad humana, con el peso de sus exigencias, de verificaciones de los deseos, de interpelaciones renovadas sin cesar, trazan el marco dentro del cual se desarrolla el itinerario de los Ejercicios y, al mismo tiempo, el medio de progreso en la experiencia interior.

1. El despertar espiritual

1. La introducción de un período de tiempo diario destinado a la oración conduce a modificar el clima de la existencia cotidiana, mediante mil pequeñas elecciones, decisiones que se hacen necesarias, en las relaciones, en las diversiones, en el estilo de trabajo. En el mismo presente se instituye un "además" que provoca una profundización muy fuerte del deseo.

2. Las primeras experiencias de discernimiento hacen tomar conciencia de situaciones humanas que empiezan a tener sentido en el seno de las relaciones con Dios. Y permiten ya un juicio sobre las diversas tendencias que agitan la conciencia de manera más o menos permanente, más o

menos viva, más o menos constructiva. Ayudan a pasar del plano moral (el bien o el mal) al plano espiritual (mirada de fe sobre los diversos elementos de la vida humana: salud, sicología, afectividad, trabajo).

3. Comienza a establecerse una unidad entre los periodos de oración y las actividades de la jornada. Los sentimientos nacidos en la oración permanecen en las relaciones con los otros y en el trabajo; la vivencia interroga a la misma oración y la provoca a mayor profundidad (mediante "repeticiones", mediante nuevas maneras de "gustar" lo que se ha meditado ya).

4. Una "distancia", o un retroceso, permite al ejercitante separarse del carácter inmediato y opresor de sus diversos compromisos humanos para hacerse más sensible al significado que ellos adquieren cada vez con mayor intensidad en relación a una fe que integra mejor todo lo presente.

Este despertar espiritual permite vivir la actitud de la "indiferencia" de una manera original, que tiene en cuenta la situación real y actual del ejercitante.

2. El peso del presente

Dado que todas las fuerzas humanas continúan desarrollándose libremente, el momento presente ejerce un peso considerable sobre la oración y sobre el juicio espiritual que el ejercitante es llevado a establecer sobre su vida.

1. El retiro en la vida hace captar el pasado a través de sus efectos y sus resultados de hoy: pecados reconocidos gracias al perdón actual de Dios que hace vivir y tomar confianza; certezas de fe que se desarrollan a pesar de las debilidades y los fracasos; libertad que se afirma en medio de condicionamientos aceptados con mayor lucidez. La confianza en el futuro se funda más sobre un amor de Dios ya presente a través de lo que se vive cada día.

2. Las solidaridades con todas las personas a las que se siente ligado el ejercitante adquieren un sentido muy fuerte. El aparente obstáculo que representan los otros en la búsqueda de Dios solo se convierte en una invitación a un mayor respeto, a una nueva donación de sí mismo, a una entrada en la verdadera "humildad", a una relación marcada por los valores evangélicos. Cada etapa de los Ejercicios se vive así en el corazón mismo de estas solidaridades humanas y abre a decisiones concretas en las que la "caridad" es el criterio decisivo.

• CUESTIONES PROPUESTAS A LOS GRUPOS

1. ¿Es útil o deseable que haya al principio de los Ejercicios en la vida unos días de "retiro cerrado"? El ritmo propio de un retiro que se va a desarrollar sin ruptura con la realidad de una existencia ¿no está en encontrar los primeros pasos espirituales del ejercitante? Ventajas e inconvenientes de los "tiempos fuertes" de silencio y soledad.

2. ¿Cómo asegurar que el ejercitante transforme en "ejercicio espiritual" cada una de las actividades ordinarias de su vida, preparándose a ellas, entregándose con fe a la acción de Dios, notando en seguida lo que comporta de dignificante?

3. ¿Cómo el acompañante puede ayudar al ejercitante a descubrir la forma de soledad y docilidad a Dios que no es una concentración de tipo intelectual, sino una intensidad de la presencia de la fe? ¿Cómo ayudar al silencio, que no se manifiesta por la ausencia de ruidos o de palabras, sino por una armonía interior gracias a la unidad que se opera poco a poco por la integración de toda la vida en relación con Dios? ¿Qué actitud se requiere en el acompañante para favorecer este tipo de experiencia que permite alcanzar, sin la "separación" de la Anotación 20, los mismos efectos que trae consigo esta separación (unidad del espíritu, acercamiento a Dios)?

● ECOS DE LA REUNION PLENARIA

** Notamos la importancia del período de preparación, antes de admitir a un ejercitante a los Ejercicios en la vida. Este período responde a los "intercambios preliminares" que prevee San Ignacio. Mas nos parece que es muchas veces difícil comprender bien lo que pasa en el candidato al retiro, porque queda todo mucho más distendido y casi diluido en el interior de la vida cotidiana. Un tiempo de retiro cerrado, siquiera breve, ¿no permite juzgar mejor las disposiciones del ejercitante y su aptitud para comenzar los Ejercicios por la primera Semana? Se dieron muchas opiniones. El P. Giuliani dió dos respuestas: 1) Es siempre provechoso, al principio de este tipo de retiro tomar algunos días en que la oración sea más intensiva. 2) Para saber si el ejercitante puede hacer con provecho los Ejercicios en la vida, no es el tiempo de retiro cerrado el más revelador; al contrario, este tiempo corre el riesgo de ocultar la verdad de lo que pasa cuando el ejercitante ora y discerne "en la vida", ya que lo importante es saber si el ruido, la agitación, los negocios, las presiones afectivas, favorecerán o impedirán el movimiento de la búsqueda de Dios en profundidad. Desde el principio, estas son las condiciones para los Ejercicios en la vida que permiten saber si el candidato al retiro puede hacer los Ejercicios en esta forma.

** Muchos grupos se preguntaron sobre este momento que parece haber estado presente esta mañana, el de la decisión tomada por el ejercitante de comenzar los Ejercicios. Pero quedó una dificultad. Hay dos momentos distintos. El primero, cuando uno se presenta y manifiesta deseos de entrar en los Ejercicios; y el segundo, después de una evolución que ya ha hecho de llegar a una cierta indiferencia, ¿puede el ejercitante reconocerse, de hecho, "en retiro"?

M.G. Sí, hay dos momentos distintos. El deseo de hacer los Ejercicios suscita una primera separación con introducción de tiempos prolongados y diarios de oración, con un primer hábito de discernimiento, con entrevistas a ritmo ya regular con el acompañante. A continuación de esta primera decisión se desarrolla un proceso, en el que aparece la capacidad del ejercitante para sacar provecho

de los Ejercicios en la vida, o, al contrario, su dificultad de dominar y hacer durar su esfuerzo. Si resulta bien este proceso, la actitud de indiferencia (en el sentido más fuerte de San Ignacio) se desarrolla en el alma y se realizan las condiciones para que el ejercitante entre con más lucidez y firmeza en el itinerario de los Ejercicios, a partir de la primera Semana. Es entonces la ocasión de una segunda separación. Se han esclarecido las condiciones espirituales del retiro, las exigencias de la oración, y del discernimiento se han asentado claramente, el ofrecimiento de sí mismo se ve acompañado de una mayor confianza para la experiencia que se le va a abrir, cuyo resultado sabe ya el ejercitante que no depende de él, sino de la gracia de Dios. Se empeña en una suerte de aventura con el riesgo que corre todo hombre que se entrega sin reservas a Dios.

**** Algunos "Directorios" antiguos recomiendan no proponer la elección sino en un retiro según la Anotación 20. Según, pues, su parecer, los Ejercicios en conformidad con la Anotación 19 no permitirían la misma capacidad de decisión espiritual.**

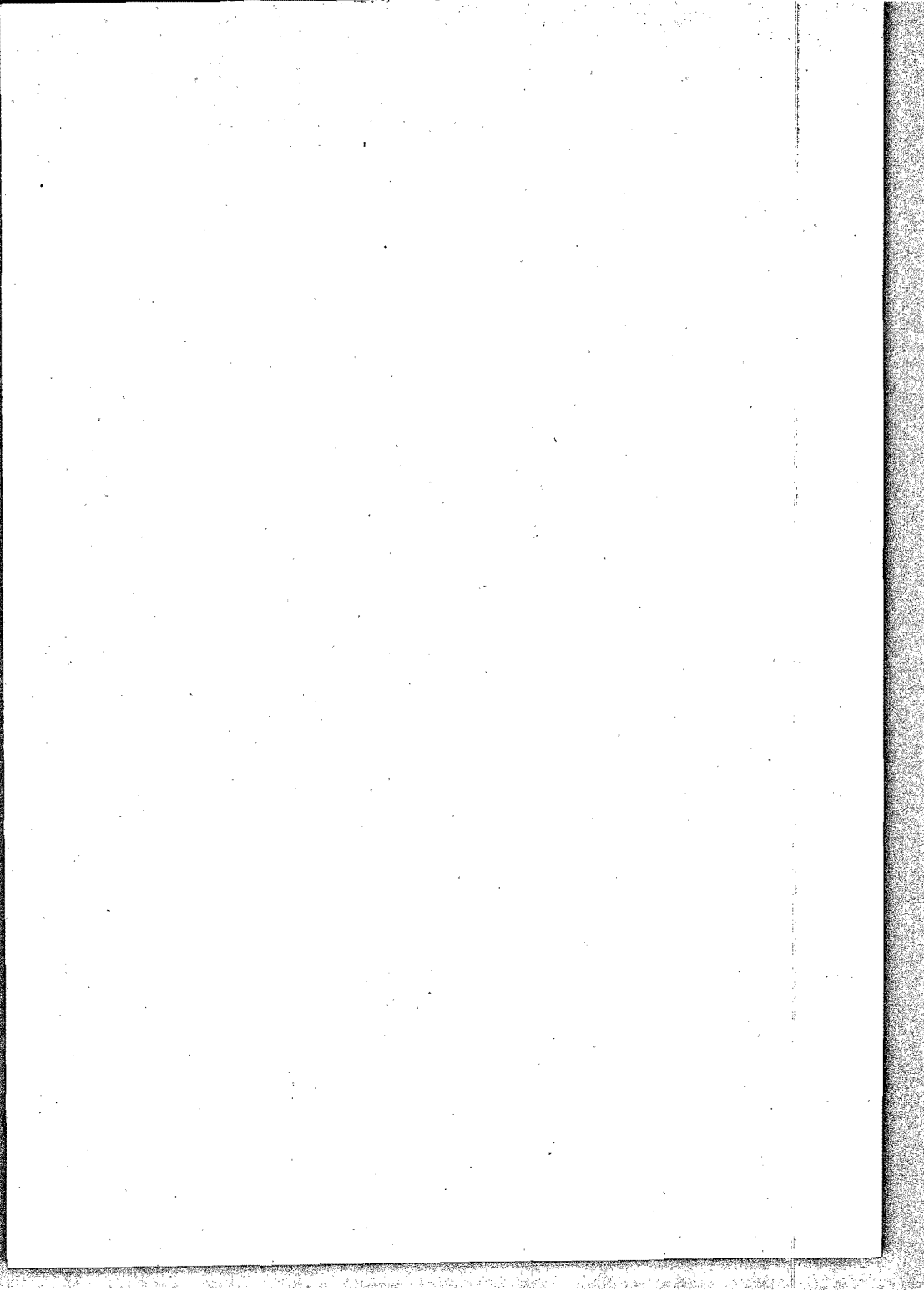
M.G. Querría que intentásemos salir en seguida de este esquema. Los Ejercicios en la vida no son pura y simplemente reducibles a la Anotación 19. No insisto ahora demasiado en esto, porque pienso que tendremos ocasión de volver sobre ello. Lo importante es que los Ejercicios en la vida hagan acceder a la misma intensidad espiritual que los Ejercicios practicados en el cuadro de la "separación" prevista por San Ignacio para los que desean "aprovechar en todo lo posible". Esta es sin duda la cuestión fundamental en "relación con la vida", que ha sido el tema de reflexión de esta jornada. Si se concibe la realidad cotidiana como un obstáculo; se ha terminado la autenticidad de la búsqueda de Dios por esta vía. Por el contrario, si se la ve como un apoyo y aun como un medio de una mayor adhesión a Dios en la verdad del momento presente, permite entonces llegar tan lejos como en el retiro cerrado, hasta la conversión, la elección, el compromiso radical de una vida bajo la moción del Espíritu Santo.

1 ** Un grupo hace notar que se dan bastante casos, en los que, después de haber comenzado el candidato su camino, se apercibe que no está maduro para un retiro. En este caso, el período preliminar del que se ha hablado juega un papel de "azar". Será necesario entonces continuar sencillamente con un acompañamiento que lleve lentamente a la eclosión de una seria vida cristiana. Un día, tal vez, llegará el tiempo de su retiro.

Se advierte también que es importante hacer tomar conciencia al que no prosigue en la vía de los Ejercicios, que, de hecho, su camino no es el de un retiro. Se aportan muchos ejemplos de hombres y de mujeres que creen hacer los Ejercicios, cuando su camino está todavía muy lejos. Hay también frecuentemente peligro de dejar que se degrade la imagen de los Ejercicios haciendo creer que, bajo pretexto de fidelidad a una pedagogía que se inspira en los Ejercicios, se hace realmente la experiencia. La idea de los Ejercicios en la vida se presta con bastante frecuencia, a lo que me parece, a estas confusiones, como si bastase comenzar un esfuerzo que conducirá tal vez a los Ejercicios, para que se imagine uno ser ya fiel a las exigencias ignacianas.

II

LA DURACION



LA DURACION

He propuesto consagrar esta segunda jornada a un punto que me parece muy determinante para comprender el desarrollo de los Ejercicios en la vida. El papel del tiempo y el influjo de la duración. A partir del momento en que se acepta la relación con la vida, tal como lo analizamos ayer, la integración del tiempo dentro de la marcha de los Ejercicios parece un dato evidente. Sin embargo, creo que no acabamos de descubrir sus consecuencias.

El hecho de poder permanecer en una meditación durante una hora, durante un día, o el hecho de seguir allí quince días o un mes, mientras que el resto de la vida continúa desarrollándose y modificando el "paisaje" interior del ejercitante, tiene para él efectos psicológicos y espirituales considerables. Lo que me parece muy característico de los Ejercicios en la vida, no es solamente, como lo hemos visto ayer, que la realidad cotidiana esté presente en el interior mismo de la marcha espiritual, sino también el que no se haya determinado de antemano ningún plazo, ni para concluir los Ejercicios ni para salvar las etapas.

Advierto que el ejercitante que comienza pregunta muchas veces hasta cuándo va a durar su retiro. Mas una vez que ha entrado profundamente en la experiencia de la oración y del discernimiento, no solamente no propone ya esta cuestión, sino que teme mucho que el acompañante no le fije unos topes, porque tiene necesidad de una total libertad en relación al movimiento interior que no ha encontrado todavía su forma ni su salida. Seguramente hay casos en que se impone un término. Un seminarista se prepara a la ordenación en una fecha fija, un padre de familia debe dar o no su conformidad para una elección importante en su carrera, una pareja quiere partir para el extranjero a fin de consagrarse allí algunos años al servicio de los pobres, un joven siente la urgencia de una decisión que ha de tomar con relación a una joven que espera su respuesta. Son, al parecer, unos términos que se fijan al comienzo del retiro.

Mas las primeras experiencias espirituales que se desarrollan, muestran pronto que las exigencias humanas esconden ordinariamente una presión que nosotros mismos imponemos a la acción de Dios. Lo que tomamos por necesidades y urgencias se revela en el curso del retiro como el objeto mismo que deberia ser objeto de elección. Creo por el contrario que la negativa a fijar un término es la condición más frecuente del verdadero éxito de los Ejercicios en la vida.

* * *

Diré en primer lugar que la duración no limitada es la garantía de una libertad interior en el camino. Esta libertad o esta duración ilimitada permite escapar del fenómeno del terror, de estrechura, a veces aun de pánico, que está ligado a la presencia de un término arbitrario fijado de ante-mano. Comprendéis hasta qué punto es diferente para el ejercitante decirse: "comienzo, pero es necesario tomar la decisión en un mes", o bien: "comienzo, y la decisión vendrá cuando esté madura. Estoy pues totalmente libre y liberado de toda presión". El ejercitante debe estar seguro de que puede tomar siempre su tiempo. Puede mantener, durante todo el tiempo que experimenta los beneficios, una actitud espiritual que le es fuente de paz y de gozo. Puede dejar de pasar de una actitud a otra hasta el momento preciso en que constate que le ha llegado la hora de ir más lejos.

En los Ejercicios, San Ignacio hace muchas indicaciones en este sentido. Dice que es necesario "*pararse en el punto en que hallaré lo que quiero*". Dice en otra parte que es necesario "*sentir y gustar de las cosas internamente*", es decir no sólo gustarlas interiormente en oposición a una actitud muy cerebral, gustarlas con el corazón y en un movimiento de conversión, sino también gustarlas de manera plena, con el sentimiento de que se entrega a la gracia de Dios. Observo que entre los ejercitantes en la vida, algunos terminan en dos o tres meses, otros en ocho, y otros en un año y aun en un año y medio. Esto no está ligado más que a la decisión interior que toma el ejercitante de aceptar el ritmo que le es propio.

El acompañante está muy frecuentemente preocupado por hacer avanzar al ejercitante, por sugerirle algunos temas o

algunas ideas que le abran una etapa nueva. Con su acción, corre el peligro de interrumpir algo que comienza en el ejercitante, o también llegar a aportarle un elemento nuevo que impide un sentimiento todavía confuso de llegar a la conciencia clara. El respeto de su ritmo interior permite al que ora experimentar un sentimiento de no urgencia, cuyos efectos son muy beneficiosos. Los Ejercicios en la vida favorecen este movimiento de interiorización que suspenden el desarrollo de las escenas y de los temas de oración, dejando al ejercitante libre para entregarse a las "repeticiones", cuyo valor sabemos es capital en los Ejercicios. Estas repeticiones le aportan cada vez algo nuevo, no sugerido por el acompañante, sino nuevo, que surge del interior mismo de su oración.

En el cuadro de una reflexión sobre la duración, este aspecto de la vida de oración es muy importante, porque estas repeticiones, esta profundización y esta interiorización de la oración no están solamente ligadas al gusto interior nacido de la oración, sino a la confrontación constante con la realidad de cada día. No es del todo indiferente que el ejercitante pueda continuar hoy lo que meditó ayer, a la luz del comportamiento que ha tenido entre las dos oraciones. La oración de hoy, la repetición de un tema evangélico, por ejemplo, va a ser considerablemente modificada. En particular, con ocasión de este repetición ligada a la realidad cotidiana, aparecerá en él una liberación de su afectividad, una especie de interacción de todos los niveles de su conciencia - conciencia clara o conciencia obscura - y de todo lo que obra en la conciencia por las fuerzas agitadas y a veces también contradictorias. Cada uno de nosotros lleva en su siquismo todas estas fuerzas oscuras que determinan finalmente la verdad del compromiso de la persona.

Este tiempo de interiorización alimenta lentamente la experiencia del silencio de acuerdo consigo mismo y con la vida. Creo que este es para el ejercitante el camino hacia un conocimiento cada vez más vivo de todos los elementos que constituyen su existencia diaria. De modo que en la oración que se va desarrollando, nada se introduce del exterior que no se haya preparado, esperado y deseado. Además, no termina un tema de oración o un tiempo de plegaria que no sea el resultado y el fruto de una maduración cuyas fases todas han sido respetadas.

Esto es lo que da al ejercitante la paz, el sentimiento de seguridad que experimenta apoyándose en el movimiento interior de su oración. También explica esto la turbación que le invade cuando el ritmo que se le ha impuesto desde el exterior no corresponde verdaderamente a lo que vió, aunque lo que vió le resulte todavía una cosa algo oscura. La turbación viene de que el acompañante, desde el exterior, le aporta un elemento nuevo que viene a interrumpir este crecer a la luz de los deseos que aún tienen necesidad de madurar y de precisarse según sus ritmos.

Para el acompañante es necesaria en este estadio una paciencia extrema: esperar que el mismo ejercitante exprese el deseo de un tema nuevo o de una nueva fase, que signifique ya para él que las cosas están suficientemente maduras para que pueda progresar. Es igualmente necesario que en esta duración indeterminada, sin plazo, llegue en un cierto momento a fijarse un término. Estará frecuentemente ligado al sentimiento de haber obtenido el fruto de tal gracia, demandada largamente, por ejemplo, el de la "contrición", el de la "oblación", el de la "confirmación" de la elección. En ciertos momentos, será la toma de conciencia de una "saturación" y entonces sería bueno abrir una nueva etapa. Comienza entonces a terminarse un proceso, porque esta duración indeterminada viene a convertirse en la duración de un tiempo vivo. Comienzan a reafirmarse unas fases, que luego suavemente llegan a su maduración y finalmente a su conclusión. No hay nada tan apasionante como el percibir, en las mociones de un ejercitante, esta preparación de un tema, este nacimiento lento que brota en el momento en que el ejercitante experimenta que se ha cumplido algo y que se ha puesto "término" interiormente a una etapa, al mismo tiempo que se alimenta el deseo de una nueva.

Se tiene la prueba cuando en el curso de las entrevistas con el ejercitante se le proponen muchos temas posibles de oración para la semana o para el tiempo que sigue. Cuando se le vuelve a ver, es él mismo el que dice: "he continuado con este tema", o al contrario: "me he parado allí y voluntariamente he tomado el siguiente". Lo importante es saber el por qué. ¿A nombre de qué experiencia interior ha decidido pasar de una materia a otra? ¿A nombre de qué certeza puede decir: "sigo con este punto" o "paso al punto siguiente"? Ha determinado él mismo que alguna cosa ha pasado, que se ha cumplido una fase. Por otra parte, no se trata de forzar las fases que corresponden a las

Semanas de los Ejercicios. En un mismo día, pueden darse muchas pequeñas fases sucesivas, y la elección que hace el ejercitante no es nunca sin motivo.

* * *

Esta es la razón por la que el ejercitante cuando se ha habituado a este movimiento interior, siente que hay momentos de intensidad creciente que llevan a estas conclusiones o a estos términos. Intensidad que hace que las cosas se aúnen, se formen lentamente, y creen este sentimiento de plenitud, de decisión y de certeza. Desde este punto de vista, me parece que se encuentran dos tipos de intensidad vividos por el ejercitante.

Está la intensidad debida a la contracción del tiempo, a la reducción a algunos días. Es la que juega más frecuentemente en el caso de los Ejercicios cerrados de ocho, diez o treinta días. El hecho de juntar, de concentrar simultáneamente el éxito espiritual en una duración muy limitada, crea las condiciones de una cierta intensidad que permite unas soluciones o unos términos que encuentra el ejercitante. Es un fenómeno psicológico humano, que la reducción del tiempo vivido da una intensidad que no tendría sin la contracción que se le impone. Es al mismo tiempo un fenómeno espiritual, porque es en la fe donde se descubre en estos movimientos interiores los signos del Espíritu Santo.

Hay otra intensidad, que creo tan fuerte que la llamaría la intensidad por la integración de la vida. El campo de la oración se enriquece mucho con todos los elementos concretos que constituyen la vida cotidiana. La conversión del corazón se afianza por la liberación de la afectividad, por la unificación de la conciencia, por la paz invasora. La etapa en que se encuentra el ejercitante toma forma, alcanza su estructura y su término en la medida en que deja repercutir en él todos los ecos de su oración, e igualmente en la medida en que haga veraz el valor a través de su comportamiento diario. Se siente contento, unificado en medio de los impulsos que le arrastran al interior de esta larga duración que es a la vez pasividad y actividad. Está "saturado".

Es esta la señal de que ya ha alcanzado un término, que le ha llegado el tiempo de pasar más adelante y de abrirse a una experiencia en que podrá integrar más elementos nuevos. Se asiste a la vez a un progreso en la oración, en la adoración y la entrega al Espíritu, y en la aceptación de la existencia recibida de Dios.

Bien seguro que no hay oposición entre estas dos intensidades, por contracción del tiempo y por integración de la vida. Un ejercitante en la vida experimenta muchas veces que le traba una fuerza y que, en un tiempo limitado, tiene necesidad de dejar que se levanten en él deseos, esperas, violencias y de aceptar un cierto movimiento que producirá tal vez una crisis hasta el momento del desahuce y de la solución. En esta integración de la vida tiene necesidad de introducir alguna contracción del tiempo. Tomará quizá un día, un fin de semana o una semana; lo cual se junta con lo que decíamos ayer. La lógica de esta integración en y por toda la vida no conduce a un tiempo más largo de retiro "cerrado". En la confrontación con la realidad es donde esta intensidad va a encontrar su solución. Finalmente, en la vida reencontrada, en lo diario es donde se unen y conjugan la oración y la adhesión a la totalidad del presente. Allí va a encontrarse el ejercitante el momento favorable a la total respuesta a la gracia de Dios. Creo que esto es lo que nos permite valorar mejor estos tiempos de retiro y de silencio en relación con la realidad cotidiana de que hablamos ayer. Estos son los momentos de parada y de respiración psicológicamente indispensables para que un ser humano, asido intensamente por una experiencia, encuentre su verdadero equilibrio, su asiento, su paz, su seguridad.

Encuentro con bastante frecuencia casos de este género. Un ejercitante, en ciertos momentos de su experiencia del retiro en la vida, tiene el deseo de detenerse, de tomar más horas de silencio y de oración, o un tiempo de soledad aun material. Constato sin embargo que no es en el curso de estas horas o de estas jornadas donde encuentra la solución, el término de la fase que vive. Al contrario, en la continuación es donde encuentra la vida, donde siente que allí está la verdad. El momento psicológico de respiración que se le ha ofrecido en el curso de esta hora o de esta jornada no hace sino disponerle al verdadero momento espiritual del reencuentro del presente y la respuesta que debe aportar. Esta es la razón por la que debíamos combinar mucho más lo que decimos un poco demasiado espontáneamente sobre los tiempos "fuertes" y los tiempos "débiles".

Pienso que en el ejemplo precedente el tiempo fuerte no se encuentra en estos días de silencio o de soledad que ha vivido el ejercitante fuera de su marco habitual. El tiempo fuerte se sitúa después: en la vida misma, cuando se establece por confrontación con la realidad un estado de certeza y de descubrimiento. Corremos el peligro de llamar "tiempo fuerte" al tiempo de silencio, de soledad o de oración prolongada, por estar materialmente circunscrito a una cierta manera de vivir que parece favorecer una plena interioridad. El tiempo fuerte espiritual no está ahí. Se sitúa en la vida misma, y el acompañante debe velar con diligencia por hacerse mucho más presente al ejercitante después de estos momentos de soledad. Comprendéis que para el acompañante es un problema difícil. ¿En qué momento es necesario intervenir? Se opera un desarrollo, se vive una experiencia interior, y se es testigo de ello. Si está atento, es experimentado, respetará cada una de las etapas o cada una de las fuerzas que obran en el alma del ejercitante. Al mismo tiempo que es el testigo, es también, en cierta manera el guía. En la línea de lo que experimenta el ejercitante, debe aportarle el pequeño elemento nuevo que permita la continuación del progreso. Según el temperamento del ejercitante, el acompañante será o un testigo o un guía. Respetará más un movimiento que percibe justo, o, al contrario, ayudará a hacer progresar a uno que parece quedar encerrado en el interior de una experiencia que no permite progresar más.

Algunos momentos del retiro son quizá, bajo este punto de vista, más característicos. Por ejemplo, cuando, después de algunas semanas de Ejercicios, una real actitud de "indiferencia" muestra que el ejercitante está pronto a entrar en el misterio de la misericordia y salvación. ¿En virtud de qué decisión, del ejercitante o del acompañante, va a poner fin a lo que todavía no es más que el "fundamento" y entablar una etapa nueva? En otras palabras ¿cuáles son las señales y en qué instante de intensidad, la duración parece haber preparado suficientemente un acto que hace dar un paso adelante en la continuidad y también en la apertura a una fase nueva?

¿Además, en qué momento habrá producido su fruto la primera Semana, no sólo de contrición, sino también de ofrecimiento de sí (¿Qué puedo yo hacer por Cristo?) y de liberación de una afectividad completamente convertida?

Juicio muy delicado de hacer. ¿Es necesario dejar al ejercitante mucho más tiempo en esta meditación de la misericordia de Dios y del pecado, a riesgo de provocar una introspección nociva o un desaliento, o, al contrario, es necesario estimularle a terminar por un acto lúcido esta fase de su retiro, con peligro de impedir un desarrollo todavía posible y fructuoso en la aceptación del perdón y en la profundidad del "coloquio" con Cristo en cruz?

O todavía, en el momento de la meditación del Reino, cuando el ejercitante ha sido realmente cogido por la "oblación" que se le propone, ¿cómo va a pasar al clima bastante nuevo creado por las contemplaciones de la Encarnación y del Nacimiento? A buen seguro, que una cierta fidelidad material al texto de los Ejercicios puede provocar este paso sin causar sentimiento alguno de insatisfacción o rotura. El ejercitante en el que resuena todavía profundamente el llamamiento que ha escuchado y que siente crecer en él esta "oblación de mayor estima" que sugiere San Ignacio, no puede dejarse llevar de una meditación a otra sin que se respeten completamente los movimientos interiores que le animan. Los "sentimientos" del Reino van en adelante, y durante largo tiempo, a seguir dominando. Llevándolos a lo más profundo de sí es como el ejercitante se dispone al "conocimiento interno" que se demanda a lo largo de los días siguientes de los Ejercicios. El acompañante debe ser consciente del riesgo que corre sin cesar. ¿Percibe suficientemente la lenta maduración que se sigue en la conciencia, cuando presenta al ejercitante unas meditaciones nuevas que hacen progresar en el itinerario de los Ejercicios? Si en el programa trazado, ¿pero es un programa en la verdad de la experiencia interior que poco a poco trae su fruto?

La introducción del factor de la duración en los Ejercicios en la vida viene, pues, a modificar sensiblemente el papel del acompañante, dando con más evidencia la prioridad "al gusto y al fruto espiritual". El tiempo dejado al ejercitante es un tiempo de maduración, de resonancia, de continuo llamamiento que resuena a todos los niveles del ser. La novedad propia de las fases siguientes debe nacer siempre de esta interioridad que el tiempo permite sea inventiva.

* * *

¿Qué sucede cuando el ejercitante en la vida, entrega do a esta duración indeterminada, es psicológicamente poco capaz de llegar al término de que hemos hablado hace poco? Y sea por una pequeña fatiga de voluntad, sea por una impotencia psicológica, "gira en redondo". Es el caso, por ejemplo, del ejercitante asediado en la primera Semana por un ataque de escrúpulos, o, en la segunda Semana, empeñado en una especie de sueño, en un estado de moción que infunde en él una ilusión de oblación de sí, no obstante la verdad de la realidad presente. El acompañante ve claro que debe intervenir. La dificultad está en saber en que momento debe, en función de su papel, intervenir, con riesgo de mutilar una experiencia que no ha llegado todavía a su término. Nos encontramos ante un problema pedagógico que suministrará sin duda materia de muchas reflexiones y de intercambios en el seno de los grupos de trabajo. No hago aquí más que sugerir este problema, que nos remite al modo de cómo podemos utilizar los textos de los Ejercicios, comparando los unos con los otros su valor estimulante de experiencia y su valor de programa que sitúa objetivamente las etapas sucesivas de un progreso. Es de toda evidencia, que hay aquí un punto que pide una particular atención del acompañante en el curso de los Ejercicios en la vida.

● DOCUMENTO DE TRABAJO

1. Una duración no limitada

En los "Ejercicios en la vida", no se prevé ni es previsible ningún término, para la duración de la experiencia espiritual que se emprende. Algunos pueden sentirse inquietos, o presentir algo menos estimulante: esto es con gran frecuencia un signo de que están llamados por su temperamento a la forma de Ejercicios más estructurados de los treinta días. Pero lo positivo de los "Ejercicios en la vida" consiste precisamente en suprimir no solamente toda prisa, sino todas las presiones interiores que padece la conciencia frente a plazos preestablecidos.

Esto permite dejar que se desarrolle libremente cada uno de los sentimientos probados en la oración, con sus resonancias en el alma. Y tiene una importancia semejante el que estas resonancias son modificadas, ampliadas, aclaradas por la vida cotidiana, la cual da a los sucesos interiores de la oración un campo en perpetua renovación.

Esto permite también al ejercitante encontrar su propio ritmo interior, no solamente gracias a "repeticiones" que hay que permitirle que recomience o abandone según su "gusto" interior, sino también gracias a las reacciones suyas propias ante todas las realidades de su psiquismo, de su inserción social, de su afectividad. El discernimiento de los espíritus puede entonces arraigarse en una experiencia humana bastante total para reducir la parte del sueño o de la evasión.

2. Etapas que se determinan desde el interior

Dentro de esta libertad en el camino a seguir, el ejercitante prueba en ciertos momentos un sentimiento de plenitud, de saciedad: ha "encontrado lo que buscaba", con el deseo de abrirse a algo nuevo que se le ofrezca para ir más adelante en el conocimiento de sí mismo y de Dios. Es precisamente en este momento, es decir ni más pronto ni más tarde, cuando el acompañante puede aportar lo que permita al ejercitante progresar en el itinerario de los Ejercicios. Ha llegado pues el momento en el que el acompañante y el ejercitante deben poder encontrarse fácilmente, teniendo muy en cuenta los movimientos interiores que, inevitablemente, evolucionan bajo el impulso de los sucesos que continúan surgiendo en la vida cotidiana.

Este encuentro no es solamente el punto de equilibrio difícil entre la experiencia del ejercitante, con su propio ritmo, y la contribución del acompañante que guía en el camino "minado" de los Ejercicios: es también el momento en el que salen a la superficie muchos sentimientos nacientes, inestables, poco conscientes, mal formulados, que están vinculados con la presencia de la realidad vivida y que aseguran el paso de una etapa a otra, sin voluntarismo, sin artificio, sin tensión.

3. Momentos de intensidad

En esta duración no limitada, el cruce de las etapas va acompañado (como en el caso de los Ejercicios cerrados, pero de otra forma) de períodos de grandísima intensidad: fuertes desolaciones, lucha interior frente a deseos que ponen a prueba la sensibilidad, nueva lucidez sobre sí mismo, etc. Estas "crisis" podrían encontrar su solución en una oración prolongada y, quizás, en el cuadro de algunas jornadas de un retiro que cumplieran otras condiciones de soledad y de presencia a sí mismo. Pero, en las perspectivas del "retiro en la vida", este cambio de "régimen" corre el riesgo de provocar crispación y dramatización. El ejercitante debe pues orientarse más bien hacia una mejor sumisión a lo real y al acontecimiento humano suyo: la duración no limitada permite volver a encontrar paz, confianza, verdad sobre sí mismo, y precisamente allí donde comenzó la crisis, es decir en la vida misma.

● CUESTIONES PROPUESTAS A LOS GRUPOS

1. Detengámonos primero en lo que nos llama la atención de lo que hemos escuchado. ¿Qué resonancias o cuestiones ha suscitado en nosotros?

2. En el caso en que el ejercitante es incapaz de llegar a unos "términos", ¿es bueno que el acompañante supla con la propuesta de meditaciones, cuyo deseo no ha expresado el ejercitante?

3. En el caso evidente de que el ejercitante no consigue el fruto de una etapa ¿conviene seguir adelante o detener los Ejercicios?

4. ¿Cómo interpretar en estas formas de Ejercicios la necesidad de respetar el punto donde el ejercitante debe pararse y la exigencia del itinerario total propuesto por otra parte?

• ECOS DE LA REUNION PLENARIA

** En cada uno de los grupos se expresó muy fuertemente una dificultad. Se comprenden muy bien las ventajas de una duración larga, que asegure mejor la maduración interior y que obligue a enfrentarse con el realismo de la vida. Pero, ¿por qué una duración larga debe ser enteramente indeterminada? Se traen ejemplos de retiros en la vida que han durado cuatro o seis meses. El plazo final se había fijado, y por decirlo así, programado, por razones prácticas. Y parece que ha producido buenos frutos.

M.G. Sin duda, que esto puede producir también frutos excelentes. ¿Pero qué fruto se habría obtenido si no se hubiese fijado ningún plazo? Si en algunos casos se ha determinado la duración por razones prácticas será necesario acomodarse a ellas. Mas cuando al ejercitante se le deja completamente libre, toma muchas iniciativas, que son otros tantos descubrimientos para él. Su ritmo, sus tiempos de oración, sus repeticiones, sus ocasiones de discernimiento, etc. Preguntáis si hay un "promedio" de duración en los Ejercicios en la vida. Os devuelvo la pregunta. ¿Hay un promedio en la acción de la gracia de Dios?

** Se entabla una discusión sobre lo que quiere decir la palabra "término". Término de una etapa, término de maduración de una gracia recibida en el curso de una oración o de un período de Ejercicios, término como momento oportuno para una decisión. Parece que se trata siempre de un momento que es a la vez una plenitud en relación con todo lo que se ha vivido, y una falta o un llamamiento que es ya la apertura a otra cosa. Esta es la razón por la que el término vivo que se impone para estructurar una duración espiritual, es necesario para que se reafirme un progreso del ejercitante, para que pase de una meditación a otra, de una Semana a la siguiente. Si jamás nace el sentimiento de que se ha cumplido alguna cosa, que se ha saciado y se prepara para una nueva gracia, es que el ejercitante permanece todavía prisionero de una duración "muerta", en la que no se hace ningún progreso.

Evocamos entonces el papel del acompañante que ayude al ejercitante a percibir la diferencia entre una duración que se estructura en el interior, a partir de su propia evolución, y una duración que queda sin significado, porque se cumple por voluntarismo u obediencia muy exterior un itinerario que no alcanza profundidad.

** Uno de los grupos subraya la importancia del texto "objetivo" de los Ejercicios. Al querer dejar todo o casi todo al mismo ejercitante, ¿no habrá peligro de desconocer el aspecto de "revelación" que se contiene en la aportación del acompañante? Este debe, seguramente, respetar absolutamente la duración espiritual del ejercitante, pero también debe "discurrir por los puntos con breve o sumaria declaración", según la Anotación segunda.

M.G. Todo esto es, en efecto, verdad. Se puede también replicar que en la tradición primera de los Ejercicios, se decía que el acompañante (se llamaba entonces: el director) debía en cada encuentro con el ejercitante, aportar "alguna cosa nueva". Sería necesario sin duda discutir sobre el sentido de la palabra "nueva", porque esta novedad puede ser del orden de las cosas espirituales que son nuevas por ser recibidas, como un nuevo nacimiento en el Espíritu. Quede, sin embargo, bien claro que el acompañante no es un puro espejo que refleja al ejercitante en el mismo. Le ayuda a progresar por un camino cuyas etapas están marcadas. Pero tal progreso no tiene sentido espiritual, sino es un progreso del "corazón" y no una sumisión a un programa, es decir si responde al dinamismo de la duración viva que recordábamos hace poco.

** Muchas intervenciones evocan el riesgo de ver que se disuelve con el tiempo el vigor del esfuerzo del ejercitante, que pierde un poco de coraje al no tener ya el sentimiento de una línea directriz neta y porque juega a un fenómeno con usura.

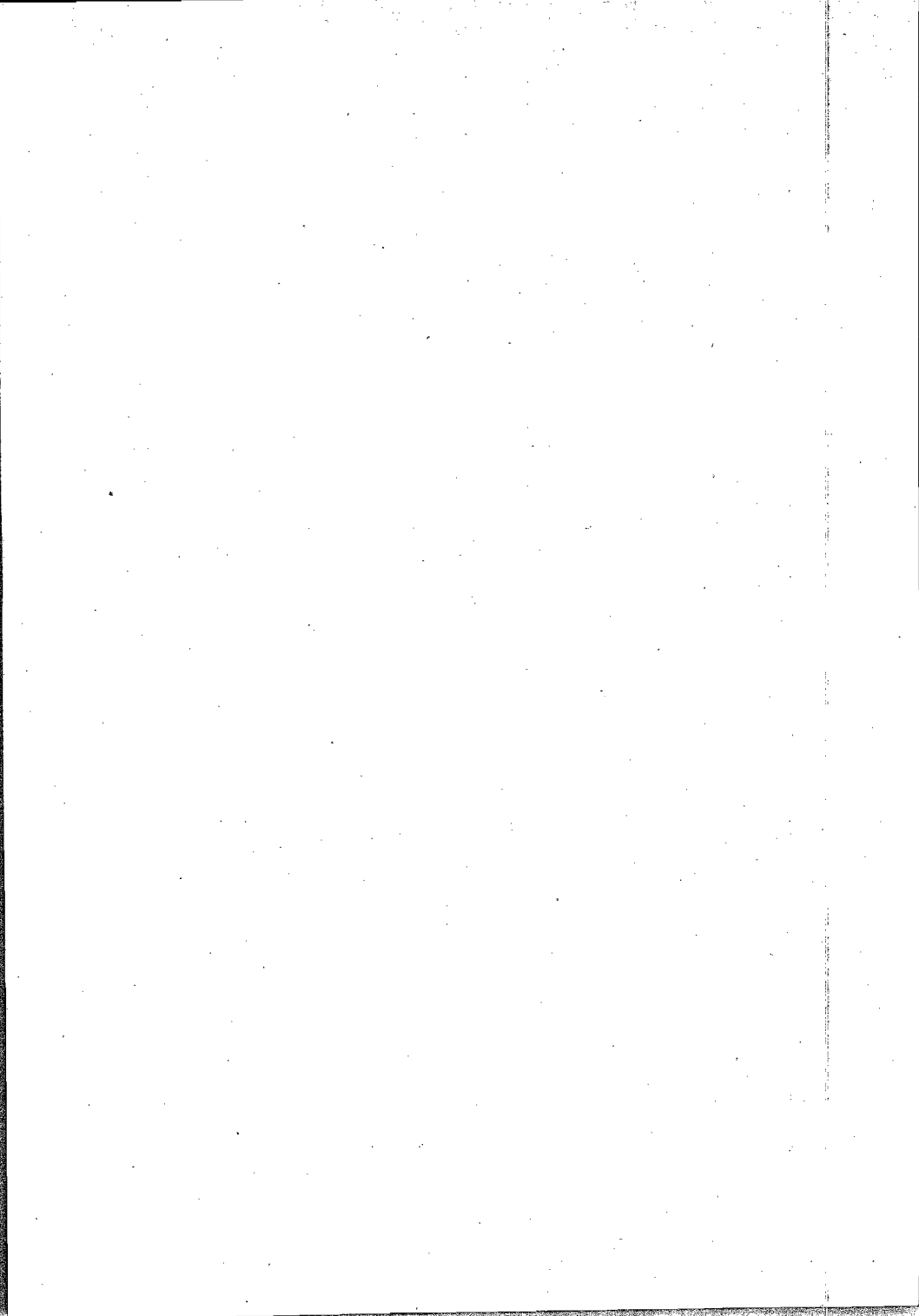
El P. Giuliani reconoce que existe una real dificultad, propia de los Ejercicios en la vida en razón de su duración. Algunos participantes ven también ahí un obstáculo

que puede ser decisivo. Sólo los temperamentos muy estructurados y muy fuertes pueden sobrellevar una tal experiencia. Los otros tendrán necesidad de una ayuda más firme, sobre todo en lo que concierne precisamente a la sucesión de las etapas. Finalmente, estamos de acuerdo en pensar que el acompañante, en este punto, tiene una muy grande responsabilidad. El es el que puede ayudar al ejercitante a dejarle madurar y a esperar, o al contrario a ir más adelante, aun en los puntos que parezcan todavía insuficientemente resueltos. El P. Giuliani pone además dos ejemplos. El momento en que conviene no detenerse más tiempo en la primera Semana, cuando se podría, tal vez, esperar un fruto mejor de contricción, o el momento del coloquio de dos Banderas, cuando el ejercitante corre peligro de ser engañado por un sentimiento de omnipresencia del mal.

** A propósito de la "doble intensidad" presentada en la introducción de esta mañana, han preguntado muchos grupos si no se podía llevar más adelante el análisis psicológico. Cómo juegan, en el retiro cerrado, el efecto de concentración sobre un mismo objeto mental, el llamamiento de recuerdos que invaden la conciencia en el momento en que nada la ocupa ni la distrae en el plan del siquismo humano, y el fenómeno de "violencia" que acompaña una decisión que se encuentra aprisionada en el tiempo. Por otra parte, en el retiro en la vida, la ausencia de estas presiones ¿no son un obstáculo para ciertas tomas de conciencia, al menos para algunos temperamentos? En la introducción de esta mañana se ha afirmado claramente que no se oponen estas dos intensidades; que se puede pasar de la una a la otra en el curso de un mismo retiro.

Sin desconocer que pueda tratarse de dos "tiempos" de la misma conciencia, el P. Giuliani estima más bien que se trata de dos estructuras psicológicas. Unos son más sensibles a la reducción del tiempo y son estimulados a la interioridad y a las decisiones por la violencia que se les impone y que sienten como una "regla". Otros son más receptivos a los matices, a las variaciones, a las alternaciones, y se encuentran como molestos cuando se les impone un ritmo que experimentan extraño a su propio ritmo. En todo caso, tocamos una de las cuestiones más importantes que se presentan al acompañante de retiros en la vida.

III
EL DISCERNIMIENTO ESPIRITUAL



EL DISCERNIMIENTO ESPIRITUAL

El tema de trabajo fijado para esta jornada lleva consigo una realidad que entraña su dificultad para expresarla con fórmulas claras, si bien constituye el meollo de esta experiencia espiritual. He dicho a menudo que cuanto se ha escrito acerca del discernimiento resulta como algo bastante teórico en el momento mismo en que se pasa al campo de la realidad. Y cuando se llega a los Ejercicios en la vida, la dificultad de expresar esta realidad del discernimiento es, quizá, mayor aún, pues engloba toda una experiencia de Ejercicios.

* * *

En los Ejercicios de la vida, igual que en los Ejercicios cerrados, el discernimiento comienza a obrarse desde las primeras jornadas. Cuando el ejercitante comienza los Ejercicios en la vida, la primera decisión concreta que va tener que tomar es sobre la oración, su tiempo y sus condiciones, de manera que su real unión con Dios en la oración quede asegurada en medio de una vida difícil y agitada: desde los primeros momentos empieza a trazarse una línea continua de una oración a otra, señal de que algo se inicia. Pero el peso de la vida diaria, ya lo hemos dicho, interviene decisivamente en el ser mismo de este proceso de oración. Y ése es el motivo por el que, a la vez que empieza una verdadera vida de oración, el ejercitante lleva en su vida una atención vital, digamos, que se modifica y le sorprende a la vez. Ante los acontecimientos que sobrevienen, ante las personas que le rodean, ante las responsabilidades que tiene asumir, se halla mucho más sensibilizado y fácil a reacciones. Y ante todo esto nuevo se interroga sobre su propio comportamiento. Siente nacer en sí atracciones o repugnancias, violencias aun tanto contradictorias en las que reconoce con claridad las tendencias de su temperamento; pero experimenta, a la par, que cuenta dentro de sí con fuerzas interiores que se van manifestando en diferentes sentidos. Una brecha se ha abierto, por decirlo de alguna manera, dentro de su vida.

Como acompañantes responsables hemos de estar vigilantes, porque, desde el comienzo del retiro una suerte de advertencia torna al ejercitante atento a la vez y muy vulnerable a un sin fin de pequeños detalles de su existencia. Una primera clarificación se opera. El ejercitante comienza a sentir que hay de un lado la llamada de Dios que se manifiesta a medida que ve más claro el presente al que tiene que amoldarse, y de otro siente unas fuerzas de resistencia nuevas que se manifiestan por la decidida voluntad de amar y ser amado, por las exigencias que aparecen en el plano social o cultural, por toda suerte de manifestaciones que, finalmente, aparecen de parte del egoísmo. Descubre que hay en el mismo acto interior, en una misma realidad que él vive, un punto o camino de conversión que es la llamada de Dios y, en sentido contrario, una especie de encogimiento interior con el que se resiste.

Si comienzo por ahí nuestra jornada sobre el discernimiento es porque pienso que es fundamental estar atento desde el comienzo a estos movimientos interiores, a esta ambigüedad que palpa el ejercitante desde ahora advertida, cuando él sigue viviendo sin cambiar en nada su existencia. El ejercitante nota que su misma oración se ha modificado: se desenvuelve, se ensancha, se apicigua desde el momento en que él es más fiel a esta llamada de conversión y al don del Señor; por el contrario, dicha oración se enerva, se paraliza, se deseca desde el momento en que se deja arrastrar por fuerzas que son las mismas de su violencia interior, de su repulsa a Dios, de su preferencia egoísta.

Cada ejercitante descubre a su manera propia, personal, cómo funciona para él este enlace entre la marcha de su oración y la fidelidad de su respuesta a Dios en la vida ordinaria. De manera que esto que es propio de los Ejercicios en la vida, esto que provoca el discernimiento - el juego de que hablé hace poco - es, con seguridad, en parte, causa de los movimientos que nacen de la oración, más aún de los movimientos que nacen de la vida y de la manera en que el ejercitante la vive. Aquí nos encontramos de nuevo con una manifestación totalmente ordinaria del psiquismo humano que, en un período de concentración más intenso y más importante, deja ensanchar los deseos que toman forma mucho más aguda. El solo hecho de empezar el retiro, ofreciendo así un tiempo privilegiado para el encuentro con Dios, hace que aparezcan cosas que van a cobrar nueva realidad y una capacidad de desarrollo que nunca se darían con facilidad fuera del retiro.

* * *

Yo decía, al comienzo de nuestra primera jornada, que la actividad se torna un ejercicio espiritual por el que se viene a descubrir mejor la manera con que Dios nos guía. Está muy claro lo que esto enriquece la relación de apoyo entre el ejercitante y el acompañante. El ejercitante habla de su oración, pero es todavía más importante para el acompañante ayudarle a percibir la manera en que es interpelado por los acontecimientos que está viviendo. Con esta experiencia llega muy rápidamente un momento en que el ejercitante toma conciencia de que todos estos movimientos diversos, todos de orden psicológico, toman un sentido orientándole en cierta dirección: y, finalmente, puede darle nombre a ese tal movimiento interior que está experimentando como una consolación, o lo que es lo mismo, como una visita de Dios, como la presencia misteriosa del Espíritu Santo en su propio ser humano. No vamos a hablar de "consolación" y de "desolación", vocabulario excesivamente técnico y que no interesa para nada al ejercitante y que, además, tampoco es conocido en su mundo cultural. Mas hemos de mostrarle de qué forma este suceso está viviendo de manera positiva se sitúa en el interior de sus relaciones con Dios. Se puede hablar, como lo hace San Ignacio, de aumento de fe, de amor y de caridad. Claro que bien pudiera haber otras maneras de decirlo, propias de cada uno. Lo esencial es darse cuenta de que algo positivo se está operando en él que influye en su progreso espiritual.

El ejercitante llega a descubrir que, en esta variedad de movimientos que le animan hay una orientación hacia Dios y, a la vez, una acción de Dios en él. Siente una alegría, una especie de descanso, extraordinariamente liberadores para el progreso. En cada uno de estos sentimientos interiores se da un suceso psicológico que se le puede explicar como psicólogo. Pero estos cambios psicológicos acaban, en relación con Dios, en consolación o desolación, en alegría o en prueba, en una capacidad de regalo y de progreso o, por el contrario en retracción interior. Todo se sitúa ahora sobre este fondo que es su vida de fe o, lo que es lo mismo, de relación vital con Dios. Nada de su vida humana es indiferente. Y es a partir de estas experiencias como el ejercitante siente que algunas de sus reacciones, de sus alegrías o de sus temores son para él ocasión de afianzar lo que le forma o construye interiormente. ¿Qué es lo positivo de su evolución? ¿Qué es lo que permite superar la contradicción interior donde, aun a través de la prueba, del sufrimiento y de la obscuridad, existe otra luz que le permite asegurarse de cómo todo esto cobra un sentido que le lleva a alguna parte?

Evidentemente, todo esto no acaece en un día. Pero desde el principio algo da comienzo en este panorama de conversión, y bastante rápidamente, en algunos días o semanas, el ejercitante descubre en qué momento su retiro se desarrolla en plan de discernimiento. Frecuentemente, en el conjunto de retiros que yo he dado, he notado que llega un momento más intenso, un momento de lucha, de crisis en el que el conflicto de estas fuerzas liberadas por el hecho mismo del retiro, toma un aspecto más agudizado. Este conflicto, esta lucha es harto diferente al que se opera en Ejercicios cerrados, puesto que va unido a la experiencia de la vida diaria.

Algunos ejemplos. En la relación constante con su conjunto, el ejercitante se ve interpelado de forma radical. El amor está, sí, presente, pero las dificultades persisten y hasta se desarrollan, insuperables por la simple voluntad. Si el ejercitante ha aceptado la situación tal como es, no es menos cierto que la dificultad se presenta a diario, porque, a diario, él se vuelve a encontrar en presencia de su conjunto, y que ahí está el nudo verdadero del combate. Si él pudiera irse, las cosas se situarían, a no dudarlo, de distinta manera, pero él no puede alejarse: es ahí donde tiene que afrontar la realidad, la voluntad del Señor; pero siente, a la par, crecer más el conflicto entre el "sí" y el "no" que hay dentro de sí mismo.

O aún más, el caso de uno que no es capaz humanamente de soportar el temperamento de un colaborador con el que se relaciona diariamente; conflicto psicológico, por cierto, mas a través del cual él nota claramente que tiene a la vez una llamada a la conversión y una huida interior del egoísmo.

O también el jefe de empresa que experimenta intensamente un afecto excesivo de un colaborador, una secretaria u otro cualquiera con quien está en trato constante. La tentación sería para él lanzarse con decisión a tomar uno de estos "tiempos fuertes" que le permitiría estar al abrigo. Pero tampoco es éste el momento de huir, de verdad, de la crisis. Es, pues, el lugar de su trabajo y en el sitio de esta tentación donde se sitúa la lucha espiritual y el verdadero conflicto del discernimiento de espíritus: el retiro ha creado las condiciones para tomar conciencia.

Hasta mínimas realidades humanas, de poca importancia aparente, son capaces de provocar el temor interior y finalmente la lucha entre, por una parte, la acción positiva de Dios y, por otra, el rechazo de la voluntad humana.

Naturalmente, esto existe también en los Ejercicios cerrados; yo no veo mayor ventaja de una forma sobre la otra, pero advierto que no es el mismo el eje, ya que el discernimiento se opera siempre a partir de la presencia insistente y repetida de la vida en el cuadro de los Ejercicios en la vida.

* * *

La soledad puede resultar, en determinados momentos, una ayuda psicológica beneficiosa en extremo, puesto que, en este conflicto, en este momento del combate hay una presión del conflicto excesivamente fuerte sobre la libertad interior. Pero no es de la misma soledad de la que va a poder nacer la tregua y la paz. Sencillamente, en esta soledad, en este tiempo de una o de varias jornadas de retiro, el ejercitante reencontrará de qué vivir humanamente, sin tener la impresión de estar violentado o aplastado. La solución se encontrará en el momento en que va de nuevo a estar en la vida, frente a lo que provoca el combate. En ningún momento el ejercitante debe sentir que la vida real cohíe una agresión de la que él deberá defenderse. La vida no es una agresión; es solamente el punto de reencuentro con Dios. En los Ejercicios en la vida, hay que ayudar al ejercitante a que se encare con la vida concreta. Entonces comprenderá que la dificultad está en el origen del combate interior, sin cambiar las condiciones ordinarias de su existencia. Es ésta la verdad y sencillez del comportamiento diario que, lentamente, ve esfumarse el temor y nacer una cierta confianza. La oposición de sentimientos de consolación y de desolación toman diferente giro según cada sujeto. Pero es, a menudo, en relación con Dios y, en consecuencia, en la fe en la que el temperamento humano halla decisión vigorosa para tomar cualquier decisión que haga falta tomar y, finalmente, poner el acto de sumisión a Dios que se lo pide.

Es, por lo demás, desde esta condición de realismo ante la vida desde la que el ejercitante experimenta de mane

ra casi definitiva el alcance real del combate que libra. Pero el obstáculo que ha de vencer y la dificultad que ha de superar no están en el suceso con que se encuentra sobre la marcha; están en él mismo. Es él quien está dividido entre Dios y la resistencia de su libertad. Es un momento crucial para el ejercitante: progresa, se vuelve más consciente porque se da cuenta de que esta dificultad no está fuera, mas dentro de sí mismo. El verdadero discernimiento es el discernimiento de su propio corazón. En él es donde se sitúan ambas fuerzas.

En la marcha de un retiro en la vida, él comprueba que son tres las componentes que confluyen con valor igual: por un lado está siendo puesta a punto la mejor sumisión a la realidad, ante la cual no se ha sublevado; luego una mejor percepción del presente y de las llamadas que trae consigo; finalmente, una confianza más visible para con Dios, con la acción del Espíritu en nosotros, una entrega al Señor a pesar de nuestras debilidades.

* * *

Hay, en esta misma línea, otro punto que aclarar. El retiro en la vida mantiene constantemente al ejercitante en una doble convicción: por un lado está siendo puesto a punto por la gracia de Dios, no puede ignorarlo, mas por otro, a causa de la realidad del presente, él no es dueño de su comportamiento. Del mismo hecho de que la realidad está allí, del hecho, asimismo, de la larga duración y de la repetición de los mismos sucesos humanos, él se descubre sujeto a un temperamento, una sensibilidad - consciente o inconscientemente que hierve en sí, con una serie de fuerzas positivas y negativas. Descubre todas las fuerzas de su cuerpo: su salud, su sexualidad, sus reacciones nerviosas. Descubre también que su acercamiento a Dios, su adoración, su oración y hasta su relación de caridad con los hombres, quedan marcados profundamente por una cultura, una educación y determinadas costumbres. Su misma generosidad, con los elementos de tristeza o de hastío que ella comporta, sus reacciones ante los obstáculos, todo esto es su ser de hombre que se le impone. Cada consolación, cada movimiento positivo hacia Dios, no puede substraerse a toda esta realidad humana que conlleva un aspecto negativo en el mismo momento en que creía haber escapado.

El ejercitante descubre así que todos los estados interiores son ambiguos y sometidos a leyes psicológicas: no se puede, pues, pasar de una reacción humana que experimenta en el interior de su vida o de su oración, al reconocimiento de una acción de Dios que sería, por decirlo de algún modo, independiente de toda esta realidad, que es la suya. Ningún estado interior puede escapar a los procesos humanos.

Si bien el progreso del discernimiento en el interior de los Ejercicios en la vida se opera de una manera característica, por una distinción clara entre las consolaciones, movimientos interiores que llevan a Dios, y los estados psicológicos humanos de tipo eufórico, fácil, alegre. También se deja de creer que es en esta alegría de tipo humano donde está la consolación de Dios. Y lo mismo se deja de pensar que allí está la desolación donde se manifiesta un estado humano de tipo depresivo. La relación a Dios se sitúa en otro plano: no en una ascensión o subida, de causa en causa, hasta una causa primera que escapa a las leyes humanas y que llamaríamos Dios, sino en el acto de fe en el que la libertad se compromete por dar un sentido a todos los estados interiores. Todo el movimiento del retiro va a abrir los ojos del ejercitante acerca de los sucesos y de las reacciones que provocan en él un fortalecimiento de cuanto es del orden de la fe. Eso le permite distinguir claramente en qué sentido va su adhesión a Dios, adhesión ligada no a tal o cual fenómeno psicológico, sino al acto de fe por el que toma conciencia de esta relación entre la llamada y la fidelidad a Dios.

El discernimiento se completa en el momento en que el ejercitante es capaz de comprobar su consolación interior allí donde él se adhiere a Dios, aun cuando sea en la prueba o en la obscuridad del corazón, allí donde él pueda decirle a Dios "sí" sosegada y tranquilamente. Y él prueba su desolación allí donde esta adhesión a Dios en la fe se vuelve difícil, aun cuando sea un gran gozo y una alegría interna humana donde tiene lugar. Porque es posible experimentar un gran gozo y una gran alegría interna, sentirse muy feliz, pero quedarse profundamente desolado, porque la adhesión a Dios se halla entorpecida por numerosos obstáculos que vienen a oscurecer el movimiento de la fe.

Conocéis, sin duda alguna, el ejemplo de Sta. Teresa de Lisieux que, en los últimos dieciocho meses de su vida,

entró en lo que ella llamaba una "niebla" y hasta oscuros nubarrones. Se sentía encontrarse lejos de todo aquello que había sido su deseo interior profundo. Había experimentado grandes ansias del cielo, y el cielo se le presentaba como nada; ella creía amara Dios profundamente, con todo su ser de joven apasionada, y ahora descubría que este amor era imposible. Nos dice que nunca ha hecho tantos actos de fe. Se muere, como le contará a su hermana Celina, "abandonada de Dios como Cristo en la cruz". Pero Teresa nos cuenta también que es este acto de fe donde ella encuentra su consolación, por su adhesión total a Dios. Este movimiento de tipo depresivo en los últimos meses de su vida se explica humanamente por el estado físico en que se encuentra. Estaba tuberculosa y, en aquel entonces, esta enfermedad no se curaba. Tanto médicos como psicólogos nos dan de estos dieciocho meses unas explicaciones muy exactas, mostrando que iba de un estado a otro en sintonía con su enfermedad. Pero no se dan cuenta de lo que es la relación de Teresa con su Dios, de lo que es su acto de fe en el corazón de la realidad humana que ella vive y que lo vive hasta la muerte.

En los Ejercicios en la vida, una tal forma de discernimiento es muy frecuente e importante, porque fluye de la manera misma en que se desarrolla la experiencia espiritual, ligada, sin duda a la oración, pero siempre ligada a esta mirada de fe por la que el ejercitante llega a interpretar la existencia, que es la suya. Nuevos sentimientos interiores, los del Espíritu, son experimentados: hay una alegría en el sufrimiento, como hay un abandono humano, o un sentimiento de cosas imposibles, o una obscuridad interior que descubre una paz grande por la confianza en solo Dios.

Aunque todavía hay más. Discernir es saber distinguir entre dos maneras de sentimientos: entre los de la sensibilidad humana, con las causas y los efectos que no dependen en absoluto de nosotros pero sí del resorte de nuestra psicología y del entramado de nuestros comportamientos humanos, y los provenientes de la fe en Dios que se manifiestan gracias a una nueva sensibilidad que es un regalo del Espíritu.

Dicha experiencia realizada en el corazón del retiro en la vida es muy estimable para descubrir que, precisamente, toda nuestra vida se sitúa en un plano humano y que

Dios obra en nosotros, no independientemente o fuera de la realidad psicológica que nos afecta.

Para quienes han vivido esta experiencia, es más imposible adentrarse en las perspectivas que son todavía muy frecuentes en los autores espirituales o sacerdotes de hoy, según los cuales hay una parte que es psicológica y otra que es espiritual. Yo diría, por el contrario, que todo es psicológico, pero que todo, a la vez, es espiritual. Es decir, que todo toma un nuevo sentido, que todo es, a la vez, interpelación a la fe en Dios, que se expresa a través de los movimientos psicológicos positivos o negativos. Se reconoce la presencia del espíritu a través de los movimientos psicológicos que con su fuerza crea un ser en el centro mismo de la dificultad, de la enfermedad y de la muerte.

Según el testimonio de sus compañeros, San Ignacio, al fin de su vida, no se guiaba más que por consolaciones y desolaciones, porque en todo, según su propia confesión, hallaba consolación. Es decir, que en un determinado estado de purificación y fe, se descubre que todo es gracia. Sin que esto estorbe en nada la verdad de la experiencia obscura, de la noche, de la ausencia de Dios que, en cierto modo, es inherente a todo acto de fe, pero esto permite renovar constantemente una confianza y una unión con el Señor en medio de la realidad más cotidiana. Los Ejercicios en la vida son un aprendizaje privilegiado.

• DOCUMENTO DE TRABAJO

1. Los movimientos

Cuando el ejercitante comienza los "Ejercicios en la vida", son evidentemente los tiempos de oración los que parecen constituir, en un primer momento, la trama de su historia espiritual. Pero muy pronto se manifiesta otro efecto, con frecuencia desde los primeros días: ante ocupaciones habituales que hasta entonces no presentaban ningún

problema, el ejercitante se interpela sobre su valor, sobre su importancia, sobre sus consecuencias; se manifiestan nuevos deseos o proyectos; en una palabra, algo se modifica, no solamente en la oración que se desarrolla adquiriendo su ritmo, sino en la vida de cada día que, repentinamente o poco a poco, no es absolutamente la misma. En lugar de recibir el acontecimiento o sucesos de manera brutal e indistinta, el ejercitante se concentra cada vez más en las reacciones que este acontecimiento produce en él, y estas mismas reacciones adquieren nuevas facetas, son menos rígidas, menos extremistas. Los días favorecen cada vez más el surgir de múltiples "mociones" o "movimientos" que conducen en diversas direcciones la conciencia ahora más atenta.

Este fenómeno está vinculado sin duda a una manifestación del psiquismo humano que, en tiempos de fuerte concentración, explota en reacciones que fragmentan el deseo. Pero le favorece el hecho de que las actividades cotidianas se transforman en "ejercicios". Sin perder nada de su naturaleza de actividades propiamente humanas, incrustadas en una historia, crean situaciones y períodos de duración que determinan cada una en la conciencia un campo fértil en movimientos de todo tipo, en el que la paz, la adhesión, el sentimiento de verdad, coexisten con la confusión, la insatisfacción, el aburrimiento, la obscuridad, el rechazo. Toman un comienzo y un fin, un antes y un después : entre estos dos límites, se ha abierto un espacio que ha revelado, en una gavilla de mociones, las tendencias de un ser humano que despierta a la vida en la fe.

2. "Consolaciones y Desolaciones"

La fe consiste entonces en el descubrimiento de un vínculo que se afirma entre algunos de estos movimientos y la relación personal con Dios. El ejercitante reconoce en tal movimiento interior de paz o de alegría, aun en el sentimiento de prueba, una fuerza positiva que construye su ser. Se trata entonces, en su evolución, de un paso decisivo: ha conseguido nombrar esta moción dentro de él. Sin dejar de ser un suceso psicológico, se ha convertido en una "consolación", porque está cargada de un sentimiento que le da la alegría de ser conducido, amado, "creado".

No obstante, debido a que la vida concreta no deja treguas, las dificultades y los obstáculos que se creía podían superarse se imponen de nuevo. Renacen las incertidumbres con sus efectos de miedo e inhibición. La consolación ha creado un sentimiento de facilidad que el peso de los acontecimientos que se encadenan y las exigencias que se imponen parecen contradecir o hacer ilusorio. Pero estos movimientos negativos no se convierten en "desolación" sino a partir del momento en que son vistos en su relación con Dios, incluso bajo la manera de ausencia, de noche, de prueba. No es por los aspectos psicológicos (angustia, desaliento, tristeza) que el ejercitante "constata" su desolación, sino por la relación de estos estados con la consolación anterior, con lo que era considerado como una señal de la presencia positiva de Dios, porque entonces es cuando el alma se reconoce "como separada de su Creador y Señor". La desolación es el estado interior en el que nace este grito a Dios partiendo de situaciones humanas consideradas como amenazantes y paralizantes.

En todo esto, el acompañante juega un rol discreto pero capital. En efecto, el ejercitante necesita ser sostenido y animado para constatar y acoger la consolación que experimentó como "visita" de Dios, o para reafirmar, en el sufrimiento que lo oprime, un nuevo acto de fe que le permite poner su seguridad en la palabra de Dios. En estos momentos de gran intensidad interior, el ejercitante descubre la realidad vivida bajo nueva luz: sin dejar de ser lo que es en el plano de las causas y efectos, ocupa su puesto en la historia interior que se desarrolla entre el alma y Dios. Pero esto no es posible en el bullicio y en la paz a menos que el ejercitante pueda asegurarse de lo que prueba hablando libremente con alguno cuya presencia no tiene otra finalidad sino la de favorecer el reconocimiento de los "espíritus".

• CUESTIONES PROPUESTAS A LOS GRUPOS

1. ¿Cómo os disponéis para hacer un discernimiento en vuestra vida?

2. ¿Cómo habláis del discernimiento a vuestros ejercitantes? ¿Notáis alguna diferencia entre el discernimiento de la Primera y Segunda Semana?

3. ¿Cómo intentáis traducirla en el vocabulario de la experiencia cultural de hoy?

● ECOS DE LA REUNION PLENARIA

** Según la reunión de esta mañana, algunos de nosotros hemos sacado la impresión de que, en los Ejercicios en la vida, el discernimiento espiritual se aplicaba a un dominio tan amplio que abarcaba prácticamente toda la actitud del hombre que trata y busca vivir total y plenamente su fe en Dios. Por eso nos hacemos una pregunta que se ha presentado en varios grupos en diversas formas: extendiéndose a todas las actividades humanas consideradas como "ejercicios espirituales", ¿el discernimiento no cambia de contenido en relación con lo que San Ignacio dice, que parecía aplicarse esencialmente a la oración y a sus efectos en el alma? ¿Existe algún elemento característico que permita definir el discernimiento para distinguirlo de otros aspectos de la vida espiritual?

M.G. Presentáis preguntas para las que necesitaría mos un mes de trabajo en común. Pero me gustaría decir, con brevedad, dos cosas.

1. En el librito de los Ejercicios, San Ignacio no restringe el discernimiento a lo que experimenta el ejercitante en su oración, aun cuando en ejercicios cerrados la oración es un terreno privilegiado del discernimiento. El ejercitante realiza a diario muchas acciones que comportan pequeñas elecciones en las que experimenta "los espíritus": en relación con su acompañante, en relación con su cuerpo (sueño, alimentos, penitencias), en relación con sus lecturas, con su vida afectiva (recuerdos, sueños, deseos), en relación con los "períodos" de consolación y desolación que no son estados puntuales sino periodos psíquicos y

espirituales en los que la duración puede ser prolongada y engloba, por tanto, diversas actividades humanas. Es, por tanto, a todo esto a lo que se halla ampliado, de hecho, en los Ejercicios en la vida, puesto que, como les decía en estos últimos días, el ejercitante transforma en "ejercicios" sus actividades diarias: y allí donde hay ejercicio, allí hay percepción de movimientos diversos que agitan el alma y hay también variadas actitudes del ejercitante que "hace mudanzas", como dice San Ignacio, para saber cómo Dios le hace sentir "lo que le conviene".

2. Otra segunda cosa para responder a vuestra pregunta. El discernimiento puede, en efecto, parecer que abarca toda la vida espiritual. Pero conlleva un elemento característico: el de separación, de cambio, de distinción ("discernir") : en la confusión o mezcla de sentimientos que se barajan desde luego de manera inextricable, es importante descubrir las líneas de fuerza en torno a las que lo demás toma forma y se torna más claro, hasta el momento en que ciertos sentimientos se vuelven positivos, es decir, constructivos del ser y portadores de unidad, de paz, de fuerza, en tanto que otros aparecen negativos y arrastran en sentido contrario. El hábito del discernimiento hace llegar más y más a una claridad y a un orden mediante el cual todos estos movimientos que parecían sumergir la conciencia, lo que hacen es entrenarla con esta variedad incoherente de vaivenes. En ese caso, es verdad que toda la vida es objeto de discernimiento, pero esto se logra progresivamente: los Ejercicios en la vida prestan ahí una experiencia que puede crear hábitos decisivos para juzgar de la manera de comportarse bajo la acción de Dios conscientemente a través de toda una historia.

** Muchas intervenciones vuelven sobre los problemas que presenta prolongación del discernimiento durante toda la vida. En particular se pregunta cómo el acompañante puede de no estar entrenado demasiado lejos del dominio psicológico, porque esto constituye toda la psicología del ejercitante que está metido en esta panorámica de discernimiento con ocasión de todas las situaciones de su vida. El P. Giuliani vuelve rápidamente sobre lo que indica San Ignacio : el acompañante debe interrogar sobre las "mociones" y, por consiguiente, no lanzarse a entrenar en la multitud de situaciones psicológicas del ejercitante. Todos reconocemos que la costumbre del acompañante permite aprender a aclarar

la significación espiritual de movimientos interiores que, al principio, no son portadores más que de una vida psíquica en la que el aporte espiritual no aparece.

****** Los Ejercicios en la vida dan sobrado lugar a lo que San Ignacio llama "desarrollo" de pensamientos. Este desarrollo se sitúa, pues, en la historia concreta de un ejercitante, donde se suceden los acontecimientos, las decisiones, las presiones del entorno, etc. Los movimientos intensos de la oración están en sí mismos integrados en una historia que viene a contradecirlos, substituirlos por otros o, por el contrario, ampliarlos. Recordamos de nuevo la larga duración de los Ejercicios en la vida, puesto que el tiempo es indispensable para comenzar a notar una progresión a través de los "movimientos" que se suceden.

****** Se plantean asimismo otras cuestiones tocantes a la serie de "reglas" para el discernimiento. ¿Se aplican éstas a los Ejercicios en la vida? El P. Giuliani reconoce que la distinción de notas que se aplican a la primera y a la segunda Semana, es, en verdad, pequeña por dos razones esenciales. Primero, porque las reglas de la segunda Semana están hechas en torno a la distinción entre consolación sin causa y consolación con causa. Ahora bien, en los Ejercicios en la vida, en razón de la importancia concedida a las realidades humanas que imponen la oración y el discernimiento, la consolación "sin causa" se hace todavía más difícil de percibir que en los Ejercicios cerrados, y aun puede que resulte completamente quimérico esperar conocerla cuando la actitud espiritual apunta a dar tanta importancia a las "causas". En segundo lugar, porque las reglas de la primera Semana, que definen la consolación y la desolación, no dejan de aplicarse en todos los momentos del itinerario de los Ejercicios en la vida, especialmente en los tres últimos que muestran la actitud del ejercitante en las tres situaciones de temor, de obscuridad, de golpe en su punto vulnerable.

M.G. Dicho esto, es necesario, sin embargo, notar que la evolución del ejercitante en la vida va bien en el sentido de la distinción de las dos series de Reglas. La

primera corresponde a la situación del ejercitante que se encuentra aún en situación de ruptura, de fidelidad difícil, de descubrimiento penoso de las exigencias de la vida de fe, mientras que la segunda corresponde a la situación del ejercitante comprometido ya, entregado, cuya "conversión" en adelante hace frente a las ambigüedades de su deseo o de sus sueños. El sentido de progreso es el mismo en todas las formas de Ejercicios.

** Parecería que las señales dadas para reconocer la acción de Dios son las mismas que permiten la expansión normal y progresiva de todo ser humano, al menos de una humanidad normalmente equilibrada. Ahora bien, constatamos que un retiro hecho en las mejores disposiciones espirituales, no ahuyenta las obscuridades, los fallos psicológicos. Existe en este punto una mejor esperanza de ver al ejercitante curarse, por los Ejercicios en la vida, de heridas o de limitaciones humanas que son un obstáculo para progresar.

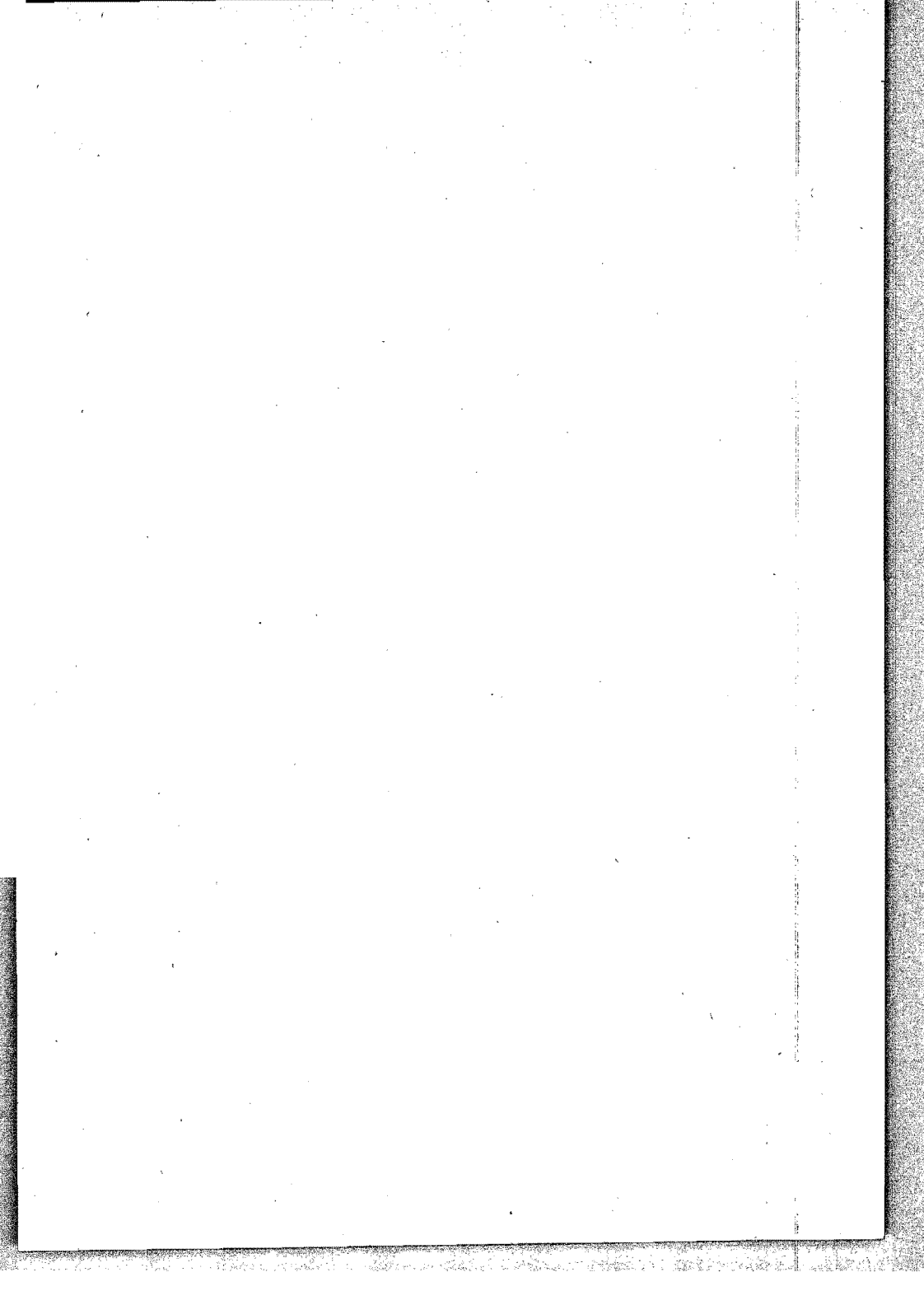
M.G. Noto que ya habéis contestado perfectamente. Ni los Ejercicios cerrados ni los en la vida resolverán nunca los problemas psicológicos que se presentan a toda persona humana. A lo más se puede esperar que ayuden a limitar mejor estos fallos que lleva consigo, a atenuarlos aprendiendo a hacerlo con confianza, y, sobre todo, a hacerlos creadores de vida, tanto para él como para los demás: esto se da a menudo a partir de ciertos puntos vulnerables de un ser que hacen saltar sus fuentes, las más fecundas, de creatividad.

Tenéis motivo para suscitar este problema. Permite comprender mejor lo que yo quería decir esta mañana. La acción de Dios no viene, como de fuera, a cambiar una estructura humana, incluso si ella permite una conversión capaz de producir sus efectos en una sensibilidad, en un juicio, en un comportamiento. Pero viene a darle sentido a toda la realidad humana, a menudo dolorosa, sufrida por el ejercitante y puesta más y más de manifiesto a lo largo de su retiro: le ayuda "situar" el problema psicológico allí donde se encuentra, a ensayar su solución con técnicas humanas adaptadas; le ayuda a soportar las consecuencias personales y sociales. Pero, sobre todo, por el discernimiento, que es siempre un juicio de fe, el ejercitante aprende cómo dar continuamente a Dios la respuesta que tiene en cuenta todos los componentes humanos de su vida.

****** Una pregunta ha sido presentada, tocante a la naturaleza del conflicto interior vivido por el ejercitante. Sería demasiado simple de explicar por la oposición entre el bien y el mal, como nos conduciría un superficial comentario del texto de San Ignacio. La oposición es, en realidad, interior al desarrollo de la conciencia que está agitada entre dos fuerzas, una que la arrastra y otra que la frena. El retiro en la vida ofrece una coyuntura favorable para que este conflicto quede holgadamente reducido a lo que es el plano psicológico y para que se corra menos el riesgo de atribuir a un "Satán" exterior lo que es uno de los elementos irreprimibles de todo progreso de una persona humana. Pero alguien de nosotros hace notar que se sale del marco de la reflexión sobre los Ejercicios en la vida, con lo que el P. Giuliani no está de acuerdo.

IV

LA ORACION



LA ORACION

Hemos hablado ya mucho de la oración. Es el centro o corazón de los Ejercicios: sin esta adhesión de nuestra fe a la presencia del Espíritu Santo que ora en nosotros, toda búsqueda de Dios sería inútil, pues se reduciría a un esfuerzo humano. Pero es menester dedicarle una jornada, en el curso de nuestra sesión, a fin de tener tiempo de formular entre todos eso que es tan difícil de expresar con palabras humanas.

* * *

Notamos desde ahora que, en los Ejercicios en la vida, la oración guarda siempre un valor de "ejercicio", en el propio sentido que le da San Ignacio. Os recordaba hace algunos días que, desde las primeras jornadas del candidato en ejercicios, se daba esta decisión de "hacer oración": propósito relativamente fácil, pues la oración puede estar circunscrita como una actividad determinada y limitada, pero decisión en la que es necesario muy rápidamente mostrar el alcance, mostrando con claridad lo que es, en el curso de los Ejercicios, el "ejercicio" de la oración.

No me voy a detener en esto, ya que a todos os es sobradamente familiar por la experiencia de Ejercicios en retiro y ya que dicho ejercicio no resulta de naturaleza distinta a la de los Ejercicios en la vida. Con todo son muchas las preguntas que se plantean.

En una vida, con frecuencia, la jornada está ya sobradamente cargada, y hay que determinar un tiempo, puede ser un sitio, y hacerlo de tal manera que dicho tiempo tenga un comienzo y un fin, que se pueda disponer de él para orar, a despecho de ocupaciones que acosen por todas partes, que se pueda prolongar un esfuerzo que no arrastre una tensión excesiva y rápidamente ilusoria, que se pueda dejar ir al ritmo

interior de una plegaria que se unifica y se tranquiliza, que se pueda, en fin, aproximar a este silencio en el que se realiza un encuentro de verdad con Dios. Un gran número de ejercitantes que yo he conocido, han experimentado al principio serias dificultades en esto: les ha sido necesario multiplicar las experiencias, cambiar las condiciones físicas o psicológicas, buscar como atentas el equilibrio entre el control que ellos debían ejercer sobre sí mismos y la actitud de docilidad a la atención de iniciativa del Espíritu en ellos. Algunos llegaron a crear en su jornada una especie de tiempo "monástico": yo pienso que eran los menos indicados para hacer los Ejercicios en la vida, y que ellos se creaban unas condiciones parcialmente falsas. Otros, por el contrario, hallaban soluciones aptas para cada día a sus quehaceres, a sus viajes, a su familia, etc., aceptando buscar el garantizar su oración en medio de su gran actividad. De esta búsqueda, llevada con flexible agilidad y a menudo con humor, nacían para ellos grandes descubrimientos, los mismos de que yo les hablaba en estos últimos días a propósito de las primeras experiencias de discernimiento de espíritus. Querer orar, ser fieles a encontrar y a desarrollar condiciones que se experimenta que son buenas, era lo mismo que darse cuenta de la existencia de un equilibrio que empezaba en ellos entre su vida y su oración.

De ahí que diversos puntos han de irse aclarando lentamente. Al asegurar el ejercicio de la oración, el ejercitante viene a conocer la forma en que se dispone al Espíritu Santo. Esto es verdad por lo que respecta al tiempo particular del día elegido para orar y también a la duración de este tiempo: ¿hace falta una hora, media hora? Al ejercitante toca decirlo. Por lo demás, lo dice fácilmente, porque él conoce muy bien cómo entrar realmente en silencio interior, y qué continuidad se establece de principio a fin de su oración, cómo de una oración a otra. Y sabe asimismo lo que es obstáculo.

La flexibilidad lograda poco a poco a fin de practicar la oración como "ejercicio" da al ejercitante una holgura a veces muy sorprendente. Acaba por encontrarse por sí mismo el beneficio y hasta la necesidad, de hacer una segunda oración, horas más tarde, o al atardecer del mismo día. Dije que es sorprendente, no sólo porque el ejercitante descubre el sentido profundo de una "repetición" que le hace *"sentir y gustar las cosas internamente"*, según la ex

presión de San Ignacio, pero sobre todo porque, en lo sucesivo, es mucho más dueño de su tiempo y comienza a "ordenar" su vida según nuevos criterios. El no busca, evidentemente, multiplicar el número de oraciones y soñar las cinco previstas por San Ignacio en un mismo día; esto sería, por otra parte, la señal de que no hace un retiro en la vida; pero la oración queda incorporada en su jornada como un tiempo vivo y que ha venido a ser indispensable; toma conciencia de cuanto le distrae, le oscurece, de las tendencias que nacen en él en la oración y repercuten en su comportamiento, en la forma de escuchar a los demás, en el juicio humano y hasta profesional que lleva en su propia actividad.

Quizá hablo un tanto largo sobre esta fidelidad a la oración. Es que, pienso, los Ejercicios en la vida no desarrollan del todo una menor exigencia de tiempo, de duración, de respeto por los medios de *"mejor encontrar lo que se desea"*, en el sentido en que se dice en las Adiciones de los Ejercicios. No permiten, con seguridad, tiempos prolongados y repetidos como los retiros cerrados. La fidelidad, sin embargo, del ejercitante a lo que es para él posible, razonable, provechoso en descubrimientos interiores, es una de las primeras formas pacificadoras en la vida del Espíritu. La prueba de ello está en ese desahogo u holgura de que hablaba hace un momento, gracias a la cual la cuestión de encontrar tiempo para la oración no es un verdadero problema, o mejor deja de oscurecer el verdadero problema, el único, que consiste en saber si existe el deseo de disponerse a encontrar a Dios y dejarse llevar por El.

* * *

Una segunda serie de notas que debemos hacer para dar paso a los debates de esta jornada nos lleva no sólo al ejercicio de la oración, sino también a la gracia que pedir. *"Demandar a Dios N. Señor lo que quiero y deseo"*, dice la fórmula de San Ignacio en el preámbulo del primer ejercicio. Y añade: *"la petición debe adaptarse al punto en que se está"*. La marcha de los Ejercicios va estar marcada por la orientación del deseo hacia esa gracia que el ejercitante se dispone a recibir, que espera, que desde ahora modifica su comportamiento interior y le coloca en una curva de cambio y de avance. Mas en el caso de los Ejercicios en la vida, esta convergencia de todos los deseos

hacia una actitud espiritual que será, a la vez, un don de Dios y una respuesta del hombre, se realiza en el seno de acontecimientos de toda suerte que, ellos a su vez, afectan al corazón del ejercitante; y la manera de disponerse a la gracia que pide depende, en gran parte, de la forma de prepararse en la vida concreta, que es la suya en este momento de la oración. Es decir, que la situación humana del ejercitante, con todas las resonancias que ella provoca en su alma, forma parte de este *"punto en que él se halla"*, del que habla San Ignacio.

No puedo traer muchos ejemplos, que por otra parte vosotros encontraréis con facilidad. Quisiera dar solamente alguno que otro.

Primero a propósito de la indiferencia, de la que hemos hablado ya más de una vez. "Volverse indiferentes", es, ya lo dijimos, pasar de una vida que es objeto de posesión a una que es recibida, y esto es hacerse disponible a Dios a través de todo acontecimiento que acontezca, tratando de purificarse de aquello que es afición pasional y egoísta. Pero esta indiferencia es meditada de continuo, aceptada, pedida en el interior de reacciones inmediatas que el actual acontecimiento provoca. Es, si así se puede decir, la indiferencia tal que puede ser vencida en el acto, como una tensión y, al mismo tiempo, como una verdadera confianza. La oración se carga, pues, de múltiples movimientos del alma: palabras como "riqueza", "pobreza" no cesan de presentar una realidad que vive en concreto el ejercitante, pero que es él quien encuentra las palabras para decir sobre qué pone en este momento su petición de "indiferencia". Es, pues; de su misma vida de la que se nutre su petición, y ésta se cambia a medida que la vida impone nuevas evidencias o nuevas dificultades. Así se abre, para la oración misma, cualquiera que sea el tema que haya servido de punto de partida, una riqueza en el diálogo con Dios que es también la misma riqueza de la experiencia humana. Se comprende entonces que cada palabra del "Fundamento" alcanza al ejercitante en su corazón, porque él lo alcanza en los puntos vulnerables e indefinidamente matizados de todo lo que da valor y lo limita en sus relaciones consigo mismo y con el mundo.

Me gustaría traer un segundo ejemplo que abarca a toda la segunda Semana. Las peticiones de gracias, en los

Ejercicios, se presentan antes del Reino, según una sucesión bien marcada. Y primero el "conocimiento interno" del Señor, luego conocimiento del mal caudillo y de lo que es la vida verdadera, en fin la gracia de *"elegir lo que más a gloria de su divina majestad y salud de mi ánima sea"*. Las tres gracias se suceden naturalmente. Ellas acompañan el movimiento de la llamada del Reino hasta la elección, para culminar entonces en la gracia de la humildad. ¿De qué sucesión se trata? ¿Bastará que el acompañante presente el texto de los Ejercicios para que el ejercitante se "zambulla", como espontáneamente y a gusto? Esto sería imaginar como un cierto automatismo en esta sucesión de estados interiores y sería rechazar tomar en consideración las innumerables variaciones que agitan al ejercitante en toda su sensibilidad, quiero decir en la parte sensible de su ser abierto a la gracia. Las condiciones de los Ejercicios en la vida hacen imposible una fidelidad de esta manera al texto de San Ignacio. El "conocimiento interior" de Cristo se obra en el ejercitante de muchas y variadas maneras: por la asimilación del Evangelio, sí, pero reflejado y actuado en el presente; por el sentimiento vivido una y otra vez de estar enseñoreado por Cristo resucitado; por una mirada sobre su propio presente y sobre las circunstancias actuales por las que pasa la humanidad; por el aumento de su fe para pasar del Cristo según la carne al Cristo vivo por su Espíritu. El momento en que el ejercitante estará preparado para dos Banderas, de ninguna manera será fortuito. Tampoco el momento en que pedirá gracia para saber "elegir". Incluso si San Ignacio pone las dos últimas gracias en el mismo día, el ejercitante, de hecho, no puede acumular, por decirlo de alguna manera, estas peticiones; o entonces estas peticiones no le alcanzan más que de una manera artificial y casi inoperante.

Lo importante en todo esto es darse perfectamente cuenta de que la vida real del ejercitante se matiza, se enriquece, cobra una nueva dimensión a medida que él deja que la gracia "pedida" penetre su conciencia de hombre; es a la luz de esta gracia, en su clima de interioridad, cuando siente y juzga en este empalme de la realidad que está viviendo. Y esta realidad, en todas sus formas, le hace, a su vez, precisar esta petición que, cada vez más, compromete sus verdaderas fuerzas humanas en la fidelidad a Dios.

También debiera decir algo sobre las demás gracias que jalonan las jornadas de los Ejercicios, concretamente

en la primera Semana, al momento de la elección, y en la tercera y cuarta Semanas. Es, efectivamente, por entonces cuando el dinamismo del retiro se revela en su pureza. Pero vosotros sabréis completarlo con vuestra propia experiencia. Yo llamo solamente vuestra atención sobre la "tercera manera de humildad", que puede ser vivida a lo largo de muchas jornadas, pero de manera muy determinada: sobre la relación del ejercitante con su familia, con la injusticia que le rodea y de la que él mismo es víctima, con quienes le juzgan en nombre de una sabiduría humana de la que él trata de desvincularse, esta vinculación determina un nuevo rendimiento al conjunto de esta realidad que es la suya. Es, a partir de aquí cuando se actualiza su actitud de aceptación, de humildad y hasta de humillación en el misterio de Jesucristo. No tendría ningún acompañamiento verdadero si, al momento de prever con el ejercitante el sentido en que él va a empeñar las futuras jornadas, no se le ayudara a comprometerse en su oración, en todos estos dones humanos de una historia que está en trance de vivir.

* * *

En los Ejercicios en la vida, el ejercitante no busca aislar su oración a fin de mantener su aspecto de ejercicio, del resto de su cotidiana actividad. Esto, muy a menudo, fuerza unos ritmos o unas formas que parecen presentarse de improviso: grito de recurso a Dios, petición de perdón, acto de confianza, acción de gracias, esperanza confiada, aceptación de una prueba ligada al "conocimiento interior" de Jesús. Parece dibujarse una suerte de historia de la relación entre el ejercitante y Aquél a quien se orienta sin interrupción. La historia agitada, como lo es la vida, que los Ejercicios vienen a canalizar, sin forzarla.

En esta historia, se puede intentar señalar algunas líneas maestras principales. He dicho bien al decir intentar, porque los itinerarios son muy distintos de las conciencias. Pero merece la pena reflexionar juntos, a partir de las experiencias.

1. Hablaba de la multiplicidad y variedad de actos del ejercitante en su forma de dirigirse a Dios, a partir

de situaciones por las que él atraviesa, tratando de arreglar a su manera el tema espiritual que sirve de punto de arranque en situaciones o movimientos de la oración y de la petición de la gracia. Estos diversos actos pienso conducen al ejercitante muy claramente hacia una cualidad de silencio interior totalmente independiente de la presencia o ausencia de ruido: una especie de adhesión a Dios se confirma en él, que acompaña la acción y que presta a todas las relaciones humanas una nueva consistencia. Eso se realiza en medio de la paz, o cuando menos de una serenidad que no excluye ni el sufrimiento ni el temor, ni otro cual quiera de los sentimientos espontáneos que conlleva una situación de vida.

2. El ejercicio de la oración tiene, como siempre, un comienzo y un fin, falta de lo que no es más que un "ejercicio". Pero el fin del ejercicio no es absolutamente el fin de la oración. Esta se continúa bajo una forma que es a la vez la misma y diferente: la misma, porque es el movimiento nacido en la oración que se persigue en la vida a despecho de todo lo que normalmente debería provocar una distracción, pero diferente en cuanto que no implica sino un diálogo enteramente silencioso en presencia de Dios. El ejercitante conoce, pues, una oración que no la interrumpe la actividad, puesto que no hay en él desdoblamiento, ni división entre lo que pide y lo que vive. A buen seguro, todo esto es muchas veces el cebo, y muchas dificultades vendrán para turbar esta armonía; pero la senda trazada así me parece acertada.

3. Por no haber rotura en su vida, el ejercitante experimenta a la vez que esta vida no le pertenece y que por tanto se le rinde: la tierra de la esclavitud se le ha vuelto tierra de libertad. Las tres grandes experiencias del pueblo de la promisión se realizan simultáneamente: la experiencia de la salida fuera del país de Egipto, la del reencuentro del amor con Dios en el desierto y la entrada en la tierra de promisión. He ahí, evidentemente, la experiencia cristiana. Pero el retiro en la vida le presta mucha intensidad; porque, de hecho, al mismo tiempo y en el mismo lugar el ejercitante deja y encuentra que es esclavo y libre, y este doble movimiento se conjuga en el desierto o soledad donde sólo Dios sigue presente, sentido tan sólo por la fe. Me parece que la oración cobra aquí una profundidad que explica la realidad del silencio sentido y hasta la unidad del ser viviente que se siente más participante.

4. Una reflexión final que podría ser como de colofón. Esa oración no resulta ser fruto de una concentración que nazca de una voluntad humana y se desarrolle merced a hábiles técnicas. Es la adhesión, al menos en principio, a Dios que entra en nuestra vida y que nos llama en contra de nuestro egoísmo para recibir de El todo nuestro ser y hacer la dádiva a los demás. Yo pienso que el retiro en la vida es la ocasión de una llamada muy fuerte al desapego total del que habla San Ignacio cuando invita a cada uno *"a pensar que tanto se aprovechará, cuanto saliere de su propio amor, querer e interés"*. Es la experiencia que viene a ser una de las más fuertes de los Ejercicios en la vida: experiencia de un "embeleso o éxtasis", de un vacío de sí para adentrarse en Dios, pero al mismo tiempo de una nueva entrada en la realidad cotidiana transfigurada por la fe. Esta experiencia es el alma y corazón de la oración: no interrumpe en nada la actividad, pero nos hace en ella encontrar a Dios.

• DOCUMENTO DE TRABAJO

La oración constituye evidentemente lo esencial de los Ejercicios espirituales, cualquiera que sea su forma. Pero los Ejercicios en la vida acentúan fuertemente algunos aspectos que es necesario subrayar para comprender mejor a qué pedagogía debe someterse el acompañante.

1. El "ejercicio" de la oración

En la jornada del ejercitante, un período de tiempo está bien definido, con un comienzo y un fin, con una manera de prepararse y otra de terminar: es en el interior de este período de tiempo, voluntariamente circunscrito, que la oración revela al ejercitante los movimientos que hay en su interior y, a través de ellos, la manera en que le conduce Dios. Cuando este período se repite varias veces

al día (como en el caso de los Ejercicios cerrados), el ejercicio de la oración crea una intensidad, una concentración, una soledad de todo el ser recogido en sí mismo, cuyos efectos se manifiestan en una nueva toma de conciencia de toda su vida ante Dios. Pero los Ejercicios en la vida no favorecen tal tipo de oración, y hasta habría que decir que lo excluyen: la jornada del ejercitante no puede, ni debe, comportar ejercicios repetidos de "oración". Se trata ordinariamente de otro tipo de ejercicio para favorecer la oración. La "materia" propuesta por el acompañante, en fidelidad al itinerario de los Ejercicios, meditada una primera vez durante un largo período de oración continua, se convierte a continuación en el punto de partida de una oración que, según las expresiones de San Ignacio en las *"tres maneras de orar"*, *"dan un cuadro, un método y ejercicios en los que el alma se preparará a progresar para que su oración sea recibida favorablemente"* (238).

En numerosos momentos de la jornada, el ejercitante hace referencia casi espontáneamente a las reflexiones y movimientos que suscitó su oración y que continúan estando dentro de él como una fuerza, como un deseo, como una llamada. Toma nuevamente conciencia de las condiciones que se le imponen para mantener la capacidad de auto-presencia y de tener presente a Dios en medio del tumulto exterior que pesa sobre su vida. Sabe cada vez mejor cómo establecer en sí mismo el "silencio", cómo debe comportarse su propio cuerpo en el movimiento interior de unidad o dispersión, cómo el tiempo que pasa crea o disipa su fuerza de interioridad, cómo su relación con los otros le sumerge o le para liza y le deja disponible; Así va descubriendo lentamente, por propia experiencia, los puntos que debe respetar *"para hacer mejor los ejercicios y para encontrar mejor lo que desea"* (73), es decir lo que San Ignacio llama las "adiciones" que precisan, para cada uno, las actitudes concretas que favorecen el "ejercicio".

Nada sorprendente, pues, que el ejercitante tome conciencia de que su oración, que tuvo en una hora determinada de su jornada, mantenga una especie de presencia que mora en él y le ilumina, sin que, por otro lado, deje de llevar a cabo su actividad humana ordinaria.

2. El peso humano de la oración

La expresión es quizás demasiado fuerte. Pero se trata de poner nuestra atención sobre la importancia que adquiere el acontecimiento humano, tal como se vive concretamente, en esta relación con Dios que continúa durante el día partiendo del tema de oración que se ha propuesto. El ejercitante integra en todo momento, en su petición y en su oferta, la realidad que vive. Bajo forma de grito, de acción de gracias, de descanso confiante, de inquietud, vuelve a tomar los puntos de su oración, los "repite", "se recuerda" espiritualmente de uno u otro al que ha sido más sensible, pero dándole un extraordinario peso de actualidad en función de lo que exige o suscita la vida en ese momento. La oración y sus efectos en el alma se convierten en una fuerza de integración del presente y, al mismo tiempo, el presente abre a la oración una profundidad nueva. Una vibración se prolonga largo tiempo entre estos dos polos, hasta que todo se fija y se calma en el silencio que es adoración pura y desinteresada.

Hay allí una profundización de la oración que revela la experiencia, pero que será mejor formular. Esto es tanto más importante por cuanto se toca una de las objeciones más fuertes que a veces se hacen contra los Ejercicios en la vida: si favorecen, dicen, una oración vinculada a los acontecimientos cotidianos, entonces son poco apropiados para conducir hacia una adoración gratuita y hacia una calidad de silencio que supone que *"el alma está sola y separada"* (20). Esta dificultad u objeción nace indudablemente de una cierta concepción de la oración: se llegaría a la oración (y a los "estados de oración") excluyendo todo lo que distrae, todo lo que divide al espíritu, lo que altera la soledad; y por esto, los Ejercicios en la vida no serían sino una forma imperfecta y siempre limitada de la verdadera oración. Pero la perspectiva ignaciana es muy diferente: en el interior mismo de los Ejercicios Espirituales, múltiples enfoques de la oración realizan estas situaciones de "ejercicio" gracias al cual el alma crea las condiciones que le permiten *"acercarse a su Creador y Señor y encontrarle"* (20). La 20.ª Anotación, afirmando con vigor estas condiciones, no excluye absolutamente que puedan realizarse plenamente en la vida cotidiana. Y hasta hay que decir que los Ejercicios en la vida crean una situación en la que resulta evidente que la unión con Dios no se obtiene solamente con la "oración", sino mediante todo aquello que

libera al alma de los "apegos desordenados" y mediante los acontecimientos cotidianos vividos como tiempos en los que se "ejerce" una relación privilegiada entre el "*Creador y su creatura*" (15). Sobre este punto fundamental no puede dudar el acompañante si quiere ayudar al ejercitante a encontrar su camino hacia Dios a través de su vida, y no a través de momentos particulares de oración en los que la vida se reducirá prácticamente a una simple distracción en el camino hacia lo absoluto.

3. La contemplación evangélica

Un punto se destaca muy claramente, entre muchas cuestiones que presenta la oración durante los Ejercicios en la vida: la manera de practicar la contemplación evangélica.

Contemplar la escena "*como si me encontrase presente*" (114): se sabe lo que esto puede significar para quien se apropia un episodio del Evangelio, que lo retoma un día y otro, que saca de él poco a poco una conversión del pensamiento y de la acción. Pero, cuando se acepta al mismo tiempo el dejar que entre en uno otra presencia, la del acontecimiento y de todas las situaciones concretas de la existencia, esta dualidad no es posible sin un artificio que rápidamente se siente como insoportable. La escena evangélica y la historia actual del ejercitante se convierten para él en una única realidad espiritual, que es su propia vida considerada como el lugar donde actúa en ese momento el Evangelio. Es allí donde "encuentra" a Cristo, que lo "imita" o le "sigue", mediante la comunión con su espíritu, la fidelidad de sus elecciones, la participación a los medios de pobreza y humildad que son los de Cristo. Y hasta podemos decir que la persona de Jesús le aparece cada vez más como la fuerza espiritual que le mueve a través de la vida cotidiana: el "*conocimiento interior del Señor*" (104) se desarrolla a medida que asume más perfectamente todo lo real de una existencia que en ningún momento es extraña a su relación con el Espíritu que le conduce. Sin duda, es en este sentido en el que puede progresar el ejercitante, mediante la sumisión al Espíritu, hasta el tercer grado de humildad y hasta la mayor identificación posible con Jesucristo en el momento de su elección.

• CUESTIONES PROPUESTAS A LOS GRUPOS

1. ¿Para qué puede servir, en los Ejercicios en la vida, el conjunto de advertencias dadas por San Ignacio para la oración (tiempo, duración, métodos...)?

2. ¿La oración durante los Ejercicios en la vida puede llevar a "acercarse a su Creador y Señor" con tanta radicalidad como en los Ejercicios cerrados?

3. ¿Cuál es la vinculación de la oración con el cuerpo, con el tiempo y con el silencio?

• ECOS DE LA REUNION PLENARIA

Hemos notado desde luego que aparecían claramente dos "climas" diferentes para la oración, según que el ejercitante haga sus Ejercicios en retiro o Ejercicios en la vida. En cada caso existe lo que varios grupos han llamado "coherencia" entre la oración y el resto de la actividad espiritual. En los Ejercicios en la vida la oración no es más que un ejercicio entre otros muchos, igualmente importantes, que pueden incluso ser más importantes en la medida en que uno se halla a partir de situaciones humanas y de discernimiento que hacen que el ejercitante se introduzca a orar, es decir, a ponerse en estado de adoración, de adhesión y de disponibilidad al Espíritu. La coherencia que notamos proviene de que la vitalidad de la oración del ejercitante no está turbada o menoscabada por el resto de su jornada, y que el ejercitante no siente necesidad de privilegiar su oración, pero sí de orientarla (tema, gracia que pedir, "coloquio", sentimientos interiores) a lo que él está viviendo concretamente, para que la integración se realice de forma más unificada.

** Con todo, la discusión queda en pie. Nuestras reacciones divergen ante la pregunta: ¿es necesario aceptar el deseo del ejercitante cuando pide multiplicar los tiempos de oración en la jornada? Tendremos que distinguir el caso de quien, "cogido" por una oración intensa, quiere recoger mejor los frutos y está movido por una fuerza que siente como imperativamente en sí, y el caso del que busca recurrir más a la oración porque el resto de su jornada queda como fuera de su búsqueda de Dios. En este último caso existe ruptura de coherencia entre el deseo de hacer los Ejercicios en la vida y la manera de buscar el fruto del retiro. Es de temer, pues una cierta ilusión en las oraciones prolongadas o repetidas en detrimento del compromiso de la vida diaria, que deja de ser un estimulante para los Ejercicios. Volvemos a la misma situación mencionada en los primeros días de la sesión: la posibilidad de orar en la vida (y no sólo en el ejercicio de la oración) es señal de que esta forma de retiro es la conveniente para el ejercitante.

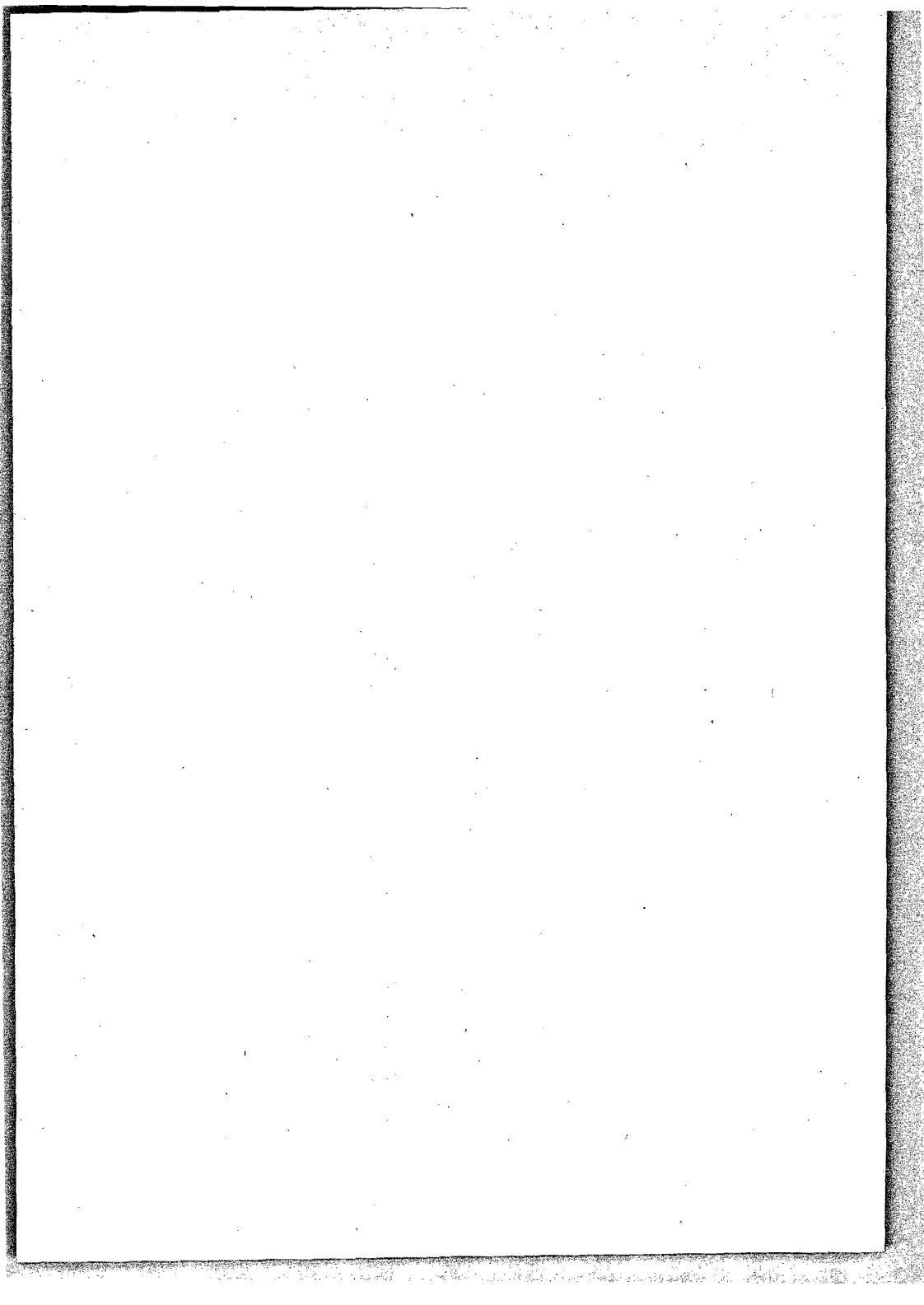
** A propósito de lo que se mencionó esta mañana con respecto a las "gracias" de los Ejercicios, que determinan una a manera de estructura en la marcha interior del ejercitante, bastantes de nosotros quisiéramos un estudio más extenso, pues sentimos que hay en ello una manera muy fecunda de seguir las transformaciones lentas y continuas de una misma actitud espiritual, del principio al fin de los Ejercicios. Uno de los grupos señaló que hasta podría ser objeto de una sesión entera.

** Otra pregunta ha sido presentada por varios, en relación con el progreso de la oración en la unidad de una jornada. Aun dado que estamos de acuerdo en que no se han de multiplicar los tiempos de oración, se pregunta si los Ejercicios en la vida pueden lograr acercarse a la intensidad de oración que permiten los Ejercicios en retiro. En la situación de apartamiento y de silencio, el ejercitante puede, como dice San Ignacio, no "estar dividido por muchas cosas" y guardar en una jornada un ritmo que va con el sentido de la unificación, del silencio interior más y más desembarazado del "discurrir", y finalmente de una adhesión de sencilla presencia a Dios. ¿Cuál es en el caso de los Ejercicios en la vida? Parece que la "contemplación", en el sentido ignaciano del término, sale desforecida.

M.G. Es verdad que este proceso de concentración y de unificación de lo que a veces se llama "pujanza del alma" no se realiza en los Ejercicios en la vida, o al menos de manera ordinaria. Lo que no quiere decir que la contemplación no exista. La verdadera contestación, a mi parecer, es como decía esta mañana, que la forma de oración que se desarrolla en los Ejercicios de la vida no va en el sentido de una concentración de facultades que, en el límite, estarían como "suspendidas" en el acto de adoración y de pasividad bajo la acción de Dios. Va más bien en el sentido de una contemplación que se nutre de la acción de Dios a partir de la realidad humana en la que el ejercitante está llamado a descubrir más y más un "misterio" oculto, un sentido, una invitación hecha por un amor que arranca de él otra respuesta de amor. Para comprender esta "voz" espiritual hay que salir resueltamente de un esquema en el que, demasiado a menudo, quedamos aprisionados: el de un progreso de interiorización espiritual que estaría ligado a un progreso en un silencio y una concentración que son de un cierto tipo psicológico. El retiro en la vida conduce, por su propio camino, a una presencia de Dios en (yo quisiera subrayar bien este "en") el presente cotidiano, a un silencio en el ruido, a un amor (sin palabras y sin "estado") en las tareas y las obras, a una unidad de la fe en la multitud de actividades. Ahí está, seguramente, una orientación que conlleva sus propias dificultades, y yo pienso que el acompañante debe familiarizarse con las etapas de una vida de oración (y en algunos casos hasta de una vida mística) en que las situaciones humanas son el aporte permanente.

** En esta misma línea se pregunta cómo la "aplicación de sentidos" puede aplicarse en los Ejercicios en la vida. El P. Giuliani responde que él no tiene sobre esto una experiencia que le permita determinar si este tipo de ejercicio toma un colorido específico en los Ejercicios en la vida. Señala solamente que, en el momento en que el ejercitante puede repetir una de sus contemplaciones de manera totalmente pacífica y unificada, su oración se desarrolla frecuentemente en una sencillez de intuición que reúne la aplicación de sentidos. Pero puede ser, añade, que debiéramos buscar en torno a otra línea, la respuesta a la pregunta planteada, estudiando más la relación "sensible" del ejercitante (por "su cuerpo") son las realidades que le rodean y que él percibe en la fe y que aporta constantemente la respuesta activa de su ser humano.

V
LA ELECCION



LA ELECCION

Por desgracia no podemos seguir una por una las etapas de los Ejercicios para comprender la manera específica con que se viven cuando los Ejercicios se practican en la vida habitual. Me limitaré, pues, a una de ellas, la que se sitúa en el centro, en el corazón del itinerario: la elección. Como saben, San Ignacio contempla toda la vida espiritual bajo el ángulo de la decisión. Eso no implica ninguna tensión en el esfuerzo humano que sería un voluntarismo muy lejos de la actitud espiritual. El proceso de la elección consiste, por el contrario, en un abrirse progresivamente al Espíritu de Dios para llegar a tomar conciencia, en la fe, de todos los elementos que determinan el libre compromiso del hombre.

* * *

Los Ejercicios en la vida permiten percibir con mucha claridad las evaluaciones que preparan y acompañan el trabajo de la elección. En primer lugar porque en el proceso de decisión, tal como se desenvuelve a lo largo de la segunda Semana, la vida y la realidad cotidiana continúan desempeñando un papel muy notable, para que se vaya precisando poco a poco lo que el ejercitante entiende como "voluntad de Dios". Luego porque, incluso si no tiene que tomar una decisión concerniente a lo que se llamaba en tiempos de San Ignacio "estado de vida" (opción entre matrimonio y vida religiosa, por ejemplo), el ejercitante descubre, con ocasión de los Ejercicios en la vida, que se le presentan otras muchas elecciones. Elecciones que son propuestas por la vida misma a lo largo de los Ejercicios. El progreso que realiza, en la oración, en el conocimiento de sí mismo, en las condiciones de sus fidelidades humanas, abre más y más su mirada a miles de ocasiones de escoger y comprometerse: partiendo de ellas se precisan elecciones y compromisos de mucho mayor alcance, y finalmente determinan tal o tal opción, que llegará a ser, de hecho, el punto crucial en donde se compromete la libertad.

Me habéis pedido que desarrolle más los ejemplos. A pesar de la dificultad que proviene de las interrupciones y de las simplificaciones que imponen las traducciones por pequeños fragmentos, me voy a fijar en un caso que he

seguido muy recientemente: quizás permita captar mejor cómo influye en la elección la vida cotidiana.

He seguido, pues, desde hace varios meses los ejercicios de un sacerdote que ejerce su ministerio, en Francia, en una parroquia de una gran ciudad. Es un hombre de unos 50 años, bien metido ya en una parroquia con predominio "burgués", perteneciendo él mismo a un medio muy acomodado. Aunque feliz y tranquilo en su ministerio, sin embargo, decía que se sentía llamado a "algo" que no podía definir. En su oración, una especie de "espera" creaba en él un sentimiento de algo incompleto; incluso en la manera con que se disponía al ejercicio de la oración, no conseguía unificar sus deseos interiores. En el trato con los demás estaba siempre plenamente dispuesto a escuchar y ayudar, pero también muy lejos, como si su verdadera presencia estuviese en otra parte. Por eso partiendo de esta comprobación, pidió hacer los Ejercicios en la vida. ¿Debía o no hacer una elección? La cuestión no se planteaba así. Buscaba solamente, en ese momento de su plena madurez humana, responder a lo que él sentía como una invitación a ir más lejos.

Comenzó, pues, los Ejercicios con el deseo de una verdadera fidelidad a lo que él llamaba "el Dios desconocido" presente en él. Ante todo comenzó dedicando a la oración hora y media por día, a lo que no tardó en añadir por la tarde un tiempo bastante largo de "repetición". Pero su búsqueda se hizo más intensa al comenzar la segunda Semana. Fue entonces cuando tuvo que enfrentarse con las tareas más absorbentes en su ministerio, pero al mismo tiempo, la oración en todas sus formas, adquirió en el más importancia y resonancia: comprendió que la armonía entre las dos "fuentes" que eran su ministerio o su oración, le indicaban con claridad que estaba realmente en la verdad. Procuró acostumbrarse a responder cada día a tres cuestiones que había formulado él mismo partiendo de los sentimientos que experimentaba en la oración:

1. En mi vida cotidiana concreta, con la experiencia que me da el retiro ¿a qué puedo renunciar fácilmente para ser más libre?
2. En la experiencia que me dan los ministerios, en la de la oración, en mis actitudes de hombre y de sacerdote ¿qué es lo que siento como "del pasado", que se repite y me encadena, y qué es lo que se abre a algo nuevo portador de porvenir?
3. ¿Qué es lo que me acerca a Cristo humilde?

Esta última cuestión no fue añadida sino más tarde después de unas meditaciones evangélicas que más le habían conmovido. Pero estas cuestiones, o más bien, estos tres aspectos de una misma pregunta fundamental, nacían de sus reacciones en la vida cotidiana, especialmente de sus reacciones frente a la injusticia, que él sentía a su alrededor. Y respondiendo a ellas, tenía el sentimiento de responder a exigencias decisivas para él.

Todo eso tenía lugar en un clima de oración que parecía muy justo: la escena evangélica, que meditaba (poco más o menos una por semana) le aclaraba la situación que él estaba viviendo. Un día sin embargo se alejó por varias horas en total soledad y oró más tiempo. En dos o tres horas que fueron muy agitadas, tuvo la certeza que debía hacer una elección, y esa elección se concretó en un nuevo ministerio: con los pobres y especialmente con los numerosos emigrantes que vivían en su parroquia y más ampliamente en la diócesis.

Fue el punto de partida de una alternativa entre situaciones muy fuertes de confianza y de certeza, y situaciones de temor o incluso de rechazo violento. Fueron necesarias varias semanas para que el retiro encontrase un ritmo más tranquilo, y creo que se logró esta calma a partir del momento en que se dio cuenta de que su ministerio (sobre todo su relación con los colaboradores) se perturbaba por la repercusión de sus estados interiores en su conducta: era necesario que su vida habitual volviese a ser apacible y sosegada, para que pudiese de nuevo juzgar acerca de la autenticidad de los atractivos que sentía hacia esta nueva forma de trabajo con los pobres.

Este proceso de elección duró aproximadamente dos meses. Fue la ocasión de una gran purificación de todos los motivos, que le animaban, para que la decisión estuviese fundada sobre la fe, es decir sobre una relación personal con Dios, y no en motivos humanos numerosos que se habían abierto paso (deseo de cambio, atractivo de los extremos). Se necesitaba que este oscuro deseo, sentido al principio hacia "otra cosa" llegase a ser con certeza un deseo de más fidelidad a Dios solo; era preciso también que este atractivo hacia los pobres se impusiese como una forma concreta que, entre otras muchas posibles, diese cuenta de todos sus deseos. Esta purificación y esta claridad se realizaron lentamente y le dieron una certeza cada vez más grande.

Las últimas etapas de esa certeza, o más bien las últimas horas (pues fue preciso tomar una decisión que comprometía verdaderamente su porvenir, con visita al obispo, etc.) pasaron en medio de una gran agitación de la vida parroquial, cuando, en apariencia, los largos tiempos de oración y soledad apenas eran posibles. Fue sin embargo entonces cuando tomó la decisión delante de Dios con un profundo sentimiento de paz y seguridad. Y hemos reconocido juntos que era una señal muy fuerte de la verdad del camino recorrido "en la vida": incluso el fin de esta búsqueda había quedado ligado a las condiciones exteriores de su actividad cotidiana. Hoy, cuando el retiro se termina (él estaba en este mes de junio, en la cuarta Semana) en la fidelidad al trabajo, en la alegría espiritual que siente, en la oración mantenida a un ritmo razonable, es donde él se siente confirmado en la decisión que había tomado.

Sin duda he sido demasiado largo en la exposición de este ejemplo y sin embargo no he dicho bastante para hacer lo comprender todo. Lo que quería yo sugerir a través de este caso es que la presencia en el mundo concreto en el que vivimos, no deja nunca de ser muy íntima al paso que prepara y acompaña la elección. Las tres preguntas que se hacía el sacerdote del que les he hablado, me parecen muy significativas y, bajo una u otra forma, las encuentro en la historia de numerosos ejercitantes:

1. En mi vida cotidiana, ¿a qué estoy ligado por lazos de egoísmo y de servidumbre? ¿de qué puedo liberarme?
2. ¿Cuáles son en mí las fuerzas que me sujetan al pasado, a la facilidad, a los hábitos? ¿y cuáles son las vías nuevas que se ofrecen, que preparan un porvenir, que me disponen a la iniciativa, y a la creatividad?
3. ¿Qué es lo que me une a Cristo servidor y me hace con él más humilde, dispuesto a su Evangelio, sean cuales fueren las consecuencias, sean cuales fueren los juicios que emitan acerca de mí aquellos con quienes convivo y trabajo?

Son otras preguntas; la respuesta no viene solamente de la oración, sino de situaciones muy concretas. La realidad de la vida, la duración, toda la historia que eso implica, desempeñan un importante papel. Una elección de este tipo no es concebible dentro de unos Ejercicios de ocho o incluso de treinta días. El resultado, al menos, se habría obtenido por otra forma de discernimiento, por otra vía de oración, por otra "pedagogía" espiritual, porque no habría

habido ese largo tiempo (varios meses) ni tampoco, esa sumisión a la realidad cotidiana para esclarecer en una vida lo que es portador de porvenir.

* * *

Esto es tanto más importante cuanto que, en el retiro en la vida, muchos de los ejercitantes deben hacer elecciones que tienen relación estrecha con la realidad inmediata en la que viven. No se trata de decisiones que van a obligar a un trastorno exterior de la existencia, un cambio de "estado de vida"; se trata ordinariamente de esas tomas de conciencia bastante lúcidas para que el ejercitante pueda determinar, a veces en un breve "acto", otras con una certeza formulada o no, una orientación: estilo de vida, reconocimiento de una llamada interior que comprometa a una "conversión", prioridad dada a un valor evangélico, que debe ajustar más la conducta, etc. Todo eso no se define sino en relación estrecha con el consorte, con la familia, con los colaboradores, con todos aquellos de los que uno es solidario, en particular con los pobres y los que sufren la injusticia. El tiempo en que madura una tal "elección" es frecuentemente la ocasión de una mirada mucho más penetrante al conjunto de la realidad que forma el medio habitual de la vida. La decisión a tomar será a veces mínima, pero será siempre importante por la significación que reviste para el ejercitante en la historia de su relación con Dios.

Me parece que, para ayudar a profundizar nuestros intercambios, podría subrayar tres líneas principales que los Ejercicios en la vida ponen vigorosamente de relieve:

1. La primera es el sentido de "lo posible". La frontera que separa lo posible de lo imposible es, evidentemente, muy difícil de establecer, ya que hay tantos factores de todos órdenes que la modifican para cada uno y a cada instante de su evolución. Pero el ejercitante que "soporta" su decisión o más bien la materia ofrecida a la decisión, a lo largo de días, y acepta la confrontación de su deseo con toda la realidad tal cual es, tal cual se hace, tal cual se impone, ése se ofrece a duras evidencias y se preserva de muchas ilusiones. No necesito ciertamente desarrollar delante de vosotros una verdad tan trivial. Retengó solamente la pregunta que se hace el ejercitante: ¿con qué señales reconocer lo que es humanamente imposible? En el orden de la caridad, al hombre se le lleva constantemente

a superar unos límites que le parecían al principio imponer se. Y el ejercitante durante esta larga "segunda Semana", aprende a medir sus fuerzas exactas, no solamente según la sabiduría humana, sino según la "locura" de Dios. Su salud física, la fidelidad de su vida afectiva, su aptitud a soportar sin tensión un sacrificio, la repercusión en su vida síquica de un deseo ciertamente muy generoso; he aquí algunos de los puntos sobre los que reflexiona, ora, comprueba, y a la luz de los cuales deberá finalmente decidir sobre el margen de riesgo, que está dispuesto a correr.

2. La segunda línea muy marcada en los Ejercicios en la vida es la extraordinaria densidad del momento presente. Eso se debe, naturalmente, al hecho mismo del retiro; de ello hemos hablado durante los primeros días de la sesión. Pero se debe, todavía más, a la fuerza de la oración, sobre todo de la contemplación evangélica que, al desarrollarse, ayuda a leer la situación actual, en que se actualiza la presencia de Cristo bajo el impulso de su Espíritu. Las primeras conversiones del corazón y fidelidades que han acarreado en la vida del ejercitante, modifican muy notablemente la percepción que obtiene de toda su actividad, en el instante mismo, en que vive. Por eso, los diversos elementos que constituyen su "presente", le parecen muy ligados unos con otros, orientados unos hacia otros, constituyendo una trama tupida: la decisión que toma, o que está tomando, va a introducir en esta trama, un elemento nuevo, sin duda de otro orden, pero que no puede dejar de suscitar interminables efectos en todo el presente. Eso, el ejercitante lo sabe tanto más, y tanto mejor, cuanto más se acerca a la decisión, es decir, al momento en que, por un acto que él sabe libre bajo la acción de la gracia de Dios, va a tomar el riesgo de modificar este presente, que le ha sido dado igualmente por Dios. La lucidez, aquí, no tiene nada del poder fascinante de la imaginación o del sueño: es una vista de lo real, y una percepción casi profética de la manera con que esto real pronto será arrollado.

3. Por fin, una tercera línea es característica del proceso de la elección durante los Ejercicios en la vida. Hemos hablado ya de la "humillación" a la cual se expone el ejercitante por el hecho mismo de su retiro: le lleva a unos actos de fidelidad que están en desacuerdo con los que le rodean, o en ruptura con los hábitos que ya no acepta, provocando así sonrisas, desprecio o rechazo. La contemplación de los misterios de Cristo orienta cada vez más hacia la fidelidad concreta a su Espíritu, por las elecciones que

son las suyas: las actitudes de "servidor", humilde, pobre y sumiso, se presentan como invitaciones cotidianas, recibidas sin nada de dramático ni de excepcional, como una "vía" que seguir. La "consideración" de las tres maneras de humildad me parece tener, en los retiros en la vida, una incidencia y una aplicación más inmediata y más real que en un retiro cerrado, porque "ser estimado por vano y loco por Cristo" plantea unas preguntas cuya solución compromete inmediatamente una conducta: ser humillado, sí, pero hay que guardar también autoridad moral, asegurar una promoción de la que depende el futuro, conservar unas relaciones sociales que son la garantía de un sano equilibrio síquico. En este momento de los Ejercicios, a punto de concluir una marcha con el deseo de decidir bajo el Espíritu de Dios, el ejercitante no puede "parecerse" a Cristo más que teniendo conciencia de permanecer de ese modo, en la plenitud de una vida humana, que rehúsa toda mutilación. La elección comporta entonces un juicio que desborda con mucho el punto limitado sobre el que se compromete.

* * *

Un último punto merecería que nos detuviésemos en él extensamente. Pero lo he presentado bastante detalladamente en el "documento de trabajo" que se les va a entregar. Puedo, pues, ser breve.

Los preámbulos que preparan la elección, y la elección misma, forman un todo que se extiende durante un largo período: varias semanas, quizás varios meses. El ejercitante experimenta normalmente series repetidas de movimientos que agitan su vida síquica en un sentido o en otro: alegría-tristeza, paz-turbación, seguridad, etc. Riqueza de la interioridad humana, evidentemente, que se manifiesta tanto más, cuanto las condiciones del retiro avivan la sensibilidad del ejercitante en todo lo que le pasa por el espíritu. Por la fe y en su relación con Dios se lleva a reconocer una "consolación" o una "desolación" en aquello que le sostiene como una fuerza unificadora o en lo que le paraliza y le desanima. Una "alternancia" se perfila, según un cierto ritmo, propio de cada temperamento y de cada etapa vivida.

Pero estos estados de consolación y desolación, incluso si no surten efecto más que en un momento, se insertan en la existencia cotidiana: la marcan con todas sus consecuencias, y su alternancia va a depender muy fuertemente

de la manera con que los acontecimientos de la vida influyan a su vez en las reacciones del ejercitante a las "mociones" que continúa sintiendo interiormente.

Cada uno de estos estados deja su huella. El ejercitante conoce mejor lo que él es en verdad y lo que para él es la fidelidad al Espíritu. Cuando alguien ha sufrido ha experimentado una "desolación" hasta en su carne, hasta en sus consecuencias a través de su temperamento y en sus allegados, no podrá ya olvidar nada, incluso en el momento en que una distensión se produzca y abra camino a otra "consolación". Si por ejemplo, en su retiro, experimenta una dificultad que reaparece en la sexualidad y si la experimenta hasta en su carne, no guardará el recuerdo de una herida, de la que quede desanimado, sino el de un descubrimiento, hecho en Dios, de la prueba que es la suya. De esta desolación ha salido por una capacidad nueva de confianza y de fe en Dios: sabe que eso se le ha dado, pero sabe igualmente que él guarda esta prueba inscrita en su temperamento, como prueba al mismo tiempo que como lugar de curación.

La alternancia puede durar mucho tiempo. Pero no es indefinida. De un movimiento a otro, a través de las huellas que dejan en la conciencia, el ejercitante "pesa" el valor y el alcance de cada uno de estos estados unos con relación a otros. Poco a poco la mirada de fe permite entresacar el sentido de la evolución, y entonces es cuando puede madurar una decisión.

Se dice con frecuencia que la decisión se toma en el momento en que un estado de "consolación" causa en el ejercitante alegría, paz, fuerza. Me parece que los Ejercicios en la vida muestran claramente que la verdad no está en eso. El ejercitante ya sabe, por la experiencia que está viviendo, que un sentimiento engendra pronto otro de sentido opuesto y que incluso esta consolación que parece poner término al proceso de decisión estará seguida de una desolación que provocará la duda.

La decisión, por el contrario, no está asegurada sino después de una larga purificación de la mirada de fe que, de un estado a otro, de una alternativa a otra, produce una certeza que permite al ejercitante llegar a una conclusión, no en razón de una consolación, sino más allá de la variación de estos estados espirituales. El ejercitante toma conciencia de todas las fuerzas que le animan y de la

evolución que ha sido la suya. Hace entonces un acto, comprometiéndose de modo totalmente libre con relación a todos los movimientos anteriores, y no apoyándose más que en la promesa de Dios percibida por la fe.

El ejercitante sabe entonces que ya no tiene que esperar nada más. La alternancia ha encontrado su término. Al menos ha perdido toda significación espiritual. En adelante, quien ha escogido y se ha comprometido sabe que todo depende de él, de sus iniciativas, de los riesgos que acepte correr, de la manera con que interprete los elementos humanos de su existencia. El es, con la gracia de Dios, el dueño de su destino. La voluntad de Dios es interior a la voluntad del hombre que toma una decisión bajo el Espíritu de Dios.

Pienso que, con la elección terminada, es importante que el ejercitante permanezca todavía durante un cierto tiempo en oración tranquila de adoración y de acción de gracias, antes de comenzar la tercera Semana. Y eso precisamente para que, en estos días que siguen a su decisión, mantenga la distancia que permite distinguir bien los movimientos psicológicos de distensión más allá de las repercusiones psicológicas que la vida cotidiana favorece de nuevo.

• DOCUMENTO DE TRABAJO

La elección puede revestir diversos aspectos: elección de un estado de vida, nueva fidelidad hacia una orientación mejor percibida y más unificada, ratificación de un compromiso sobre una vía espiritual que el mismo retiro acaba de descubrir. La "materia" de elección (163) ofrece gran variedad del hecho mismo de las condiciones del retiro en la vida.

1. Preparación a la elección

Todo lo que ya se analizado a propósito de la relación

constante e inmediata con los sucesos cotidianos, a propósito de la duración, a propósito del discernimiento, a propósito de la oración, ayuda a percibir cómo el ejercitante se prepara lentamente a una decisión que madura en la misma vida. Podemos tratar de ver en detalle cómo se desarrolla este 'momento de verdad'. Este proceso prepara el fundamento sobre el cual la persona podrá construir su libre elección, la cual realizará y desarrollará, por la gracia de Dios, toda la riqueza y complejidad de un acto humano.

2. El término de la alternancia

Los Ejercicios en la vida iluminan un punto particular. Las consolaciones y las desolaciones, alternándose durante un largo período, han hecho pasar al ejercitante a través de muchísimos estados interiores que le conducen a juzgar "por la experiencia de las consolaciones y las desolaciones" cómo ha sido conducido y cómo puede, al final, disponer de su vida estando seguro de haber encontrado la voluntad divina.

En primer lugar, el ejercitante ha visto remodelarse su propia identidad. A través de un psiquismo hecho de variaciones, sabe cuáles son las fuentes que producen, por su fe, consolaciones y desolaciones. Cada moción, por decir lo así, ha dejado en él su huella, no como una costumbre de la que sería esclavo, sino como el indicio de las dudas de su ser. Ha probado qué repeticiones son creadoras, a qué otras le atraviesan fuerzas de muerte, y mediante qué acto de fe puede resistirlas con vigor humano restituido. Sus propias heridas permanecen presentes, y sabe que siempre tendrá que contar con ellas, pero las reconsidera a la luz del combate en las que encontraron su sentido. Sus problemas de hombre no están solucionados por el mero hecho de haberlos desenmascarado y enfrentado, pero los ha liberado de su carga tenebrosa y pasional, y se encuentran integrados lúcidamente en el diálogo con Dios. Los juicios de los demás pierden su efecto negativo, para dar a la "humillación" su valor de verdad. El sufrimiento y la prueba, inscritos en su psiquismo o en su carne, no dejan de tocarlo realmente, y quizás con violencia, pero sabe que las lágrimas y las consolaciones no se excluyen. De todo lo vivido en esta alternancia, no se ha perdido nada, nada se ha olvidado: al contrario, todo el pasado se hace presente como una historia que ha necesitado todos estos giros para ser más real.

Lo que es válido acerca de su propia identidad, lo es también, para el ejercitante, de sus relaciones con los demás. La historia de las consolaciones y desolaciones traza en adelante la frontera de lo que es posible, de lo que es humanamente prudente y deseable. El obstáculo permanece: las personas que le están cerca, amigos o adversarios, errores antiguos cuyas consecuencias hay que llevar; pero, al término del largo itinerario de las mociones, se verifica una sabiduría más firme: cada relación, cada dificultad ha encontrado su importancia y su verdadero lugar. Porque la alternancia de las consolaciones y desolaciones ha mostrado cómo es posible evitar lo que amenaza paralizar, así como rechazar las ilusiones.

Es finalmente, en su relación con Dios donde el ejercitante se encuentra más seguro. Ya no busca más "hacer la voluntad de Dios", como si esto consistiese en hacer actos cuyo carácter de compromiso definitivo dependiese de un "plan" al que convendría someterse para obedecer a Dios y encontrar la paz del corazón. El ritmo de las consolaciones y desolaciones conduce progresivamente al punto en el que se impone la certeza al ejercitante: por encima de todas las consolaciones y desolaciones, que son consideradas las unas por las otras como estados sucesivos de descubrimiento y purificación, hace un acto que compromete su libertad de hombre. Y es este acto el que pone fin a la alternancia. Por encima de este acto, en efecto, se prosigue el retiro en la vida, con su cargo de oración y de discernimiento, confirmando al ejercitante en el sentimiento de que ha encontrado el punto exacto en el que se fijan los movimientos interiores. Mas, aunque continúen en el plano del psiquismo humano, han perdido su significado espiritual. El ejercitante sabe que "Dios está allí", en esta seguridad de que ya no debe esperar otra cosa, y de que ya todo se deja a su libertad, a sus iniciativas, a la dureza de los riesgos que acepta asumir en medio de las situaciones siempre tan complejas de su existencia.

El alternarse de las consolaciones y desolaciones no tarda en presentarse de nuevo, pero esto significa el comienzo de una nueva aventura, o de una nueva fase interior en la búsqueda de un punto en el que se va a ver empeñado con todo su ser. La decisión tomada expresaba un momento en el que el encuentro de Dios había sido llevado a lo extremo de la purificación y de la intensidad que expresaban toda la relación de amor entre Dios y el hombre. Nuevas

alternancias van a llevar más lejos, modificando quizás las decisiones tomadas, haciendo aparecer otras exigencias de purificación, otras sumisiones a la vida y a lo real, pero que no arrojarán sombra ni duda alguna sobre lo que se verificó en la alternancia precedente: cada estación produce su fruto maduro.

● CUESTIONES PROPUESTAS A LOS GRUPOS

1. En la pedagogía de San Ignacio, la experiencia espiritual supone la alternancia prevista y esperada de los movimientos "contrarios" (317, 331, 335). El acompañante debe ayudar al ejercitante, cuando está en desolación, "haciéndolo preparar y disponer para la consolación ventura" (7), que debe venir "presto" (321), y, cuando está en consolación, a pensar en la desolación "que después vendrá" (323). En el marco del retiro en la vida ¿qué es lo que provoca la alternancia, es decir, cómo y por qué el ejercitante pasa de un estado "consolado" en el que se adhiere a Dios a través de los acontecimientos de su vida, a un estado "desolado" en el que siente los obstáculos que limitan esta adhesión o que la mantienen en las tinieblas del corazón? Después, ¿cómo, de estas tinieblas, brota de nuevo el arranque positivo y confiado que reconoce la fuente de vida que ahí estaba escondida?

2. ¿Cómo caracterizar el tipo de presencia del acompañante en el período de la elección, cuando la relación en los acontecimientos cotidianos continúa marcando fuertemente el caminar del ejercitante? ¿En particular, cómo puede ayudarlo a situarse más allá de la alternancia entre consolación y desolación?

3. ¿Conviene favorecer, al acercarse la elección y para que se haga mejor, un tiempo de "retiro cerrado"?

● ECOS DE LA REUNION PLENARIA

****** Todos los grupos han notado el aspecto de "elección", y por consiguiente de decisión, bajo el que el ejercitante examina muchos sucesos, aun mínimos. Han señalado el vínculo que presenta esto con el discernimiento, el cual se ejerce igualmente con ocasión de múltiples puntos concretos de la vida de todos los días. Pero aquellos de entre nosotros que, precisamente, se preguntaban si el discernimiento no cambiaba de contenido al extenderse a todas las actividades humanas, se preguntan hoy si la elección conserva el mismo vigor que tiene en los Ejercicios, desde el momento en que se aplica a una gran cantidad de elecciones que no son más que una sencilla fidelidad a la vida según el Espíritu. El P. Giuliani vuelve a lo que ha dicho esta mañana: según San Ignacio, toda la vida espiritual está considerada como el compromiso personal de un hombre que cada vez es más consciente de lo que se ventila en él entre la afirmación de su libertad y su sumisión a la gracia. En esta perspectiva, puede decirse que no hay "pequeñas" elecciones, puesto que todas pueden ser ocasión de una toma muy viva de las fuerzas que agitan la conciencia y que todas pueden ser punto de partida para una adhesión más fundamental a Dios.

Continuando la discusión, ponemos de relieve un aspecto psicológico que nos parece importante a muchos de nosotros: habría peligro en admitir todas estas elecciones en el mismo plano y en confundir momentos que no comprometen más que una reacción espontánea y un poco superficial con momentos en que el ser entero se encuentra implicado por una decisión que se presenta. Sin duda sería necesario buscar la manera de que pueda el acompañante, sin quitar importancia al alcance espiritual de una pequeña decisión, hacer sentir también el aspecto secundario con relación a otros puntos que merecen más atención.

****** Se plantea entonces una cuestión. Los Ejercicios en la vida ¿no comportan el peligro de valorizar espiritualmente demasiado algunos puntos que psicológicamente no deberían imponerse tanto, y por consiguiente crear un pequeño desequilibrio en la evaluación de las situaciones humanas?

M.G. El peligro es real, sobre todo para ciertos temperamentos predispuestos ya a fijarse de manera excesiva en detalles o, más todavía, en movimientos interiores que dependen de una introspección permanente o de una tendencia escrupulosa. Para éstos, los Ejercicios en la vida podrían estar contraindicados, porque serían un obstáculo, más que una ayuda a la inteligencia espiritual de los componentes de una vida. Pero, en el caso de temperamentos bastante maduros y bastante instruidos por una sana experiencia humana, la distinción se establece realmente entre el valor que adquiere un suceso cuando se le examina en la serie de causas y efectos en el plano humano, y el valor que adquiere cuando se examinan las motivaciones, las reacciones personales, las repulsas, las acogidas, de las que es ocasión este suceso. Llega un momento, y frecuentemente bastante pronto, en que el ejercitante siente que un pequeño acontecimiento que surgió en su vida adquiere para él un gran alcance en relación con la gracia de Dios, y en la historia de su evolución personal; las búsquedas y los combates que son propios de la elección pueden encontrarse con toda su fuerza en ese momento, imprevisto, en que el hombre se siente "cogido" por una llamada de Dios. Incluso si el suceso es "pequeño", en su materialidad, se convierte en el lugar de un encuentro con Dios, encuentro que es siempre grande por lo absoluto que comporta y por sus consecuencias en la orientación de fidelidad.

** ¿Puede decirse entonces que los Ejercicios en la vida transforman en objeto de "elección" todas las actividades humanas, como ellos las transforman ya en "ejercicios espirituales"? Estamos todos de acuerdo en pensarlo así, pero sin olvidar que eso no puede hacerse sino progresivamente para evitar el peligro mencionado hace unos instantes. El P. Giuliani precisa que el ejercitante siente, en ciertos momentos, que tal actividad, tal acontecimiento que le solicita, tal deseo interior que se manifiesta con ocasión de la vida más concreta, llega a ser lo que está en juego en una elección verdadera, aun cuando nada parecía prepararle a eso; o que reconoce que una llamada antigua y profunda se manifiesta de nuevo para él en esto acontecimiento, aun mínimo, que le solicita.

** Con ocasión de la pedagogía que se desprende de nuestra reflexión acerca de la elección y acerca de su

práctica durante un retiro en la vida, un grupo se ha preguntado acerca de la llamada contenida en esta forma de retiro, que le parece un instrumento particularmente valioso para laicos. La formación de los cristianos en el mundo de hoy, en la línea de las orientaciones del concilio Vaticano II, requiere un instrumento que permita esta madurez cristiana necesaria a las responsabilidades de la Iglesia. Muy frecuentemente los programas de formación ofrecidos a los laicos en la Iglesia se detienen en un cuerpo doctrinal que asimilar y no permiten la constitución de su ser espiritual. El grupo se ha preguntado igualmente si la insistencia acerca del carácter laico de las CVX, puesta por la Asamblea de Roma, en 1979, no encontraba ahí, una primera respuesta.

**** Preguntan al P. Giuliani:** "Ha descrito Vd., según parece, sobre todo, el segundo tiempo de la elección. ¿Es típico de esta forma de retiro?"

M.G. No me atrevo a decir que sea típico. Pero las condiciones del retiro en la vida favorecen mucho la alternancia de las consolaciones y desolaciones. Porque a través de una experiencia humana, un temperamento, una historia, el ejercitante experimenta la acción de Dios, y prosigue su búsqueda con miras a la respuesta más fiel que quiere darle. De donde el carácter fragmentario, siempre un poco aproximativo, que es propio del segundo tiempo de la elección.

Pero hay que decir también que, incluso para los que están más inclinados a las "razones" del tercer tiempo, San Ignacio prevee que la elección se termine "según la mayor moción racional" y espera que Dios "la quiera recibir y confirmar": la certeza interior de la decisión rebasa siempre el simple peso de los motivos y se apoya en el reconocimiento de una llamada de Dios (sea cual fuere la manera con que se la perciba y con que se explique esta llamada en el alma). El retiro en la vida deja que estos "motivos" y estas "mociones" se reflejen largamente en la conciencia. Da a los sucesos cotidianos una función considerable para amplificar y llevar a la claridad estos movimientos interiores, que de otro modo, permanecerían desapercibidos o ambiguos. El retiro tiende, pues, a crear las condiciones de una elección que está relacionada a la vez con el segundo y el tercer tiempo confirmándose uno por otro.

** La duración de este tiempo en que se prolonga el carácter de elección parece muy larga a algunos de entre nosotros e incluso a muchos. ¿No hay temperamentos a los que esta espera es difícil de mantener tanto tiempo? Comprobamos en efecto que es necesario a veces ayudar a que el ritmo del retiro se acelere porque el ejercitante se cansa y se desanima.

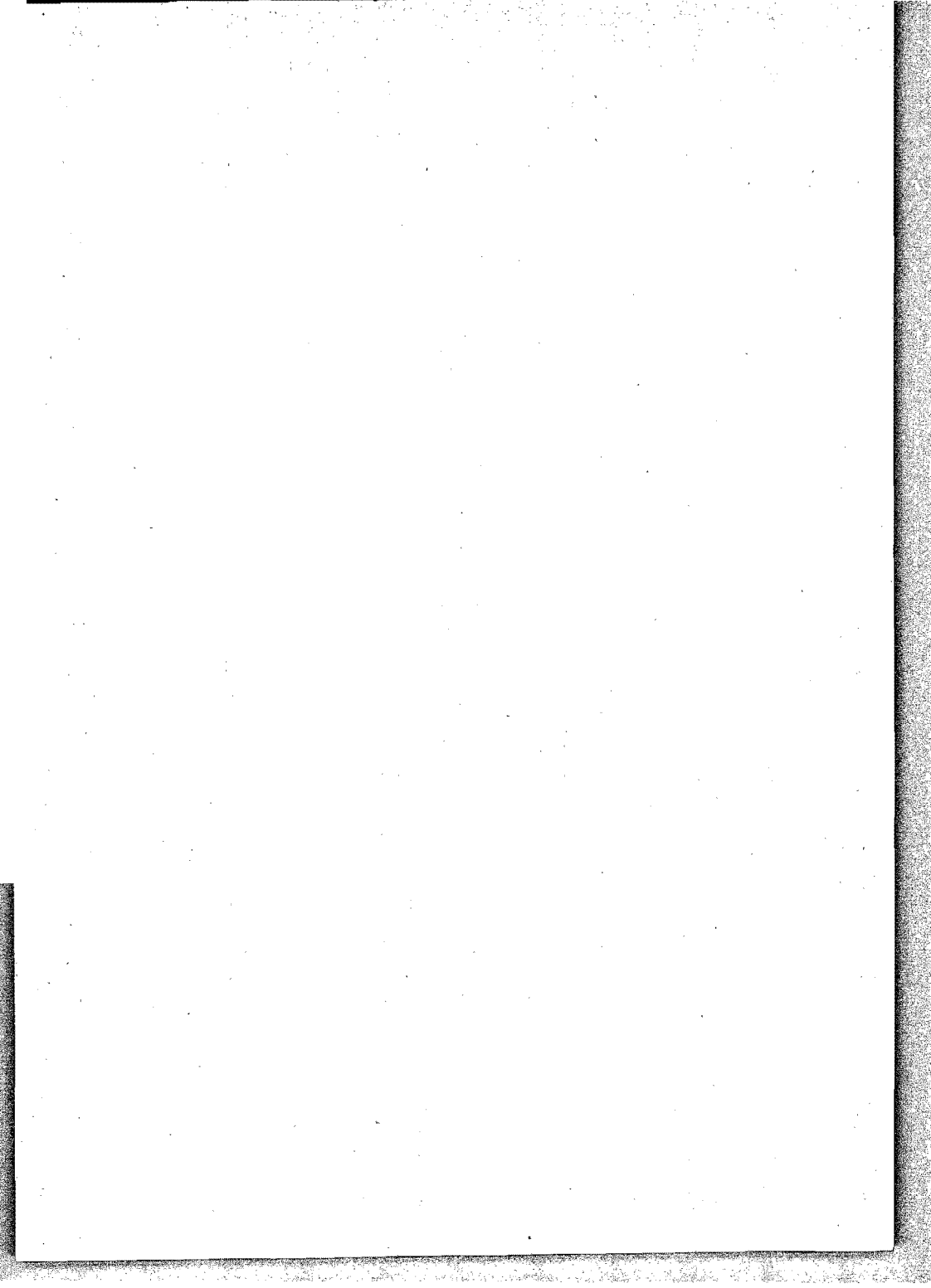
M.G. Claro que sí. Pero no hay que renunciar por eso a uno de los caracteres propios de los Ejercicios en la vida: la duración. Incluso si esta duración ofrece momentos en apariencia negativos, no hay que olvidar que esta duración es siempre un "ritmo". Es la duración de un ser vivo. Es también la duración de una libertad que se decide por madurez y no por sacudidas bruscas o por movimientos de coacción. La elección eleva a lo máximo la importancia y el valor de la duración. "Hubo una tarde, hubo una mañana y fue el primer día"... Es el tiempo de una experiencia creadora.

** Si no hay ninguna elección que se presente al ejercitante ¿conviene parar el retiro?

M.G. No es así, me parece, cómo se plantea, de hecho, la cuestión. No se busca la elección como una meta que alcanzar a toda costa. Sino que poco a poco el ejercitante se va conociendo ante las opciones a tomar, o ante una opción más fundamental. Me parece excluido que el ejercitante llegue al final de varias semanas o de varios meses sin que este aspecto de la vida espiritual se le haya impuesto. ¿O entonces sería preciso preguntar si los Ejercicios han comenzado realmente?

En los casos en que la elección (entrevista más o menos claramente) no puede precisarse o terminarse, no hay evidentemente que urgir las cosas. Si la decisión no está madura ahora, el acto de confianza en Dios y en el porvenir es la única cosa importante: puede incluso convertirse en el punto de partida de una evolución positiva y ser el objeto de una "decisión" de fidelidad. Me parece por otra parte que, en tales casos, el retiro en la vida permite más fácilmente que el retiro cerrado evitar la situación de callejón sin salida o de fracaso.

VI
FINAL DE LOS EJERCICIOS



FINAL DEL LOS EJERCICIOS

Hoy debemos reflexionar acerca de un punto particular de los Ejercicios en la vida, el cual merecería por sí solo varias reuniones. Se trata de saber en qué momento terminar un proceso que ha comenzado, pero al que no se le ha fijado ningún plazo.

* * *

No es el acompañante quien puede tomar la decisión de poner fin al retiro. El ha ayudado a que se desarrolle la experiencia. Ha ayudado a que la evolución se haga de manera coherente y armoniosa en la vida del ejercitante, y ha contribuido así a orientarle en cuanto al momento en que su experiencia debe llegar a su término. De manera que en la entrevista entre el ejercitante y el acompañante, la idea de terminar se ha examinado ya largamente. Pero la decisión de "fin" no puede nacer más que del ejercitante mismo, lo cual tiene numerosas consecuencias sobre la actitud y la conducta del acompañante.

Más todavía que durante el retiro, el acompañante debe tener cuidado de que no haya ninguna prisa, ninguna conclusión prematura, forzada, obligada. Todo lo que hemos dicho hasta el presente acerca de los diferentes aspectos de los Ejercicios en la vida continúa, en este proceso del final, actuando con muchísima fuerza. Finalmente es el ejercitante - y solo él - quien, en un momento determinado, puede decir: "Ahora, he terminado". Esto no se hace, sin duda alguna, con una fórmula tan radical, pero hay un período que abarca varios días, en que, por su oración, por una mirada nueva a su vida, por la conversación con el acompañante, el ejercitante llega a una toma de conciencia: "Creo que la experiencia que he vivido y que vivo, toca ahora a su término". El acompañante debe vigilar con cuidado para que ningún acontecimiento exterior venga a imponer una especie de vencimiento arbitrario, brutal a un movimiento

interior que no se ha acabado todavía. Por ejemplo, al menos en los países de Europa, cuando se llega al mes de junio, es necesario frecuentemente examinar las vacaciones escolares y familiares y por consiguiente una separación del acompañante, el cual quizá tenga también que ausentarse. Lo cual crea una situación que amenaza con imponer la idea de que estaría bien terminar. Pero la decisión de terminar no puede corresponder más que al momento en que el ejercitante tiene conciencia de que todo lo que se ha planteado en el corazón, todas las formas oscuras, los deseos, y quizás incluso todos los sueños, encuentren actualmente una realización verdadera. Quedará siempre algo incierto, desconocido, una pequeña inquietud que impide el proceso del fin. Pero en lo que depende hoy del ejercitante, el resultado obtenido constituye el presente en donde la respuesta a Dios se formula con toda verdad. En el momento en que, del exterior, el acompañante se da cuenta de que algo se termina, comprueba a veces que el ejercitante se vuelve hacia él, como para preguntarle: ¿Ahora, se acabó?", como si hubiese un último sobresalto por el cual el ejercitante intentase más o menos inconscientemente, poner en manos del acompañante la responsabilidad del fin. Esto es precisamente señal de que no se acabó.

Sentís que se llega a un momento especialmente delicado que salvar. Una primera reflexión puede hacerse comparando el programa que está propuesto por los Ejercicios con la experiencia que vive el ejercitante. Este programa se acaba, para San Ignacio, al término de la cuarta Semana de Ejercicios con una última contemplación: la de la Ascensión. Con el misterio de la Ascensión, termina, por decirlo así, la experiencia mística: es el término de todo camino, porque es el momento, en que con Cristo, toda la humanidad entra en la gloria de Dios. Es también el momento en que la esperanza en Dios, el deseo de Dios se transforma en caridad por el envío a la vida concreta, al servicio de los hombres. Para el ejercitante en la vida, este envío a los hombres, a su presente, a su situación, ha sido constante. No es una cosa nueva, pero él recibe en ese momento una especie de sello nuevo y definitivo, de manera, que hay frecuentemente una armonía muy fuerte entre este misterio de la Ascensión, con el conjunto de su alcance teológico, y los sentimientos interiores del que está en vías de terminar su ruta de Ejercicios.

Si hay así algo muy positivo que puede estar determinado y ayuda a vivir, hay también falsos fines que intervienen y bloquean la verdadera evolución del corazón al fin de la ruta. De entre todos estos falsos fines, recojo las dos más significativos.

1. Hay un falso fin que se debe a una cierta ilusión del ejercitante que confunde el fin de la elección con el fin de su experiencia espiritual de los Ejercicios. Cuando la elección ha tratado de un punto importante que implica un cambio en la existencia, el ejercitante está tentado de dar al contenido de la elección y a sus consecuencias una importancia que invade toda la conciencia, toda la oración, finalmente todo el deseo espiritual. Esto tiene muchas consecuencias en la manera con que el ejercitante vive la tercera y cuarta Semanas, es decir el acto pascual de la muerte y de la resurrección de Cristo. Por falta de tiempo, no he hablado mucho de eso. Sin embargo, la tercera y cuarta Semanas, la unión a la Pasión y a la Resurrección de Cristo en los Ejercicios en la vida, adquiere una actualidad y una presencia muy interesante. Es verdaderamente Cristo presente hoy, y Cristo resucitado hoy en mi historia, quien se convierte en el centro y motor de toda mi vida espiritual. De manera que después de la elección hay todavía ese tiempo de las Semanas tercera y cuarta - tiempo que puede llamarse de confirmación - durante el cual el ejercitante continúa orando con esta elección hecha y con las consecuencias que se derivan de ello. Continúa en un nuevo progreso de interiorización, de unión con Cristo, finalmente de una liberación más grande, incluso con relación a la elección que se ha hecho. Hay una gran diferencia entre el sentimiento de liberación que viene de que la elección está terminada, porque las cosas están en orden, puesto que eso depende de nosotros, y el final verdadero de esta experiencia espiritual que continúa más allá de la elección.

2. Hay un segundo falso final, que es el fin sin fin. El acto final por el que el ejercitante decide poner término a su experiencia se retarda indefinidamente. Hay temperamentos que viven en una perpetua insatisfacción, con indicios de inquietud, quizás incluso de ansiedad, a veces de escrúpulos. En este caso, quizás el acompañante debe intervenir más, más claramente, para ayudar a una voluntad que permanece un tanto débil y vacilante. Se ven brotar en ese momento conductas un tanto narcisistas, con las cuales el ejercitante, feliz en su retiro, se complace en un cierto número de actitudes espirituales y finalmente no toma

firmente la decisión de poner un término, que sea como una especie de ruptura con lo que él ha vivido para volver a comenzar de otro modo.

He seguido estos últimos meses el retiro de un hombre de unos cuarenta años. Hizo ciertamente un retiro muy bueno. Aparentemente, el último mes, el retiro estaba terminado. El había previsto que no hubiese nueva entrevista entre nosotros antes de algunos meses. Pero a los pocos días volvía a entrevistarse conmigo. Sentía yo que sufría no poco al encontrarse un poco solo, sin poder decir a nadie lo que continuaba pasando por su alma. Estaba como frustrado sin acompañante con quien desahogarse y sin ese carácter intenso de la vida espiritual que había conocido en el desarrollo del retiro. Pienso que las cosas se irán calmando poco a poco, pero esta reanudación del vínculo del retiro, una vez terminada en apariencia la experiencia, me plantea un problema: sea en él, sea por mi parte, algo ha fallado en el interior mismo del retiro. De modo que hay, alrededor de estos momentos del final, una cuestión que está inevitablemente planteada, sobre la manera con que el retiro se ha desarrollado y sobre el verdadero fruto a que ha conducido.

* * *

Un retiro que ha sido bueno y fructuoso, que se ha desarrollado bien hasta el final, es un retiro cuyo fin se presenta como un fruto maduro. Se podrían reasumir sus principales características en tres cuestiones.

1. ¿Qué es lo que termina?

- Ante todo la situación de ejercicios, donde uno crea por la oración tiempos que van a permitir conocer lo que pasa en el alma y la manera con que actúa el Espíritu de Dios.

- Luego, todo lo que es experimentación, búsqueda, en sayo para conocer lo que es mejor, sea en el método de oración y de penitencia, sea en un cierto comportamiento de todo el ser ante la gracia de Dios. Todas estas experimentaciones espirituales crean el clima en el que los Ejercicios producen lentamente su fruto.

- Se terminan igualmente todas las aplicaciones particulares de las Reglas de discernimiento, de penitencia, etc., las cuales durante los Ejercicios en la vida, están pendientes de los diversos momentos que recorre el ejercitante durante su camino.

2. ¿Qué es lo que permanece?

Permanece lo que nunca ha dejado de existir: el tejido humano de verdad, una especie de integración de todo lo humano en la fe. El ejercitante es ahora plenamente él mismo. Es su ser entero, con sus límites, sus debilidades, su historia lo que permanece : esto los Ejercicios no han cambiado nada y, al mismo tiempo, lo han cambiado todo, porque ha expuesto todo a una luz nueva, la de la fe, que penetra el ser humano. La expresión de uno de mis ejercitantes me parece buena: "Todo comienza y todo continúa".

3. ¿Qué es lo que permanece abierto? ¿Qué es lo que comienza?

¿Qué es lo que pertenece al campo de la esperanza, de la espera, de lo desconocido que está escondido en Dios? Es primeramente todo lo que no está todavía realizado en nuestra historia humana. Hay una duración espiritual que se prolonga y que es el tiempo de los hombres con todo lo que queda de combates que afrontar, porque la liberación no es - y no podía ser - total. El ejercitante ya no tiene que decirse: "Yo pudiera haber hecho esto, yo debiera haber hecho aquello". El presente se ha respetado en su totalidad. Querer esperar para cambiar todavía, para purificarse, para mudarse en un ser nuevo y diferente del que uno es, es salir de nuestro ser de creatura, limitada, fundamentalmente unida a una estructura que tiene necesidad de tiempo, de desarrollo. Habrá dificultades que se presentarán, quizás incluso en los mismos puntos que han sido tratados durante el retiro. Pero no por eso el retiro ha fallado su objetivo. Lo que me parece sumamente importante al término de estos Ejercicios en la vida, es que la obra que queda por hacer, la obra de conversión y de identificación con Cristo no contenga ninguna trampa: el ejercitante tiene en las manos todas las luces necesarias y todos los datos de su existencia, y puede apoyarse en Dios con toda la certeza que le da su experiencia en la fe.

En el fondo, lo que queda abierto, es la experiencia humana, que va a exigir a medida que se desarrolle un nuevo y profundo conocimiento de la fe. Esta experiencia humana se adquiere con todos los elementos que constituyen un ser: su salud, sus reacciones psicológicas con todos los déficits, que van a cambiarse o tal vez a acentuarse con la edad, el sufrimiento, la experiencia. El ejercitante va a

continuar experimentado en el conjunto de su vida psicológica más de una flaqueza. Pero el desarrollo de esta experiencia humana que va, y es normal, a conocer y a plantear otros problemas de fidelidad a Dios, no impide que el retiro, tal como se vivió, haya ido hasta el término de la fidelidad que el hombre puede manifestar hoy a la gracia de Dios. Lo que es capital, es que sea claramente percibido el vínculo de todos los estados que constituyen una vida humana con la experiencia de la fe, es decir la adhesión a Dios a través de esta realidad humana siempre en movimiento, que tiene sus consolaciones y sus desolaciones, que conduce a momentos de generosidad o a momentos de retraimiento, de esterilidad. Todo esto constituye el tejido humano; el ejercitante ha ido conociendo el vínculo de todo lo humano con la gracia de Dios por la adhesión, por el "sí", por el acto de adoración que puede hacer.

Tal será el fruto último de los Ejercicios especialmente en su forma de Ejercicios en la vida: para el ejercitante esta vida misma, que es realmente la suya, con toda la realidad que implica, es el medio en el cual continúa trabajando siempre para él la gracia de Dios. Aparecerán otras dificultades, podrán surgir otras inquietudes, tal vez incluso flaquezas manifiestas, pero eso no altera la verdad de todo lo que se ha vivido.

Compararía muy gustoso el fin de los Ejercicios y todas las actividades interiores que lo constituyen con la alianza con Dios. En esta alianza, importante tema bíblico, Dios se ha comprometido, y dudar de este compromiso, es crear en los Ejercicios una especie de nueva imposibilidad de terminar.

Otro ejemplo, un padre de familia en paro. Ha hecho el retiro en un clima de inquietud, de ansiedad, unido a una situación que no se podía remediar. Evidentemente no había que esperar que su situación de parado cesase para comenzar los Ejercicios. Durante la última Semana, en el momento en que, continuando con este matiz de ansiedad, él debía pararse, encontró trabajo. Me dijo por sí mismo: "No conviene pararse ahora". El choque feliz provocado por esta liberación debida al hecho de haber encontrado de nuevo un empleo amenazaba con ocultar la realidad de su esperanza y de su fe, nacidas en el retiro. Continuó casi un mes

hasta el momento en que comprendió claramente, por sí mismo, que la adhesión a Dios en la fe era la misma en un clima de inquietud que en un clima de liberación debidos el primero a su situación de parado y el segundo al hecho de volver a tener trabajo.

En este ejemplo, se siente bastante bien lo que les decía ayer, a propósito del retroceso con relación a la alternancia de las consolaciones y desolaciones. Aquí también hay un retroceso con relación a todo lo que está ligado estrechamente a situaciones humanas, sanas y de valor, pero que no bastan para explicar la alegría o la tristeza experimentadas según el Espíritu Santo. Es necesario que ahora todo esté fundado en la fidelidad a Dios y en esta certeza que en adelante todo se adquiere por la gracia de Dios.

● DOCUMENTO DE TRABAJO

El final de los Ejercicios en la vida, no estando vinculado a un plazo fijo, depende de una decisión del ejercitante que, en un momento de su evolución interior, reconoce que la experiencia ha llegado a su fin: el camino continúa, ciertamente, pero lo que resulta inútil y aun perjudicial es el carácter propio del "ejercicio". La búsqueda para "*preparar y disponer el alma*"(1) cede el puesto a la certeza de que todo se ha "cumplido", o más bien que el alma ha "alcanzado" a su Creador y Señor (20).

1. Finales falsos

El acompañante debe individuar los finales falsos, es decir los casos en los que el ejercitante es llevado a terminar mediante un acto arbitrario que no expresa la verdad del camino actual:

- final por engaño: el ejercitante, en efecto, ha terminado el esfuerzo de los Ejercicios en el momento de la elección, como si la decisión tomada entonces marcara el final de la experiencia espiritual emprendida.

- final por cansancio: el ejercitante ya no llega a la claridad sobre su camino o se empana en dificultades sin peso o en un volver incesante sobre sí mismo.
- final por "golpe de estado": ha sobrevenido un acontecimiento exterior que sirve de alibi (en otra parte) o que es percibido bruscamente como una obligación imperiosa.
- final por la imposibilidad de terminar: el ejercitante no puede poner término a la necesidad de confirmación y de seguridad que encontraba en el cuadro de los Ejercicios.

2. Algunos criterios

Para ayudar al ejercitante a encontrar el punto de no regreso que abre a un verdadero final, el acompañante puede servirse de ciertos criterios:

1. Asegurarse de que todo lo nacido en el curso del retiro ha llegado hasta su término (oración, discernimiento, unidad de corazón, etc.).
2. Reconocer la continuidad de las experiencias sucesivas que han formado el tejido del retiro y que han construido el ser espiritual.
3. Tender a un acuerdo entre el deseo y lo real, para que, más allá del retiro, la existencia cotidiana aparezca como el sólo lugar de la fidelidad espiritual. El final será un pasaje natural. El retiro ha terminado porque ha sido como absorbido por la vida ordinaria.
4. Considerar como segura y definitiva la "alianza" con Dios. A este estadio, en efecto, cada reticencia ante Dios crea una nueva imposibilidad de terminar. Mientras que el verdadero final se impone por sí mismo, como fruto indudable, cuando el ejercitante reconoce que su existencia humana, liberada y pacificada, le revela incesantemente la presencia indefectible de Dios.
5. Reconocer el momento en el que el ejercitante es llevado a echar una mirada global sobre el itinerario que acaba de recorrer y a situar cada uno de los puntos que ha atravesado

en la totalidad de una experiencia que se le presenta ya como un pasado.

6. Finalmente, la presencia del acompañante se hace poco a poco más discreta, menos necesaria hasta desaparecer. No se ha abolido la relación de acompañamiento, pero ahora tiene otra función, porque ha dejado de ser la de los Ejercicios. Cederá el puesto a una ayuda fraternal en la que la amistad podrá desarrollarse más fácilmente, en la que la apertura mutua (que fue una molestia durante los Ejercicios) podrá crear nuevos lazos.

3. El acompañante al término de Los Ejercicios en la vida

Reflexionar sobre el fin de los Ejercicios en la vida es reunir, considerándolas en su punto de llegada, las diversas corrientes que atraviesan este tipo de experiencia: cómo la relación con la vida conduce a un término que es la fidelidad al Espíritu en todas las cosas, cómo la duración llega a un momento final en el que desemboca en una fase nueva, cómo el discernimiento hace acceder a la elección que es su término y a la vida en el Espíritu, cómo el progreso en la oración conduce por etapas a "recibir gracias y dones" de Dios (20) en una comunión total con él y, por último, cómo la elección, que se encuentra en el medio de todas estas corrientes, es definitivamente confirmada marcando el punto exacto donde se acaban los Ejercicios. El rol del acompañante se ejerce en cada etapa y a todos los niveles, pero es más exactamente aquel que ayuda a la articulación de todas estas fuerzas en movimiento y el que reconoce la verdad del término al que estas fuerzas conducen al ejercitante.

• CUESTIONES PROPUESTAS A LOS GRUPOS

1. Después de algunos meses de una experiencia tan intensa ¿qué puede o qué debe esperar el ejercitante de un acompañante espiritual para su vida cotidiana?

2. ¿En qué forma el ejercitante va todavía a "acordarse" del retiro que acaba de hacer?

3. ¿Es bueno que tal retiro se repita los años siguientes?

● ECOS DE LA REUNION PLENARIA

****** Una gran parte de los intercambios entre los grupos ha versado sobre la relación del ejercitante con el acompañante en el momento en que se acaban los Ejercicios en la vida, y sobre las repercusiones que esta relación puede tener después del retiro.

Ante todo hemos recalcado que interviene progresivamente un cambio en el modo de la relación: algunos lazos de amistad, que implican una cierta reciprocidad de intercambio, vienen a modificar el vínculo de acompañamiento, o, por el contrario, el acompañante se eclipsa. En ambos casos podemos reconocer una de las señales que marcan el fin del proceso del retiro.

¿Es deseable que la relación establecida con el acompañante continúe más allá del retiro? Se mencionan varias experiencias. El P. Giuliani piensa que es preferible de ordinario (sin que pueda establecerse ninguna regla) que se ponga un cierto fin claro al acompañamiento tal como se ha desarrollado durante el retiro, aun en el caso de que convengan, a los pocos meses del fin de Ejercicios, algunas entrevistas que permitan analizar la situación, sobre todo a título de "confirmación". Pero las condiciones del retiro en la vida, hacen difícil a veces el alejamiento completo del acompañante, por razón de los lazos que se han creado: es cuestión de oportunidad, pero, para el ejercitante parece haber mayores posibilidades por el hecho de encontrar, después del retiro, un acompañante que no haya sido el del retiro.

****** Lo que frecuentemente hace más fácil la distancia que el ejercitante debe tomar con respecto al acompañante, es que, de hecho, el ejercitante toma ya esta distancia con respecto a su propio retiro. Este retiro que acaba de vivir está "psicológicamente" pasado. Su recuerdo ya no invade como una presencia que estorba el presente. Un grupo expresa eso mismo con una fórmula: "Los Ejercicios están absorbidos por la vida".

****** Se nota la gran dificultad de encontrar acompañantes espirituales. Viendo desarrollarse el movimiento de los retiros en la vida, parece que se está en presencia de un verdadero problema, planteado a escala de la Iglesia. ¿Cuáles son las posibles soluciones? ¿Preven las CVX, en el marco de sus actividades, proyectos que permitan un acompañante después del retiro? Varios participantes evocan sus situaciones: (Estados Unidos, Chile, Holanda, Egipto, Zaire) en donde se ve a laicos formarse seriamente en el acompañamiento: creemos que será preciso llegar a que haya un ministerio reconocido en los laicos para ayudar espiritualmente a otros laicos.

****** Preguntamos al P. Giuliani a propósito de su introducción de esta mañana: hablando del final de Ejercicios, no ha mencionado la contemplación "Ad amorem". ¿Podría decirnos por qué razón? pues la mayoría, estamos acostumbrados a ver en esta contemplación el final de los Ejercicios.

M.G. Si no he hablado de eso, no es por razón de principio: esta contemplación puede muy bien concluir la andadura de los Ejercicios y es conforme a una cierta tradición. Pero esta tradición no es ciertamente imperativa: la contemplación "Ad amorem", se sitúa, después de la cuarta Semana, entre los "modos de orar" y su contenido puede ayudar al ejercitante en diferentes momentos del retiro. Por otra parte el itinerario de los Ejercicios termina con la meditación de la Ascensión, como lo he recordado esta mañana, al señalar la importancia de esta meditación final.

Lo que debiera haberos dicho también, es que la contemplación "Ad amorem" implica una manera de orar que está

particularmente adaptada a los Ejercicios en la vida, sin estar especialmente ligada a tal o cual momento del retiro. Marca el movimiento espontáneo del que une, o intenta unir, la oración y la vida. La actitud del "suscipe", la mirada de la fe a Dios que "habita en las criaturas", que "trabaja y labora por mí", que se manifiesta en todas las cosas por una presencia venida "de arriba", es decir del amor que se da, todo esto forma parte de esta oración que se desarrolla de manera característica de los Ejercicios en la vida. Se puede volver a ella al final, por supuesto; pero este "Ad amorem" ha marcado ya muy vigorosamente al ejercitante desde el principio del retiro. Por eso no desearía que se la presentase como un contenido nuevo, y por eso también creo más conforme al espíritu de los Ejercicios en la vida que el acompañante no hable de eso al final de otro modo del que lo ha hecho a lo largo del retiro.

** Entre los falsos finales de los que se ha hablado esta mañana, hay uno que ha retenido más la atención de varios de nosotros: el que consiste en confundir el final de la elección con el final del retiro. Muchos problemas psicológicos pueden insertarse en eso. Se cuenta en particular el caso de los ejercitantes que una vez acabada la elección, se encuentran como desmovilizados. El P. Giuliani insiste en la importancia de comprender bien que la decisión no es el final. Cuenta sin embargo la elección de Jerónimo Nadal. Después de una elección trabajosa y un último esfuerzo de oración y lucidez, Nadal se decide a entrar en la Compañía de Jesús. Está en el día 18 de Ejercicios y San Ignacio al punto le admite en el noviciado sin que se hable más de los Ejercicios. Es una buena invitación a no ser sistemáticos en nuestra manera de actuar. Pero, dice el P. Giuliani, los ejercicios de Nadal eran de lo más cerrados que pueden darse: sí, por un imposible, hubiese hecho sus ejercicios en la vida, estos se hubiesen desarrollado de modo muy distinto.

** Una serie de preguntas trata de la manera con que el ejercitante, después del retiro, asegura el progreso de su vida espiritual. Se mencionan los tiempos normales de oración, el examen de conciencia, los tiempos de retiro semanal o mensual.

M.G. No se deben excluir evidentemente todas esas prácticas. Pero yo compruebo que los Ejercicios en la vida han dado habitualmente a los ejercitantes (sobre todo si el retiro les ha conmovido profundamente) una muy gran libertad, al mismo tiempo que una gran capacidad de descubrir por sí mismos los medios concretos de conservar o desarrollar la vitalidad de su fe. Ponen en primer lugar el discernimiento, convertido en hábito y una especie de principio regulador de todo lo demás. Para ellos lo esencial ya no es el tiempo de la oración, sino la verdad de su sumisión al Espíritu de Dios a través de la vida de cada día. Conocen mejor las condiciones físicas, psicológicas, etc., y saben "disponerse" mejor a la gracia en todo tiempo y en todo lugar. Y eso les lleva a determinar, con flexibilidad, pero con exigencia, los momentos de "recogimiento", de silencio, de adoración. Estoy sorprendido al ver la variedad de soluciones que muchos llegan a encontrar, en vidas muy recargadas, para mantener la respiración del alma en Dios. A mi parecer es uno de los frutos significativos del retiro en vida: el ejercitante ha aprendido ya, en su mismo retiro, cómo hay que portarse para asegurar su fidelidad en la realidad de una vida cotidiana, y su "post retiro" no está ordenado por soluciones convencionales del tipo "propósitos de ejercicios que cumplir". Los momentos (o los días) de soledad y recogimiento que él se impone frecuentemente, con verdaderos y largos tiempos de oración, están orientados sobre todo hacia el juicio de discernimiento a emitir sobre la manera con que él se conduce según el Espíritu se encuentra ahí, en el post retiro, lo que decíamos a propósito de los "tiempos fuertes" durante el mismo retiro.

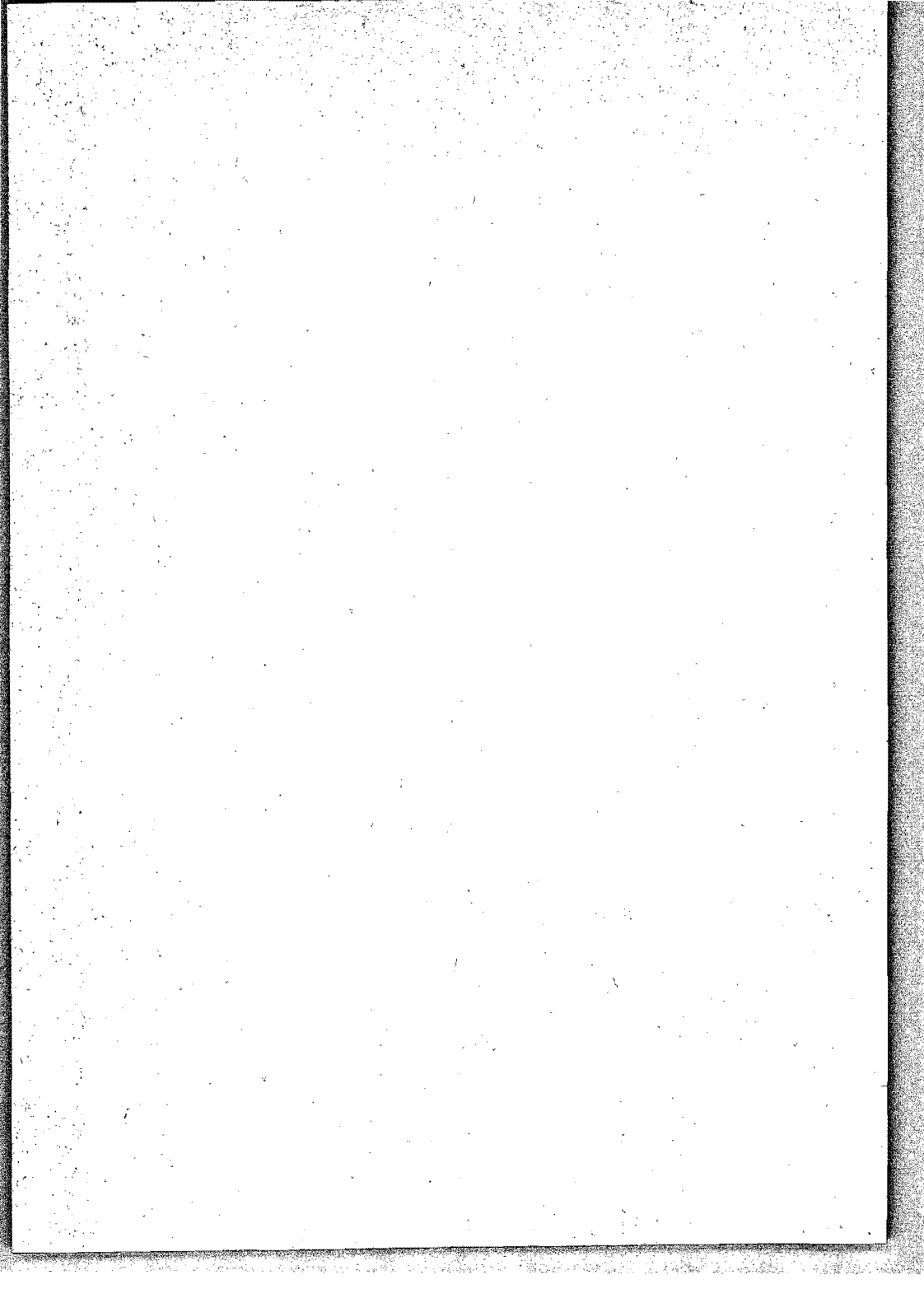
**** ¿Conviene repetir los Ejercicios en la vida los años siguientes?**

M.G. Ciertamente no es posible legislar sobre el particular. Todo depende de lo que fue este retiro: ¿ha dejado al ejercitante insatisfecho, y por qué? ¿hay nuevos elementos que modifiquen el "paisaje" interior? ¿qué vale ese deseo de volver a comenzar? Mi sentimiento es que, cuando los Ejercicios en la vida se han desarrollado en varios meses y en profundidad, todo lleva a creer, que son, por decirlo así, definitivos. Los retiros siguientes no harán más que confirmar el fruto, y pueden entonces ser

mucho más flexibles, más cortos, más directamente orientados a un punto particular de la situación espiritual del ejercitante.

VII

¿A QUIEN DAR LOS EJERCICIOS?



¿A QUIEN DAR LOS EJERCICIOS?

He intentado durante estos días presentaros la experiencia de los Ejercicios en la vida, insistiendo en determinadas líneas de fuerza, y mostrándoos la experiencia en lo que tiene de más característico, y por lo tanto de más logrado. Ello era necesario para comprender mejor todo lo que implica esta práctica. Pero es evidente que los ejercitantes no salen de esta experiencia ya consumados en la santidad. En mis ejemplos no he indicado los casos que que daron oscuros o sin solución verdadera. Me parece que la gracia de tales ejercicios puede ser vivida a niveles espirituales muy diferentes. Esto es verdad referido a los Ejercicios en la vida como a los Ejercicios cerrados. Tan es así que la respuesta a la cuestión presentada esta mañana: ¿A quién dar los "Ejercicios en la vida?", depende en parte de lo que uno, como acompañante, espera del ejercitante, de la persona a quien comienza a proponer esta experiencia. La experiencia de la pedagogía de los Ejercicios comenzó para San Ignacio por la conversación espiritual, sencilla, referida a los elementos básicos de una vida espiritual. Sólo después, poco a poco, en el desarrollo de la conversación, venía a proponer al que hacía el retiro, unos Ejercicios más estructurados. Yo quisiera analizar de un modo somero el proceso por el cual se llega a proponer a una persona estos Ejercicios en la vida y localizar el nivel espiritual en el cual se van a realizar los Ejercicios.

* * *

Lo principal es la dinámica de progreso implicado en la evolución de una persona. Nos hallamos ante uno que tiene el deseo de una mayor fidelidad a Dios, de liberación de sí mismo, de mayor paz interior y de mayor seguridad espiritual, y al que se puede ayudar a pasar de una etapa a otra. Este progreso que se va manifestando lentamente en la evolución de la persona, se hace patente sobre todo en tres campos: primero en la oración; segundo, en un primer conocimiento del discernimiento; tercero, en una cierta experiencia del don de sí, de apertura hacia los otros, de comunicación y de olvido de sí al servicio de los demás.

Poco a poco se va notando que la persona progresa, es decir que los diversos elementos de la vida espiritual empiezan a estructurarse en sus relaciones mutuas, que la oración viene pedida por el discernimiento y viceversa, que el don de sí mismo y el servicio a los otros nacen de una actitud evangélica que a su vez va a desarrollar la oración y el discernimiento. Llega un momento en el que se puede esperar que este progreso naciente pueda desarrollar se de manera más rápida y segura por medio de los Ejercicios. Ese es el momento de empezar de alguna manera a proponer los Ejercicios, no como un método externo, que se lleva en el bolsillo o está en la biblioteca, sino como un medio de hacer brotar, y de poner en claro lo que ya ha comenzado en la experiencia. En el interior de este primer conocimiento que se tiene de la persona, hay diversas señales que permiten, aunque no de una manera absoluta, preferir el proponerle unos Ejercicios cerrados o unos Ejercicios en la vida. Yo he advertido cuatro señales:

1. La primera señal es la forma de oración. Pronto se da uno cuenta de si esa persona ora con más paz y con frecuencia, sin abandonar su trabajo ni su vida ordinaria, o si, por el contrario, su oración tiene necesidad de un contorno especial, de un aislamiento, quizás de un método exterior, de una estructura más fuerte.

2. La segunda señal es la posibilidad que tiene el candidato eventual al retiro de concretar la regla que debe darse a sí mismo para un esfuerzo preciso durante los Ejercicios, para un período privilegiado de busca de Dios.

Esta regla incluye en primer lugar un tiempo de oración. Si después de unos días o de unas semanas se ve que esa persona no puede tener un tiempo de oración bastante regular y bastante prolongado, porque está constantemente dominada y como anegada en la vida, esto sería un signo negativo seguro. Porque, según mi experiencia, los que se entregan a los Ejercicios en la vida, jamás tienen un problema de tiempo. Ya lo hemos dicho muchas veces, pero no será inútil volver sobre ello. Los que hacen el retiro están ciertamente muy ocupados, su agenda se halla llena de citas y de ocupaciones, pero el tiempo que han decidido consagrar al retiro les cae como de modo natural en medio de sus ocupaciones cotidianas. Yo les veo coger su agenda y, delante de mí, durante nuestra conversación, buscan la manera de asegurar cada día un tiempo para la oración, lo que no les

impedirá hacer a veces un poco más durante un viaje, o en el espacio entre dos asuntos, la mañana o la tarde. De manera frecuente será algo irregular, porque no puede disponer siempre de una hora fija, pero esto forma parte de lo que ha llegado a ser el ritmo de su vida.

Al lado del tiempo de oración y de todo lo relacionado con ella, está todo lo que concierne al examen de la oración, esta revista espiritual sobre el tiempo transcurrido. Hay que asegurar esa reflexión sobre la oración; no vendrá de ordinario inmediatamente después de la oración, porque es preciso distanciarla un poco. Es preciso que el ejercitante pueda advertir lo que ha pasado, el punto meditado, el problema que permanece, la obscuridad o la luz que hay en su alma.

Entre todos estos elementos que constituyen como una regla de vida, se halla en tercer lugar el encuentro con el acompañante, que debe ser muy regular y muy frecuente, al menos una vez por semana, a veces más, rara vez menos. Es preciso que el ejercitante se conciencie de que ese encuentro es una parte constitutiva de los Ejercicios. Este encuentro con el acompañante es sentido frecuentemente como una necesidad de diálogo, a veces como una ascesis penosa, difícil de aceptar con una fidelidad ordinaria. Hay ejercitantes que en el momento que se sientan en mi despacho, me han dicho: Padre, hoy, no tengo ganas ningunas de verle. Pero ahí precisamente hay un punto muy esclarecedor, si un ejercitante durante varias semanas no llega a vivir esa clase de relación de compañía, probablemente no habrá que encaminarlo hacia los Ejercicios en la vida.

3. Tercera señal: el deseo del ejercitante de no hurtarse a lo concreto de su vida para encontrar a Dios. El se siente llamado a integrar la relación habitual con sus prójimos y con su trabajo a este esfuerzo interior de oración y de fidelidad a Dios. Siente repugnancia a la misma idea de buscar el silencio, al aislamiento, la ruptura física, para asegurar su búsqueda de Dios.

4. Cuarta señal: un cierto número de gentes tienen necesidad de un tiempo de relajamiento en su vida. Tienen necesidad de "rumiar". La sucesión regular de las horas de oración y de los días en un retiro cerrado es para ellos

una fuente de fatiga más que un estimulante. Al contrario hay otros que tienen necesidad de una intensidad más regulada, más limitada a un momento, una intensidad que les llega más vivamente al corazón. Para esos, la separación del medio habitual, a la que alude San Ignacio en la Anotación 20 crea una cierta ruptura psicológica que desencadena las fuerzas del inconsciente que habitan en ellos y que les permiten una manera nueva de situarse ante Dios.

* * *

Os he indicado estas cuatro señales, que empalman con las advertencias que ya hemos hecho. Pero vosotros mismos podréis precisar muchas otras que ayudarán a escoger aquellas personas a quienes los Ejercicios en la vida serán más provechosos.

¿Nos da San Ignacio indicaciones claras sobre este punto? Sí y no.

En primer lugar hay que aceptar el "no". San Ignacio no preve el caso de un ejercitante libre para escoger unos Ejercicios de tipo "cerrado" y que sin embargo prefiriera los Ejercicios en la vida. Sin pretender hacer ninguna teoría sobre este asunto, yo diría que las tres Anotaciones de los Ejercicios (18, 19 y 20) no pueden englobar la realidad social y cultural que vivimos en nuestra época. En la Anotación 20 San Ignacio prevé un caso bastante particular: el de aquel que vive una vida "tan secreta" que no se le puede molestar pretendiendo que vaya a Misa y a Vísperas. Los historiadores podrían decirnos muchas cosas sobre este asunto. De todos modos, es una situación que no corresponde a la de los Ejercicios cerrados, sino que se acerca más a las celdas de los cartujos o a las condiciones de vida de los ermitaños. El aislamiento material es muy acusado, y evidentemente no se trata de un grupo de ejercitantes reunidos. Lo más prudente, a mi parecer, es renunciara apoyarnos en la autoridad de la Anotación 19, o de la 20, para justificar los Ejercicios "en la vida" y los Ejercicios "cerrados".

Lo más importante, por encima de todas las discusiones sobre el significado histórico de las Anotaciones, es acudir a lo que nos dice San Ignacio al principio de la Anotación 18: *"según sea la disposición de las personas que quieren tomar ejercicios espirituales, es a saber, según que tiene edad, letras o ingenio, se han de aplicar los tales ejercicios..."* La experiencia fundamental de los Ejercicios, a través de una serie ordenada de maneras de preparar y disponer el alma, puede realizarse en formas muy numerosas. Una de ellas es la definida en la Anotación 20: no es más que una "aplicación" de los Ejercicios, conforme a un cierto tipo de existencia y de cultura. Otras, propuestas por las Anotaciones 18 y 19, abren ampliamente la puerta a "aplicaciones" que dejan entrever una gran flexibilidad. Es aquí donde San Ignacio nos da algunas indicaciones claras, para responder a la pregunta que nos hacíamos hace un momento.

Lo esencial es "aplicar" los Ejercicios. Lo más importante es la experiencia espiritual del ejercitante, y a esa experiencia le aplicamos los Ejercicios adaptándolos. Esta adaptación no es una degradación de los Ejercicios. Al contrario, todos los Ejercicios y todas las formas que pueden tomar constituyen aplicaciones al caso particular de cada ejercitante. Y serán tanto mejores cuanto más adaptados a la experiencia personal que es la suya.

Por esto San Ignacio formula una regla de oro: *"Asimismo se debe dar a cada uno según que se quisieren disponer, porque más se pueda ayudar y aprovechar"*. Del acompañante será el percibir en las disposiciones del ejercitante o del candidato a los ejercicios, lo que éste puede soportar "fatiga" y con "provecho", o su nivel de disponibilidad a la gracia (al que se quiera ayudar de ellos para instruirse y *"llegar a contentar su alma hasta un cierto grado"*, dice San Ignacio con su vocabulario típico). La fase preliminar de los Ejercicios en la vida es precisamente de una flexibilidad tal que permite aplicar poco a poco los Ejercicios a cada situación humana y espiritual del ejercitante. A partir de las primeras experiencias que hace en la oración, en el discernimiento, en la lucidez con que da cuenta al acompañante, en la fidelidad a un deseo interior que le invade progresivamente, se puede percibir lo que es capaz de soportar, qué es lo que se puede esperar de él, y por lo tanto qué es lo que hay que presentarle para ayudarle a su progreso. Por lo tanto no hacemos referencia a un tipo

de retiro "ideal", ni a un programa que decidimos seguir, sino a esa experiencia concreta que hay que seguir tan de cerca, para no exponerse a dejar perder su valor.

* * *

Lo que acabo de decir vale sobre todo para el principio de los ejercicios, cuando se trata de esas "conversaciones preliminares" que se resumen en el "Principio y Fundamento": período orientado todo él hacia "la indiferencia" cuyo nivel (si podemos emplear ese término) sitúa todo el resto de los Ejercicios. Para algunos, eso será muy largo, y finalmente los ejercicios quedarán ahí: se esperará a más tarde, un año, dos años, el momento de reemprender el camino que permitirá pasar a la primera Semana. Para otros el dinamismo espiritual es tan notable que no se debe esperar. Los Ejercicios en la vida han tomado forma, y al mismo tiempo han encontrado su exigencia propia.

Pero en cada una de las etapas siguientes el mismo problema se le presenta al acompañante. La primera es la de la primera Semana que acabo de enunciar. ¿Cómo experimenta el ejercitante la fuerza creadora del perdón de Dios? Para unos, la misericordia de Dios y su perdón permanecen en una experiencia superficial, que no modifica en profundidad su relación con Dios, su confianza, el dinamismo de una ofrenda de sí: ante todo experimentan sobre todo una especie de liberación psicológica: la confesión se les presenta como un término, etc. Para otro la confesión, es decir la manifestación sacramental, aparece como un acto menos importante que ese conjunto que San Ignacio llama "confusión", que lleva consigo la cuestión decisiva: *"lo que debo hacer por Cristo"*. Cuestión decisiva, porque a mí me parece, ella centra la experiencia del ejercitante y ayuda al acompañante a adaptar, o más bien a "aplicar" los ejercicios siguientes, - al menos que no le lleve a percibir que para tal ejercitante no hay lugar a seguir más adelante por el momento.

La fase siguiente está en conexión con ésta. Se halla situada en el momento del "Reino", con la fuerza liberadora de la afectividad que llevan consigo las meditaciones y repeticiones en torno a la "obediencia" de Cristo resucitado

viviendo en la historia del mundo. Puede suceder que convenga disminuir las exigencias que se habían propuesto y conducir rápidamente al ejercitante al final de los Ejercicios valiéndose de alguna de las contemplaciones evangélicas y de firmes resoluciones de fidelidad a su vida cristiana.

Lo mismo sucede todo a lo largo del retiro. A cada etapa, criterios nuevos dictarán la conducta a seguir. Así especialmente después de la meditación de las Dos Banderas y luego de las Tres Maneras de Humildad. Se trata de determinar cada vez el momento en que el ejercitante franquee un "umbral", para no exigirle nada que sobrepase lo que él no pueda llevar "descansadamente y con provecho" según la expresión de la Anotación 18, y nada que ponga en peligro de frustrar una experiencia todavía mal formulada pero que ya es capaz de llevar muy lejos en el camino a que Dios le llama.

* * *

La cuestión planteada: "¿A quién dar los Ejercicios en la vida?" nos ha conducido a otra cuestión: "¿Cómo dar los Ejercicios?" Veo que esto es un abuso, y debería excusarme. Pero me parece que las dos cuestiones están más concatenadas de lo que podría parecer a primera vista.

En efecto, los Ejercicios no constituyen un conjunto ya hecho cuya estructura objetiva podemos considerar para preguntarnos a quién darlos. Pero ante cristianos que buscan su camino, o su respuesta a Dios, nosotros podemos conducirlos hacia los primeros tanteos, después a los primeros pasos, ejercicios que les ayudarán a formular la experiencia que ya tienen, a percibir las condiciones de su desarrollo, a someter a regla sus deseos y la ofrenda de todo su ser según esta pedagogía que a un mismo tiempo se les ofrece y que interiormente ya ha sido juzgada verdadera.

Los Ejercicios en la vida favorecen evidentemente el ajuste de la pedagogía a la experiencia, gracias a la dura ción, pero también gracias a que la vida va revelando lo que cada uno puede sobrellevar y *"el grado en el cual quiere contentar a su alma"*. Pero el problema principal no está en especificar, por la relación del uno con el otro, estas dos formas de Ejercicios, cerrados o en la vida. Lo

importante es referir una y otra forma a la experiencia vivida por el ejercitante.

Finalmente a la pregunta: ¿A quién dar los Ejercicios en la vida?, yo respondería: a aquellos que están dispuestos a aprovechar en ellos y nosotros percibimos mientras los damos los ejercicios que son capaces de aprovechar. Creo que es muy provechoso el que podamos romper con hábitos que hacen de los Ejercicios un cuadro rígido de meditaciones y formación, un conjunto de eficacia casi soberana, para considerarlos como medios que en tanto cobrarán vida y verdad en cuanto acompañen a una experiencia.

● DOCUMENTO DE TRABAJO

Después de haber expuesto los principales elementos que caracterizan a los Ejercicios en la vida, podemos precisar mejor qué personas son aptas para este tipo de retiros.

1. En primer lugar están aquellos "embarazados" por diversas responsabilidades y que no pueden, por tanto, hacer los Ejercicios bajo forma de retiro cerrado. Es el caso previsto por la Anotación 19. Se puede discutir libremente sobre la manera de aplicar las indicaciones que da San Ignacio para repartir los temas de oración y las etapas del camino.
2. Pero San Ignacio no prevé explícitamente el caso, muy frecuente hoy, de candidatos al retiro que podrían dejar durante algunos días o semanas su vida familiar o profesional, pero que prefieren los Ejercicios en la vida.

Hay hombres y mujeres que manifiestan un tipo de

sensibilidad espiritual a los que dejan insatisfechos los retiros cerrados. Su deseo de Dios, su voluntad de un don absoluto, su aspiración a la plenitud del silencio interior son tan manifiestas como en aquellos que eligiesen la otra forma de los Ejercicios, pero el clima de su búsqueda es diferente: saben muy bien que es necesario un "retiro" interior, pero quieren realizarlo en una nueva percepción de lo que viven concretamente, sin probar el deseo de "separarse", sin comprender siquiera el porqué deberían separarse. Desean positivamente no escaparse de lo concreto de su vida para encontrar a Dios y se sienten llamados a integrar sus relaciones con el prójimo y con su trabajo en la fidelidad de su búsqueda de Dios. Sienten, particularmente, la importancia de introducir la duración en el seno de esta búsqueda que interpela profundamente su psiquismo y su situación humana.

El acompañante debe percibir este tipo de motivación, probarlo mediante algunas experiencias previas al comienzo del retiro, y ayudar al candidato a los Ejercicios a escoger la forma que más le conviene.

3. Los Ejercicios en la vida, debido a las exigencias que nacen de las condiciones de su desarrollo, suponen diversas aptitudes:

1. Una cierta capacidad de oración que, desde el comienzo, se desliga del ambiente "monástico" del silencio y se desarrolla a partir de los acontecimientos interiores o exteriores vividos en lo cotidiano;

2. Una estructura humana suficiente para mantener la fidelidad personal a un ritmo de oración y al clima interior del retiro, aun en condiciones exteriores de fatiga y de agotamiento;

3. Una facilidad de encontrarse regularmente con el acompañante y de expresar, sin perderse en anécdotas, lo esencial de la vida cotidiana para encontrar en ella el ritmo del discernimiento de los espíritus.

Estas aptitudes suponen sin duda personas ya maduras, pero de una madurez ligada a un despertar espiritual más que a la edad o a costumbres "religiosas".

4. Es necesaria una atención especial para individuar a tiempo las motivaciones falsas - de los que esperan inconscientemente que este retiro será menos exigente: - aquellos que van de retiro en retiro y se muestran siempre insatisfechos; - los que buscan más la seguridad de un método y apoyo que la autenticidad de una experiencia y de un dinamismo.

• CUESTIONES PROPUESTAS A LOS GRUPOS

1. ¿Creéis que algunos ejercitantes a los que habéis acompañado en retiros cerrados, habrían tenido interés por hacer los Ejercicios en la vida?

O al contrario ¿creéis que habrían perdido en experiencia interior?

2. ¿Es necesario fomentar esta forma de Ejercicios entre jóvenes (de 18 a 22 años)?

3. ¿Es concebible que esta experiencia se haga en un medio popular? ¿Qué podría pensarse de una pedagogía espiritual, reservada a algunas clases culturales?

• ECOS DE LA REUNION PLENARIA

****** Los intercambios de los últimos días llevan a un buen número de entre nosotros a pensar que los Ejercicios en la vida exigen una gran madurez psicológica, una vez que se deja al ejercitante la iniciativa en muchos puntos de importancia: tiempos de oración, reencuentros con el acompañante, juicio sobre el final de una etapa. ¿Es esto lo que nos da los criterios para discernir los que están prontos para los Ejercicios en la vida y para los que no lo están?

M.G. Ciertamente, ya que la ausencia de esta capacidad para "administrarse" a sí mismo las condiciones del retiro, harían estériles los Ejercicios en la vida. Mas no es necesario esperar a que un hombre o una mujer tenga esta plena madurez para aceptarles en los Ejercicios en la vida, puesto que esta forma de retiro será precisamente la que les podrá conducir a una madurez mayor. El período preparatorio tendrá que ser más largo, las indicaciones pedagógicas de la oración y del discernimiento serán más frecuentes y más estimulantes, las condiciones humanas de la fidelidad espiritual serán más iluminadas. Poco a poco el ejercitante "madura" en la toma de conciencia de su ser bajo la acción de Dios.

****** Uno deseaba que se distinguiese más claramente la madurez psicológica y la madurez espiritual. Además, alguno que es todavía poco capaz de dominar los impulsos de su temperamento puede mostrarse muy sensible a la gracia y despertar muy pronto a una madurez de sensibilidad y de comportamiento humano que basten para que los Ejercicios en la vida produzcan todo su fruto.

M.G. Este es en efecto el criterio decisivo. Para admitir a uno en los Ejercicios en la vida, es necesario ante todo la generosidad y la voluntad de no poner límite a la respuesta a la gracia, como San Ignacio lo pide para todo candidato a los Ejercicios, cualquiera que sea su forma.

Para los Ejercicios en la vida, es bien claro que se necesitan condiciones psicológicas adaptadas. El deseo de Dios desenvuelve progresivamente en el ejercitante las aptitudes que estaban todavía ocultas o inhibidas. Es verdad que los Ejercicios en la vida suponen una cierta madurez ya adquirida, pero también es verdad que la hacen brotar. Por esta razón, en mi opinión, esta forma de Ejercicios se pueden proponer a gente de niveles humanos muy diversos, con dos condiciones. Primero, que tenga las disposiciones espirituales que acabo de recordar, y después que el acompañante esté muy atento a las exigencias pedagógicas que permitan al ejercitante descubrirse a sí mismo en su comportamiento de fe.

** Se hace notar que hay momentos más favorables para hacer los Ejercicios en la vida. Por ejemplo, cuando se trata de poner punto a una situación interior compleja, o en períodos de "transición" psicológica, o para dar un paso ante el que se retrocede y sin embargo se presenta como indispensable. En cada uno de estos casos, la duración es necesaria, al igual que la inserción en la realidad. Los Ejercicios cerrados quizá no producirían una solución tan adaptada.

** Muchos vuelven sobre la cuestión de si se pueden ofrecer los Ejercicios en la vida a los jóvenes (18-22 años). Estos necesitan un cuadro estructurado que fije bien las condiciones de una fidelidad espiritual: necesitan sentirse muy solidarios los unos de los otros; una duración indeterminada y, de todas maneras, larga, les es difícil soportar. Por otro lado, su generosidad les dispone a una experiencia espiritual fuerte. ¿No se podría encontrar una vía media, introduciéndolos en los Ejercicios en la vida, pero con unos encuentros con otros y según unas etapas más determinadas? El P. Giuliani estaría totalmente de acuerdo, pero, añade, poniendo fuertemente el acento en el acompañamiento personal y ayudándoles a cargar su fidelidad espiritual con todos los elementos humanos de su vida.

Se habla de algunos jóvenes de 22-24 años, miembros

de las CVX desde 5 ó 6 años. Se les podrían proponer los Ejercicios en la vida.

En los países del Tercer-Mundo parece que la madurez es frecuentemente más precoz. Hacia los 21-22 años, los jóvenes trabajadores tienen responsabilidades que adelantan la madurez en todos los planos (frente a ellos mismos, frente a sus solidaridades, frente a los compromisos de toda clase en el plano social). Se podría sin duda darles los Ejercicios en la vida como un medio de situar las exigencias espirituales al mismo nivel de las exigencias humanas.

** Un grupo propuso esta fórmula. "Los Ejercicios en la vida no hacen sino continuar el proceso comenzado en la fase preparatoria".

M.G. Que lo continúen, sí, mas en el retiro pasan muchas cosas imprevistas. El hecho mismo de la oración y de la búsqueda de Dios descubre muchos elementos que hasta entonces estaban ocultos. Se presentan elecciones que ni habían sido previstas ni previsibles. Sin embargo, es verdad que lo que aparece en el curso de los Ejercicios estaba ya presente desde el principio, como una gracia secreta que no cesa de obrar según un impulso continuo. La fuerza de los Ejercicios en la vida está justamente en revelar, en la existencia cotidiana, esta continuidad del llamamiento de Dios.

** Muchas cuestiones se refieren a la adaptación de los Ejercicios. El P. Giuliani recuerda la variedad de soluciones que se fueron encontrando a lo largo de estos cuatro siglos de "historia de los Ejercicios", desde las formas más elementales de los Ejercicios colectivos de algunos días, frecuentemente limitados a la primera Semana, hasta los Ejercicios en que el aspecto "cerrado" es muy riguroso. Lo que parece útil retener aquí, es que el criterio de autenticidad no está en el "programa" fijado, con los "Treinta días" como programa ideal, sino en la fidelidad a un camino que traza para cada uno el medio de una "experiencia" personal. Se pueden hacer los "Treinta días" según la Anotación 20, sin haber sido fiel a la pedagogía

de San Ignacio, y sin haber "hecho" los Ejercicios. El retiro en la vida puede también adaptarse de muchas maneras, según los temperamentos, las culturas, los niveles de exigencia. Será "ignaciano" o no, según que respete el dinamismo de los Ejercicios (con toda su pedagogía), conduzca a cada uno a descubrir su respuesta personal a la gracia de Dios en su vida presente.

M.G. Creo además que los Ejercicios en la vida, tales como los hemos analizado estos días, no son más que una de las formas posibles de adaptación que San Ignacio nos propone. Sería inútil oponer los Ejercicios cerrados y los Ejercicios en la vida. Los unos y los otros son dos maneras de vivir la experiencia de los Ejercicios, y tenemos plena libertad para buscar las formas que tengan en cuenta la sensibilidad de esta nuestra generación.

**** ¿Aceptarían los Jesuitas este método para sus propios novicios? ¿Y seríais suficientemente atrevidos para proponerlo a las autoridades responsables?**

M.G. He aquí una cuestión directa. No tengo poder para decidir los métodos que se han de seguir para los novicios. Mas, por mi parte, no estoy del todo seguro que aceptaría el dar a un novicio los Ejercicios en la vida. Por una razón muy sencilla. Porque él no está en la vida. No está, por la situación muy particular en que se encuentra, de ruptura con su medio familiar y de inserción en un cuerpo social nuevo. En cuanto a los que llamáis "autoridades responsables", no han contado conmigo para reconocer lo bien fundado de tal método. Pero también ellos han recordado sus condiciones y preguntado si no es una especie de re medio-milagro el generalizar. En todo caso, las orientaciones que la Compañía de Jesús podría preferir para la formación y el progreso espiritual de sus miembros, dejan plenamente libres el uso y la adaptación de los Ejercicios para los cristianos, cuya vocación no es "ignaciana" y piden a los Ejercicios ser el medio de descubrir su propio camino en la Iglesia, para servicio de Dios y de los hombres.

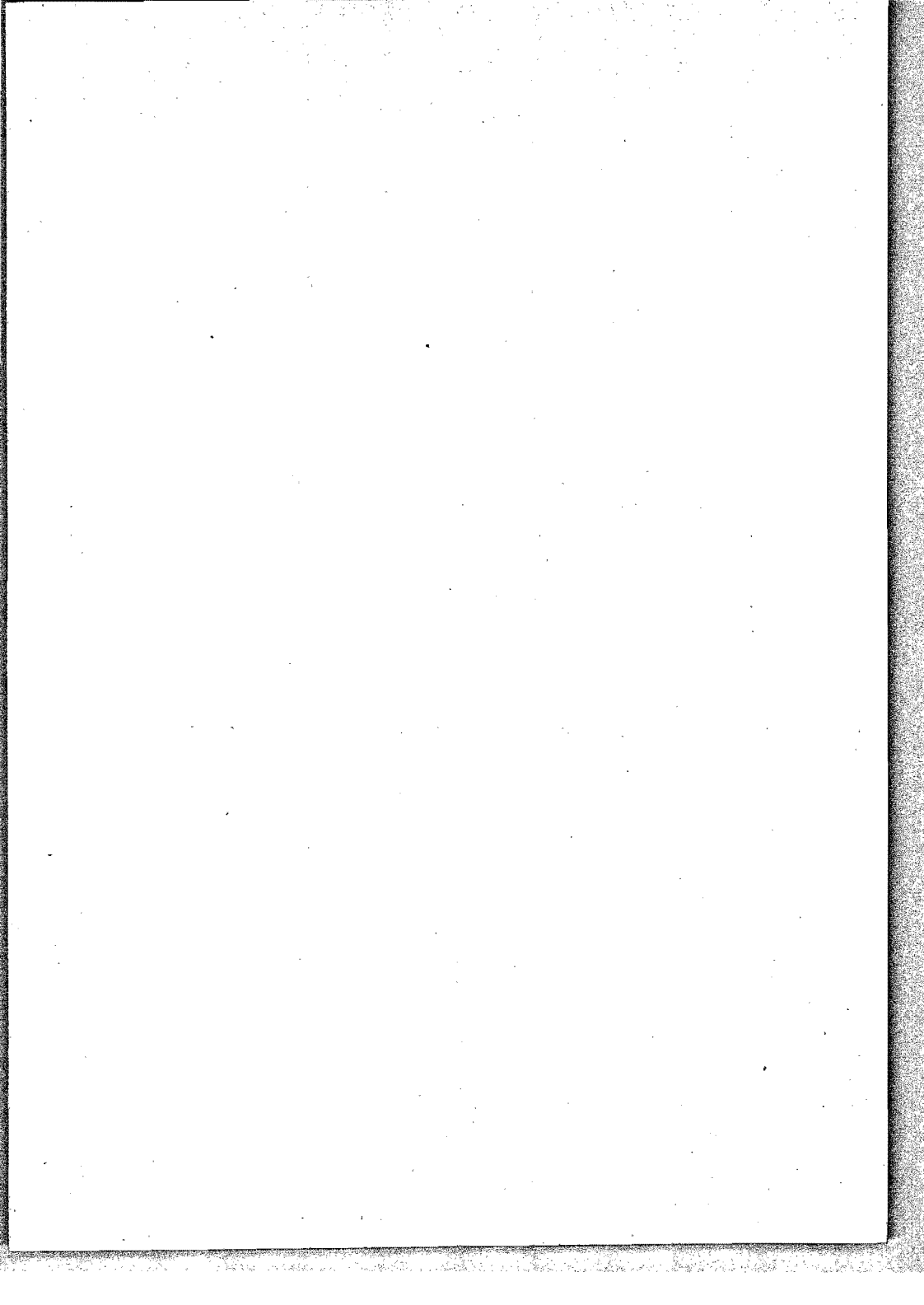
** Se pregunta si los Ejercicios en la vida se pueden dar a ejercitantes en grupo. Sobre todo ante el desarrollo actual de las experiencias comunitarias, y, en lo que concierne a las CVX, ante la necesidad de ayudar a los grupos a progresar según el espíritu de los Ejercicios, si no sería deseable encontrar una adaptación que no traicione los Ejercicios, antes tenga en cuenta la realidad de las comunidades espirituales que hoy se multiplican: grupo de CVX, comunidades de base, parejas de personas, grupos de oración carismática o no.

M.G. Todas las adaptaciones son evidentemente posibles y existen ya en el sentido que proponéis. Conocéis la evolución que se produjo poco después de San Ignacio, de los Ejercicios individuales a los Ejercicios en grupo, como respuesta a las necesidades de la reforma de monasterios, del desarrollo de los seminarios, de la formación de los escolares jesuitas que aumentaban rápidamente en número. Esta evolución contribuyó ciertamente a modificar el uso de los Ejercicios y sin duda también a disminuir su valor. Me parecería completamente deplorable que, cuando descubrimos la fuerza de los retiros dirigidos individualmente, se produjese una evolución del mismo tipo en la práctica de los Ejercicios en la vida y que, para responder a las exigencias por otra parte innegables, cediésemos en puntos que me parecen esenciales. Los Ejercicios en la vida no tienen su valor propio si no es a condición de que el ejercitante guarde la duración que es la suya, que pueda determinar el ritmo de su oración ligado al de su vida, que cada etapa encuentre el desarrollo tranquilo que expresa todo su ser. Cuanto hemos dicho en el curso de esta reunión me parece presenta una pedagogía completamente coherente. Practicar en grupo los Ejercicios en la vida, es decir reuniendo a los ejercitantes para encuentros que marquen unas etapas comunes, es renunciar a lo que es la fuerza de esta pedagogía. Sería necesario en efecto introducir un "programa" común, prefijado; suponer que las evoluciones son bastante cercanas las unas de las otras a fin de que se pueda dar al grupo las instrucciones o avisos adaptados igualmente a todos. No niego totalmente el bien espiritual que se podría entonces aportar a muchas personas; pero pienso que esto no representa más que una preparación para los verdaderos Ejercicios en la vida, de lo que deben ser advertidos los ejercitantes.

Esto indica, lo muy variada que es la gama de las

adaptaciones que preparan el momento en que el ejercitante podrá hacer la experiencia decisiva, en el compromiso plenamente personal que sostienen los Ejercicios en la vida. Añadiría con gusto que, en mi opinión, la mayor parte de los retiros en la vida hechos en grupo son el medio en el que algunos ejercitantes sienten nacer el deseo de un retiro, hecho igualmente en la vida, en el que seguirán libremente su camino, en relación con un acompañante que no tendrá la tentación de referirse a un nivel "medio" de un grupo.

VIII
SITUACION DEL ACOMPAÑANTE



SITUACION DEL ACOMPAÑANTE

Llegamos a la última etapa de nuestro trabajo. Siguiendo el plan que nos habíamos trazado, es hora ya de reunir las observaciones hechas, con ocasión de cada uno de los puntos estudiados, sobre el papel del acompañante. Veremos, quizás, precisarse el retrato de quien tiene por misión ayudar al ejercitante, durante las semanas o meses de Ejercicios en la vida, a llevar hasta la meta la marcha emprendida para "encontrar a Dios". Pero creo que lo mejor es que yo me remita a vosotros; vosotros sabréis, perfectamente, en los grupos, hacer una buena síntesis que tendrá en cuenta todo lo que cada cual haya percibido con más claridad. Me contentaré con hacer algunas indicaciones que podrán ayudar para ello.

* * *

Quisiera comenzar exponiendo dos evidencias, que apenas habrá que comentar ya que se imponen claramente, pero que es bueno colocarlas antes de todo.

La primera es que el acompañamiento es un acto de fe. Confiamos totalmente en la acción de Dios a través del diálogo que se establece entre el acompañante y el ejercitante. No jugamos nunca a hacer de psicólogo, de médico, de sociólogo, aun cuando sea necesario que tengamos alguna competencia en estos dominios: nuestra presencia está toda ella dominada por esta certeza que "el Creador obra inmediatamente con la criatura". Esto evidentemente nos acarrea más de un problema, pero al mismo tiempo nos lleva a purificar nos radicalmente de toda ambición, más o menos larvada, de ejercer un poder y de todo deseo secreto de asegurar nuestra influencia. Es muy cierto que la duración de los Ejercicios en la vida, y consiguientemente el prolongado período del diálogo del acompañamiento, suscitan una situación en la que con frecuencia tenemos que interrogarnos sobre las desviaciones, de hecho inevitables, de una relación que debe pasar por rudos esclarecimientos.

La segunda evidencia es que, como acompañantes, no somos "creadores"! No podemos cambiar los corazones, no podemos apresurar las transformaciones, ni siquiera podemos estar seguros de que la palabra que pronunciamos sea efectivamente la que hace falta pronunciar y la que sería verdaderamente acogida. Gran escuela de humildad. El desarrollo de los Ejercicios con una duración, en la que se inscriben muchos factores humanos de evolución, permite con frecuencia sentir mejor los atractivos, las promesas o las posibilidades de un progreso espiritual que, finalmente, se nos escapa, sea porque se sitúa respecto al ejercitante en un nivel de fe al que no tenemos acceso, sea porque está como velado por un tejido humano del que los Ejercicios en la vida muestran toda su importancia. Se siente aquí, mejor que en otras muchas situaciones análogas, que todo se sitúa en el secreto de la relación singular del ejercitante con Dios, y con sólo Dios.

* * *

El punto capital que hay que esclarecer ante todo - lo sabéis muy bien por todo lo que hemos insistido en ello durante este curso - es la sumisión del acompañante a la experiencia espiritual que hace el ejercitante. El que comienza los Ejercicios en la vida tiene ya una situación determinada respecto de Dios, de los demás y de sí mismo. Tiene una historia, una orientación. Lucha contra determinados obstáculos, conscientes o no; pero puede también apoyarse sobre ciertos puntos fuertes. El primer cuidado del acompañante es saber cómo se desarrolla esta experiencia, compleja, parcialmente indefinible, envuelta en debilidad, marcada con momentos cruciales. El acompañante no se presenta desde luego como quien posee el secreto de una ayuda eficaz gracias a un método, sino como quien trata de comprender, de escuchar, de animar a un ser viviente y que desea vivir aún más. La pedagogía ignaciana, como toda pedagogía verdadera, sería sólo un sistema sin valor, si, ante todo, el retiro no estuviese ya movido por una dinámica de progreso. Es por esta experiencia, y porque esta experiencia existe, por lo que los Ejercicios pueden aportar una ayuda. Y si los Ejercicios se diesen como el medio de sustituir la experiencia, de provocarla artificialmente, de imitar aparentemente sus fases y sus leyes, estaría totalmente desnaturalizados, o más bien serían inútiles.

A descubrir y favorecer esta experiencia miran las primeras conversaciones con el ejercitante, con el fin de

"situar" ya el nivel del deseo espiritual y de adaptar al mismo las meditaciones que propone el acompañante. Pero siempre es el mismo el fin que hay que perseguir en todo el desarrollo de los Ejercicios: antes de colocar las meditaciones como uno de los Ejercicios "por la misma orden que proceden", con "breve o sumaria declaración", que da el acompañante "pasando de un punto a otro", deben ser preparadas, deseadas, ofrecidas ya por el ejercitante, aun cuando esto permanezca poco consciente y no formulado.

Cada uno de los puntos que hemos analizado en los días precedentes (realidad cotidiana de la vida, historia de una evolución en el tiempo, discernimiento, oración, elección) determina en el ejercitante una manera especial de comportarse, de reaccionar, de seguir rigurosamente con su esfuerzo o de aminorarlo, de estar más abierto a la gracia de Dios en su vida o por el contrario de guardarse de la misma y aun de defenderse de ella. Esto aparece en el curso de la conversación, en el modo con que el ejercitante habla (o no habla) del contenido de su oración, en la verdad espiritual (es decir en la fidelidad) con que da cuenta de sus reacciones ante los acontecimientos de su vida, en su capacidad de juzgar los momentos más fuertes de sus días, en su actitud en las "repeticiones", en la perspectiva con que relaciona los movimientos de consolación y desolación, etc.: tantos elementos, entre otros muchos, que ayudan al acompañante a darse cuenta de cómo se desarrolla la experiencia del retiro, y cómo debe él mismo "aplicar" los Ejercicios, conforme a lo que comentábamos ayer. El acompañante llega también a establecer para cada caso unos criterios de progreso, que son precisamente los del ejercitante, y no los criterios abstractos de un progreso espiritual que se llevaría a cabo siguiendo el "orden" de los Ejercicios.

Insisto en ello, porque las condiciones de los Ejercicios en la vida nos llevan inevitablemente a proponernos nuevas preguntas o a interpretar nuevos signos, partiendo de la relación del ejercitante con lo que es su existencia cotidiana. Se trata, en efecto, de algo distinto que la vida de oración, ya que el avance en la marcha sólo se percibe por la integración progresiva de todos los elementos del presente y por la reacción de todas las fuerzas humanas del ejercitante que no cesan de utilizarse y constituir el verdadero terreno del discernimiento.

* * *

Es en esta experiencia espiritual en la que toma forma lo que se puede llamar la "vocación" de cada uno. No quiero hablar solamente del llamamiento a tal o a tal otra forma de vida, sino del conjunto de datos humanos y espirituales cuya convergencia o acuerdo permite a cada uno encontrarse en su coherencia interna, en la orientación que mejor rinde cuenta de sus deseos, en la continuidad de decisiones que tejen poco a poco un "destino".

Abro ahí un campo inmenso, que desborda evidentemente el caso de los Ejercicios en la vida. Pero es en ese sentido en el que los Ejercicios en la vida adquieren toda su amplitud. El acompañante se encuentra, por un período de tiempo limitado pero de una intensidad excepcional, en un punto en el que puede percibir cómo, con la gracia de Dios, un hombre es fiel así mismo, o más bien cómo llega a serlo. Puede decirse que en estos períodos se ve construir, o, por usar otras imágenes, estructurarse, ensacharse en la unidad, ordenarse en la armonía, una persona que se entrega a Dios con toda verdad. El acompañante no puede ignorar que ése es el juego de estas evoluciones, de estos combates, de estas elecciones, que, a pesar de ser con frecuencia humildes en apariencia y de pocas consecuencias inmediatas, van a gravitar con todo su peso sobre el porvenir próximo y lejano del ejercitante. Las preguntas que hace, los consejos que da, la oración que alienta, la calidad del discernimiento que ayuda a clarificar, se inscriben en esta curva que va a ser la de un destino humano.

Esta es la razón de que una de las principales preguntas que el acompañante se hace a sí mismo (sin que pueda, ordinariamente, hacérsela al ejercitante) conduzca precisamente a este punto: dado como se desarrollan los Ejercicios, el ejercitante ¿comienza a encontrar su propia vía interior? ¿O al menos pone los actos que le permitirán después, a su hora debida, afirmarse plenamente? Es muy instructivo ver, con el transcurso de los años, cómo hombres o mujeres han podido apoyarse en la luz recibida en los Ejercicios y sacar de ella una certeza que ha unificado sin cesar las nuevas energías que aparecían en ellos.

Pero ya, en el mismo desarrollo de los Ejercicios, se dibuja una especie de perfil espiritual que, en gran parte, sugiere al acompañante la conducta a seguir, de día en día, de semana en semana.

Un temperamento se afirma a través de las meditaciones. El ejercitante elige entre los textos o temas que el acompañante propone. Repasa incansablemente ciertos aspectos de la persona de Jesucristo (pobre, servidor) y ve por eso mismo precisarse el modo que debe tener él de "imitarle". La contemplación del Rey temporal, por ejemplo, conduce a disposiciones espirituales muy variadas, según la insistencia que se ponga en el "agere contra", en el "más" que caracteriza aquí al amor, a la oblación, a la elección posible de la pobreza, etc. La contemplación de la Encarnación puede conducir hacia el trabajo apostólico de la misión universal, o hacia la interioridad de las "disposiciones" de Jesús, o hacia la "kénosis" que favorece actitudes de profundo desprendimiento de sí mismo. Vocación más activa o más contemplativa; servicio humilde y escondido en la iniciativa y en los actos; atractivo hacia formas de consagración secular o monástica. Todo esto, y otras muchas cosas más, todavía, que van en el mismo sentido, que el acompañante ve dibujarse lentamente en la trayectoria de los Ejercicios. Las condiciones de los Ejercicios en la vida añaden evidentemente su aspecto propio, sobre todo por la confrontación con el comportamiento cotidiano y por las insistencias significativas que permite su duración.

Véis cuán decisiva es la actitud del acompañante, en la medida en que él respete plenamente el "momento en que está" el ejercitante. Puede en efecto favorecer la apertura, es decir el paso a la conciencia clara, de un sentimiento que llega a ser, en el momento en que el ejercitante lo experimenta, un sentimiento "fundador" de la existencia venidera. Pero puede también desatender todas estas señales y, ateniéndose a la objetividad de los Ejercicios, aportar cada día o cada semana una meditación nueva que no tendrá esa continuidad en profundidad que yo intentaba evocar.

No acabaríamos nunca, si quisiera explicarme con ejemplos. Pero, sin embargo, pongo uno. En los Ejercicios de mes, el cuarto día de la segunda Semana, se propone la meditación de Dos Banderas, que puede tener una repercusión afectiva considerable en el alma del ejercitante: deseos, temores, evidencia cruel de la ambigüedad de toda la situación y sentimiento interior, oblación. Pero hete aquí que ese mismo cuarto día, San Ignacio presenta la meditación de Tres Binarios que es para él una repetición de las Dos Banderas, con los mismos "coloquios", pero bajo una forma, que es además muy incisiva. Qué de mociones agitan al ejercitante! Y he aquí que a medianoche se le propone, como

comienzo del día siguiente, la contemplación infinitamente desprovista de ropaje y apacible de la salida de Cristo de Nazaret y de su bautismo. ¿Qué verosimilitud hay de que el ejercitante pueda pasar tan rápidamente de un "clima" a otro y de prestarle la misma calidad de presencia y de respuesta? Los Ejercicios en la vida permiten, en verdad, dejar resonar lentamente cada uno de los sentimientos mayores y evitar toda dureza. Aun los mismos ejercicios en retiro deberán, por lo demás, tener en cuenta los imperativos de la psicología espiritual. Pero me parece que lo importante es retener la obligación que tiene el acompañante de respetar la corriente "de sentimientos y gustos" por los que es conducido el ejercitante. Respetarla quiere decir caminar en la misma dirección, evitar el aporte de "puntos" o "explicaciones" que crearían una especie de disonancia y que impedirían en todo caso la unidad y la simplicidad de asentarse lo necesario para que el alma encuentre su verdadero "camino".

* * *

Comprendéis que nos encontramos ante un problema que, en la práctica, nunca lo resolvemos de manera perfecta: el de la fidelidad al texto de San Ignacio, del que el acompañante es depositario y responsable.

Ciertamente, no es cuestión de apegarnos a un "literalismo" que sería destructor: exponer una meditación antes de que el ejercitante esté preparado para ella, so pretexto de que "el orden" de los Ejercicios la propone; darle al texto un puesto y una importancia que no permitirían que la experiencia fuese respetada, fuese acompañada, fuese esclarecida; imponer la "petición de gracia" como si, prácticamente, ella fuese el fruto mágico de la disposición humana, son desviaciones verdaderas.

Pero hay un literalismo aún mucho más sutil al que los Ejercicios en la vida nos exponen, por razón de los acontecimientos exteriores que estimulan, modifican, amplifican los sentimientos del ejercitante. Pondré un sólo ejemplo, el del Tercer Grado de Humildad, al que me he venido refiriendo ya bastantes veces porque me parece que es un punto muy fuerte de la marcha de los Ejercicios en la vida. No es raro que a lo largo de la segunda Semana, habiendo el corazón despertado a los llamamientos de la vida evangélica, el ejercitante sienta como una invitación a

compartir la "humildad" de Jesucristo a través de estas "humillaciones" a las que nos expone la existencia cotidiana, sobre todo a través de las primeras elecciones voluntarias propuestas por un deseo de profunda conversión a la sabiduría de Dios. El ejercitante vive entonces, de verdad, lo que San Ignacio pide meditar justamente antes de "hacer elección". ¿La dinámica ignaciana queda por ello trabucada? ¿Convendrá, olvidando lo que se acaba de vivir, volver algunos días o semanas más tarde a meditar el texto de las "Tres Maneras de Humildad"? Os dáis cuenta hasta qué punto el acompañante se arriesga a seguir un formulismo, que, por mi parte, juzgo inaceptable porque va contra el espíritu mismo de San Ignacio.

He dicho que sólo proponía un ejemplo. Querría, con todo, someter otras dos pistas a vuestra reflexión. ¿Cómo se vive, concretamente, la meditación del infierno? ¿Qué puesto dar a la "parábola" del Reino, en qué forma es vivida en los Ejercicios en la vida? Os dejo a vosotros mismos el responder a estas preguntas. Lo esencial es tomar conciencia clara, cuando damos Ejercicios en la vida, de las inflexiones, bruscas o lentas, que toman las actitudes internas del ejercitante como respuesta a la situación imprevista por la que él atraviesa. Si no estamos atentos a ello, nos quedaremos al nivel de la lógica de un texto, sin llegar a la verdad de la experiencia que se continuaría en la conciencia del ejercitante.

Para asegurar este perpetuo ajuste a los Ejercicios, el acompañante debe evidentemente haber estudiado él mismo el texto de San Ignacio, no solamente en cuanto a la letra teniendo también en cuenta lo que "no se dice", los espacios entre las palabras, si es que puedo expresarme así. Estos espacios son las resonancias indefinidas provocadas en el que ora por la palabra que ha dicho el acompañante en nombre de los Ejercicios. Ahí está todo el espacio en el que obra el Espíritu. Pero pienso que estas resonancias son, en gran parte, agrupadas, sugeridas, formuladas por estas "demandas de gracia", de las que he hablado largamente a propósito de la oración, el cuarto día, me parece. El acompañante, estudiando los Ejercicios, debe adquirir este conocimiento de los mismos que yo llamaría "interior": al leer un texto, lo lee en su capacidad de provocar movimientos espirituales que van muy pronto a desconcertar su atención y por lo mismo a trastornar lo que él se preparaba a decir y aun quizás a hacerlo inútil.

No podemos agotar hoy este tema. Yo quería solamente, en este día que estamos para terminar, señalar un aspecto importante del papel del acompañante, que no puede ser fiel al método de que dispone más que en la medida en que acompaña una experiencia que, de mil maneras, desborda el método, aun cuando se refiere a él constantemente.

* * *

Nos quedarían, con toda seguridad, cantidad de puntos que tratar a propósito de la situación del acompañante. Pero me contento, para terminar, con mencionar los problemas que podríamos agrupar con este título: "el acompañante frente a sí mismo".

¿Cómo puede no inclinarse a una parte ni a otra, sino permanecer en equilibrio "como el fiel de la balanza"? En los Ejercicios en la vida el acompañante se encuentra mucho más cerca de la existencia concreta del ejercitante, con riesgo de verse revestido afectivamente por ella y de dejar - aun inconscientemente - que su sensibilidad influya en la evolución del ejercitante. ¿Qué límites debe él imponerse? En su preocupación de "aplicar" los Ejercicios, ¿hasta dónde buscará conocer la situación psicológica de aquel que pasa por una crisis de la que él mismo, en cuanto acompañante, no tiene a la vista todos los datos? Aun en relación con los sentimientos interiores, de los que mencionaba hace un momento su importancia para el desarrollo de los Ejercicios, el acompañante percibe, adivina, pero finalmente ignora muchas cosas, tal vez aun lo esencial; que por eso experimente una frustración, es muy evidente, pero entonces es cuando él cuenta más radicalmente con sólo Dios y se niega a una búsqueda que llegaría a ser una curiosidad vana o nociva.

En lo concreto de una relación, se hacen muchas preguntas, que cada uno resuelve lo mejor que puede. Por ejemplo ¿aceptaría el acompañante ir a comer en casa del ejercitante, trataría de conocer a su mujer o a sus hijos, será más cordial o más frío? Lo esencial es, seguramente, ser natural y sencillo, pero no hace falta que esto conduzca a una ingenuidad que nos lleve a ignorar que los ejercitantes tienen, en este dominio, reacciones muy diversas, y muy sorprendentes!

Esta es la razón por la que el acompañante es sin cesar remitido a sí mismo. Bajo este punto de vista, los Ejercicios en la vida, hacen sentir exigencias que pueden ser tanto más fuertes cuanto se es más fiel a todo lo que ellas conllevan de verdad humana. Los "inconscientes" de acompañante y ejercitante se comunican. Si el acompañante está tenso o inquieto, el ejercitante sentirá, también él, los efectos. Si su afectividad no está moderada y purificada, los fenómenos de transferencia, de agresividad, de dramatización, se multiplicarán en el curso de los Ejercicios y dificultarán un verdadero discernimiento de espíritus. Esto es verdad, naturalmente, para todo retiro. Pero, en el caso de los Ejercicios en la vida, un dato nuevo modifica la relación entre el acompañante y el ejercitante, aun en lo que toca a lo más íntimo de lo que San Ignacio llama "las diversas agitaciones y pensamientos": es la presencia de la vida con toda la red humana de las relaciones y de una historia que se desenvuelve. Quiéralo o no, el acompañante se encuentra arrastrado por ello y es seguramente para él la invitación a una mayor libertad interior.

● DOCUMENTO DE TRABAJO

Algunas observaciones podrán ayudarnos quizás a recoger, para terminar, los puntos que se pueden deducir ya de las etapas precedentes.

1. Tipo de presencia del acompañante

El acompañante se ve muy implicado en la "vida" de su ejercitante, sometido a muchas urgencias e imprevistos. El momento fijado para los encuentros, los lugares y las condiciones exteriores del encuentro, dependen de numerosas exigencias que no pueden programarse: el acompañante debe, pues, disponer de grandísima elasticidad en su horarios y de una disponibilidad de espíritu que debe conservar cualquiera que sea, por otra parte, su trabajo.

Estas urgencias y estos imprevistos son la expresión de una situación humana que nunca puede considerarse como

exterior o independiente del retiro. Por eso, aun "dejando al Creador que actúe sin intermediario con la creatura", el acompañante asume, en una medida que debe terminar con cuidado, una presencia en toda la complejidad de la vida del ejercitante; su neutralidad ("en equilibrio como una balanza") no puede prescindir de las reacciones de su propia sensibilidad frente al acontecimiento que afecta al ejercitante en todo su comportamiento.

2. La conversación del acompañamiento

Todo lo que dice San Ignacio en las Anotaciones para los Ejercicios cerrados conserva todo su valor para los Ejercicios en la vida. Pero, en este último caso, la conversación se lleva sobre la manera en la que el ejercitante percibe espiritualmente su vida, así como su forma de rezar : es la integración de la oración y de la vida que, bajo formas múltiples, constituye lo esencial de la conversación del acompañamiento.

Esto entraña el riesgo de prolongar la duración de la conversación o encuentro : el ejercitante habla de lo que ha sido su "presente" de cada día, sobre el discernimiento que allí practica, sobre el ruido que ejerce una sobre otra su experiencia humana y su oración. Sólo después, y en función de este primer contenido de la conversación, el acompañante ayuda al ejercitante a prever la oración de los días que seguirán, "según el punto en que se encuentra".

El ritmo de los encuentros variará inevitablemente, según las circunstancias. Su frecuencia se determinará según lo que parece ser necesario para sostener la oración, el discernimiento, el progreso de las etapas. ¿Hay que determinar anticipadamente los días de encuentro? Ventajas e inconvenientes de las fórmulas adoptadas.

3. La relación afectiva

Durante los Ejercicios en la vida, el acompañante corre más el riesgo de cargarse de elementos afectivos que entorpezcan la relación, por el hecho que el acompañante

está llamado a conocer más detalles de la vida del ejercitante. ¿Cómo distinguir precisamente lo que fortifica la confianza mutua y lo que entraña una reciprocidad de confidencias que alejan la sola búsqueda de Dios; cómo mantener la distancia necesaria para la objetividad del discernimiento aceptando al mismo tiempo el riesgo de la verdadera comprensión de situaciones que el retiro mismo carga con un peso humano excepcional?

En este campo se presentan numerosas preguntas. En particular, en el caso de ejercitantes casados, ¿cuál es la actitud del acompañante frente al cónyuge del ejercitante? ¿Hasta qué punto es posible el acompañamiento, cuando el acompañante se encuentra poco o muy comprometido en situaciones humanas muy parecidas a las de la vida del ejercitante? Por último, las razones que hacen fecundo el retiro en la vida, mediante la verdad de la experiencia humana que permite, ¿no modifican el modo de comportamiento del acompañante, a la vez en lo que se refiere a la necesaria cercanía y la no menos necesaria distancia?

4. Algunas disposiciones que se exigen al acompañante

No se puede hablar mucho de "formación" específica en relación con el acompañamiento de los retiros en la vida. No obstante, algunos rasgos pueden contribuir a definir bajo qué condiciones puede alcanzar su objetivo este acompañamiento.

1. Que al acompañante le sea familiar el método de los Ejercicios, bajo su forma de retiro cerrado (ocho días, treinta días) para que sepa hacer las adaptaciones necesarias sin traicionar lo esencial; para que perciba, a través del "texto" de los Ejercicios, el peso de la experiencia espiritual que cada ejercitante realiza a su manera y según su camino; para que la riquísima variedad de experiencia que favorece a los Ejercicios en la vida no impida el rigor y la continuidad del camino.

2. Que el acompañante tenga mucha experiencia para estar completamente a disposición del ejercitante que acompaña y por tanto radicalmente distante de él para favorecer el estar frente a frente con Dios. Esto, evidentemente, es

necesario para todo acompañamiento espiritual, pero las condiciones del retiro en la vida presentan dificultades específicas ante las que el acompañante debe dar prueba de madurez sin ingenuidad.

3. Que el acompañante tenga un conocimiento del hombre muy abierto y rico para percibir toda la resonancia de una "moción" a través de la sensibilidad humana y para ayudar a reconocer, en las reacciones del ejercitante en el corazón de su vida, el significado que toman en el plano del discernimiento de los espíritus, que sepa suplir la incapacidad o la ausencia de expresión por parte del ejercitante, cuando éste vive una aventura interior de la que no llega a darse cuenta.

4. Que el acompañante haya llegado ya a resolver muy claramente sus problemas personales, a fin de que esté realmente libre para escuchar y percibir lo que no conoce por propia experiencia; y que no se "involucre" de manera inmoderada en la aventura del ejercitante; que sea capaz de "recrearse" a sí mismo en una oración gratuita y en el equilibrio de las fuerzas humanas de su personalidad. En estos diversos campos pueden reconocerse contraindicaciones que señalan la falta de capacidad del acompañante, especialmente en los Ejercicios en la vida.

● CUESTIONES PROPUESTAS A LOS GRUPOS

1. Partiendo de todo lo dicho hasta aquí, y en relación con la experiencia de cada cual, ¿puede precisarse más claramente en qué los Ejercicios en la vida dan una "nota" particular al papel del acompañante?

2. Que cada grupo formule las preguntas más importantes a las que le parezca que no se ha contestado todavía, en el conjunto de los temas abordados.

● ECOS DE LA REUNION PLENARIA

** Tratando de recopilar lo que poco a poco hemos ido expresando sobre el papel del acompañante en los Ejercicios en la vida, uno de los grupos ha propuesto colocar en primer plano la aptitud para percibir el valor positivo de la vida en el acompañamiento del ejercitante. Son necesarias muchas cualidades, pero ha parecido que, en este tipo de ejercicios, había un punto muy específico. Percibir el valor de la vida, es decir: ayudar al ejercitante a creer que la realidad presente, en la totalidad de su contexto humano, es una llamada para entrar en cada una de las gracias sucesivas de los Ejercicios; ayudarle también a abrirse humanamente, por su toma de posición ante la alternativa de consolaciones y desolaciones; a establecerlo en la confianza en su propia existencia, por la apertura a proyectos reales. Esto nos ha parecido que explica muchos de los rasgos propios del acompañante en este tipo de ejercicios.

M.G. Creo que habéis puesto el acento en un punto fundamental, y me alegro de que lo hayáis expresado así. Naturalmente que estos rasgos son los de todo acompañante, pero en los Ejercicios en la vida llegan a ser los dominantes. Porque no se trata solamente de ayudar al ejercitante a discernir las mociones que vive en su oración, sino también las que nacen de la relación entre su oración y su vida.

** Otras indicaciones se refieren a ciertas cualidades humanas que el acompañante debe desarrollar en sí mismo, para sentir lo mejor posible las resonancias de los sucesos de toda clase que afectan la vida del ejercitante. Pero una cualidad parece ser especialmente deseable: que el acompañante sea "natural" en su comportamiento, es decir sin exceso de presencia pero también sin exceso de discreción. Bajo este punto de vista, algunos participantes no querían que se hablase de la "indiferencia" del acompañante. Ciertamente, él no debe tomar partido, ni arriesgar se a influir sobre el ejercitante, sino que debe mostrarse profundamente humano, verdadero, cercano como un hermano.

M.G. Tenéis razón. Por lo demás San Ignacio no pide que el acompañante sea "indiferente", sino que "no se incline

a una parte ni a otra", esto no implica de ninguna manera esa frialdad o esa ausencia de vibración que rechazábais con todo derecho.

Vuestra advertencia me ayuda a formular un sentimiento que experimento algunas veces. En la postura del acompañante, uno de los puntos difíciles es estar presente pero manteniendo la distancia que es garantía de la libertad del ejercitante. Los seglares son a veces más fácilmente "naturales" en este equilibrio que los sacerdotes o religiosos. ¿Por qué? Porque su estilo de vida los pone más fácilmente en contacto con lo que es la situación humana más sencilla de la mayoría de los ejercitantes, sobre todo de los seglares. Los Ejercicios en la vida presentan esta cuestión de manera distinta que los ejercicios cerrados y dan una prioridad a todas estas reacciones espontáneas, aunque no sean formuladas o conscientes, que determinan la calidad de una relación y, en el caso del acompañante, la calidad de la percepción de estas mil cosas humanas de las que el retiro está como entretejido. Quiero solamente llamaros la atención sobre este punto, porque creo que esto contribuye a esclarecer el papel de los seglares en este ministerio del acompañamiento, y tal vez a animarles!

** A propósito de la práctica de la supervisión hemos intercambiado algunas observaciones que van en el mismo sentido. Es siempre útil que el acompañante se haga controlar por alguien que tenga una buena experiencia de la práctica de los Ejercicios. El P. Giuliani dice que, a su parecer, esta debería ser la norma. Pero nos parece que la supervisión debería centrarse especialmente, en los Ejercicios en la vida, sobre el conjunto de estas percepciones humanas que se acaban de mencionar hace un momento.

M.G. No sé si se puede decir que la supervisión deba centrarse más sobre este punto que sobre los demás. Pero ciertamente que no debe nunca descuidarlo. El supervisor tiene el papel esencial, como los sabéis ya por experiencia, de ayudar al acompañante a tomar conciencia de lo que sucede en su trato con el ejercitante: lazos afectivos que cambian por momentos, incomprensiones mutuas, exceso de dirección, etc. Pero este trato está profundamente marcado por la presencia de la "vivencia" concreta del ejercitante, con frecuencia también por la presencia de sus parientes y por la influencia de sus inclinaciones humanas sobre su conducta durante los Ejercicios. Por eso el supervisor debe estar muy prevenido sobre este aspecto de los Ejercicios en la vida, si quiere de verdad poder escuchar al acompañante.

****** La discusión recae sobre el modo práctico de realizar la conversación de acompañamiento. Los Ejercicios en la vida dan más flexibilidad, nos parece, porque las ocasiones de diálogo pueden presentarse con más libertad: en un apartamento, en un café, en un restaurante de estación, a la salida de un encuentro de grupo. Pero se teme también que esta flexibilidad disminuya la calidad del encuentro, que tiene necesidad de un clima de silencio interior para dejar que se expresen los sentimientos profundos. Se le pregunta al P. Giuliani sobre la duración media de esta conversación y sobre qué frecuencia sería la más provechosa.

M.G. Volvéis a los términos medios. No hay términos medios! Pero, en fin, si fuese necesario a toda costa fijar los, yo diría: una hora. Hace falta, desde luego, tiempo para que el ejercitante cuente lo que ha vivido: ha estado enfermo, su mujer está de viaje, sus asuntos van mal o bien (con frecuencia mal, iencimal), etc.; hace falta que "la vida" aflore, con todas las reacciones que ella suscita. Un segundo tiempo para hablar de la oración: elección que se ha hecho entre varios "comienzos" posibles, sentimientos experimentados, repeticiones, ligazón con la vida. Finalmente, un tercer tiempo para examinar las jornadas que vendrán: exponer algunos "puntos" para la oración, prever después la materia de discernimiento. Pienso que ordinariamente no hará falta más de una hora. Si se emplea más tiempo, hay mucho riesgo de charlar. Pero siempre habrá momentos inesperados, en los que hay que escuchar al ejercitante durante dos, tres, cuatro horas: el pasado regresa, la infancia, los recuerdos dolorosos, etc. El acompañante debe estar especialmente libre para esos momentos. Pero ¿cómo hacer? También él tiene sus compromisos, que forman también parte de la "vida" del ejercitante y por consiguiente de sus ejercicios. Y surgirán problemas que harán difícil organizar el empleo del tiempo del acompañante: el ejercitante, que estaba citado para una tarde, telefonará que no puede venir y no se puede esperar para señalar otro momento para reunirse. Por otra parte, ¿qué es lo que se oculta detrás de esa cita frustrada? ¿Y cómo evitar ejercer presión en un momento en que el ejercitante duda? No sigo enumerando los pequeños problemas que se presentan: nos haría falta un día consagrado a la práctica concreta de la entrevista!

****** Formulamos luego unas preguntas prácticas. ¿Es necesario señalar cada vez la fecha del encuentro siguiente?

¿Quién debe tomar la iniciativa del encuentro y qué valor tienen los sistemas de "inscripción" prefijada? Algunos de nosotros experimentan como objeción, o al menos como dificultad muy grande, la disponibilidad exigida al acompañante, que parece casi irrealizable, si el acompañante tiene necesariamente otras responsabilidades.

M.G. Sí, esta disponibilidad no es fácil preservar la. Por lo demás esta es la razón de que, insensiblemente, nos sintamos tentados a retornar a fórmulas menos "personalizadas". Pero la puesta en juego de los Ejercicios en la vida tiene este precio. A nosotros nos corresponde no comprometer a personas que no estén maduras para hacerlos; pero con los que han comenzado ya esta aventura, la disponibilidad debe ser lo más completa posible. Además, no olvidemos que los Ejercicios en la vida pueden tomar muchas formas, o más bien situarse en niveles bastante diferentes: no todos son tan acaparadores como decíamos hace un momento. Lo que hay que preservar siempre, a través de azares e inevitables compromisos, es lo esencial de las condiciones espirituales de esta clase de ejercicios tales como las hemos intentado definir estos días.

**** Finalmente, un cambio de tema nos lleva a la cuestión de la formación de los acompañantes. Ponemos de relieve algunos puntos, a la luz de lo que se ha dicho en los grupos: un estudio meditado y un tanto metódico de la vida espiritual, no solamente en la línea ignaciana, sino también en las otras orientaciones espirituales; conocimiento de la Sagrada Escritura; análisis de la vida psicológica en las perspectivas de los estudios contemporáneos; examen cuidadoso para comprender en qué sentido van las experiencias actuales de los Ejercicios en la vida a lo ancho del mundo, para saber lo que ellas nos revelan sobre las aspiraciones de hoy; formación doctrinal de los seglares para ayudarles a colocar sus conocimientos teológicos al nivel de su experiencia humana en el acompañamiento mismo.**

En todos estos puntos no podemos progresar mucho en este momento en que se termina la sesión. Pero dejamos a la Comisión de formación el cuidado de elaborar un programa adaptado.

